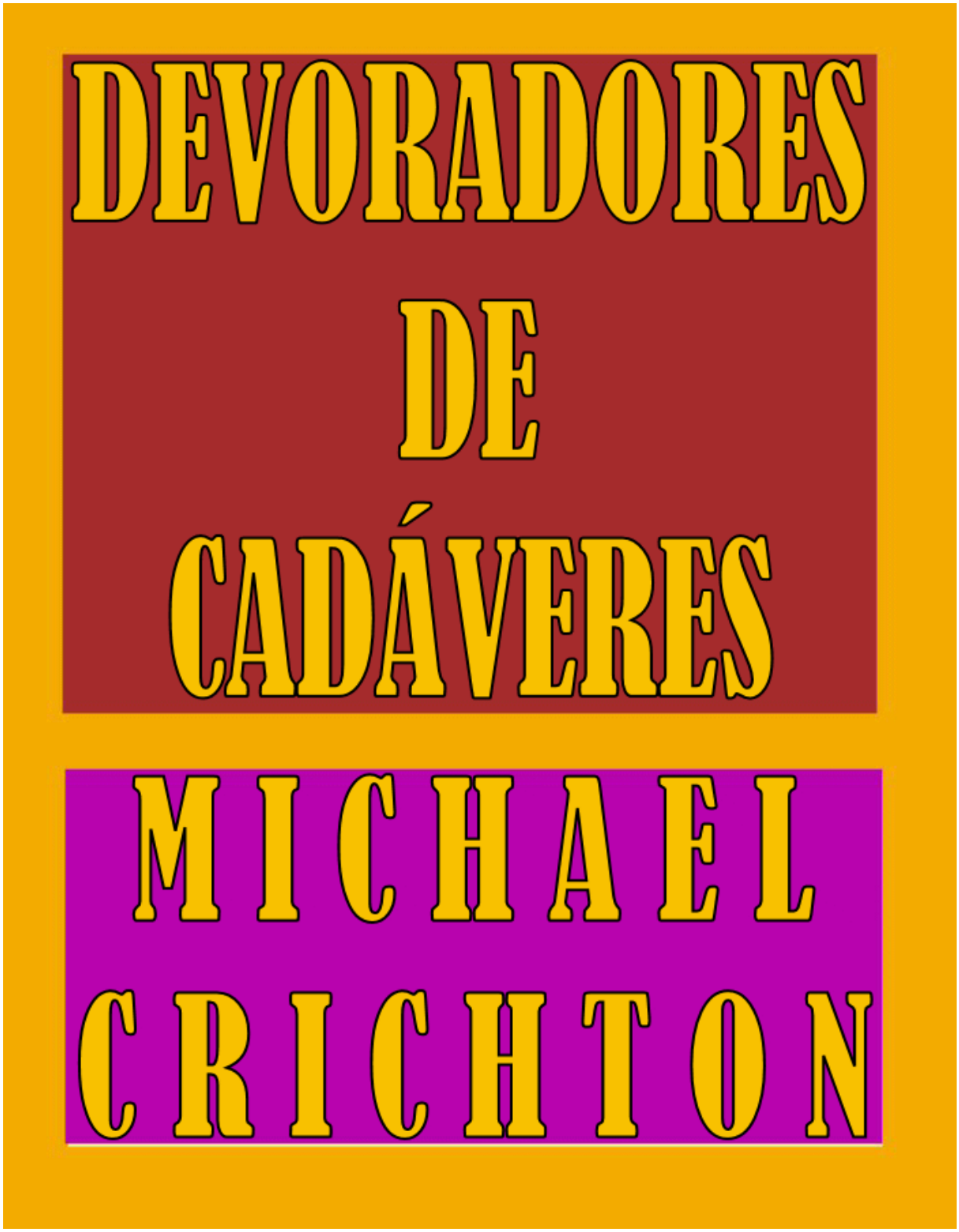
Devoradores de cadáveres
Michael Crichton



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para William Howells

«No elogies el día hasta que llegue la noche; a una mujer, hasta que haya sido quemada; el hielo, hasta que haya sido atravesado; la cerveza, hasta que haya sido bebida.»
PROVERBIO VIKINGO

«La maldad es antigua.»
PROVERBIO ÁRABE

INTRODUCCIÓN

El manuscrito de ibn-Fadlan representa el relato testimonial más antiguo que se conoce sobre la vida y la sociedad de los vikingos. Se trata de un documento extraordinario que describe con vívido detalle hechos transcurridos hace más de mil años. El manuscrito no nos ha llegado intacto a través de este larguísimo período de tiempo. Sin embargo, su propia historia es tan original y notable como el texto.

Origen del manuscrito

En junio del año 921 de la Era Cristiana, el califa de Bagdad envió a un miembro de su corte, Ahmad ibn-Fadlan, como embajador ante el rey de los búlgaros. Ibn-Fadlan permaneció ausente tres años en su viaje y en realidad nunca llegó a cumplir su misión, porque durante el trayecto se encontró en medio de una comunidad de hombres nórdicos y vivió muchas aventuras junto a ellos.

Cuando por fin volvió a Bagdad, ibn-Fadlan registró sus experiencias en un informe oficial a la corte. Hace mucho tiempo que desapareció este manuscrito original, y para reconstruirlo debemos basarnos en fragmentos parciales conservados en fuentes posteriores.

El más conocido de éstos es el léxico geográfico en idioma árabe escrito por Yakut ibn-Abdallah en el siglo XIII. Yakut incluye una docena de pasajes textuales extraídos del relato de Fadlan, relato que tenía, a la sazón, trescientos años. Cabe suponer que Yakut utilizó una copia del original. A pesar de ello, estos pocos pasajes han sido traducidos y vueltos a traducir muchas veces por eruditos de épocas más recientes.

Otro fragmento fue descubierto en Rusia en 1817 y publicado en alemán por la Academia de San Petersburgo en 1823. Este material contiene ciertos pasajes ya publicados por J. L. Rasmussen en 1914. Rasmussen utilizó un manuscrito que halló en Copenhague y que luego se perdió. Los orígenes de este manuscrito son dudosos. En aquella época hubo asimismo traducciones suecas, francesas e inglesas, pero todas ellas son ostensiblemente inexactas y en apariencia no incluyen material nuevo.

En 1878 se descubrieron dos manuscritos más en la colección privada de antigüedades de sir John Emerson, embajador británico en Constantinopla. Sir John era uno de esos coleccionistas ávidos cuyo entusiasmo por las adquisiciones superaba su interés por las piezas adquiridas. Dichos manuscritos se encontraron después de su muerte. Nadie sabe dónde ni cuándo los obtuvo.

Uno es una geografía en árabe escrita por Ahmad Tus¡, cuya fecha, relativamente precisa, es 1047 de la Era Cristiana. Esto aproxima cronológicamente el manuscrito de Tus¡ al original de lbn Fadlan, que, según se presume, fue escrito aproximadamente entre los años 924 y 926 de la Era Cristiana. No obstante, los eruditos consideran el manuscrito de Tus¡ como la fuente menos fidedigna. El texto está lleno de errores y de incongruencias, y si bien cita extensamente a un tal Ibn Fagih que visitó las tierras del norte, muchas autoridades se resisten a aceptar su material.

El segundo manuscrito es el de Amin Razi, cuya fecha aproximada es 1585 a 1595 de la Era Cristiana. Está escrito en latín y según su autor es una traducción directa del texto árabe de Ibn Fadlan. El manuscrito Razi contiene algún material sobre los turcos oguz y varios pasajes inéditos relativos a las batallas con los monstruos de la niebla.

En 1934 se descubrió un texto definitivo en latín medieval en el monasterio de Xymos, cerca de Tesalónica al noreste de Grecia. Este manuscrito se centra mayormente en comentarios sobre las relaciones de Ibn Fadlan con el califa y sobre sus experiencias con los habitantes de las tierras del norte. El autor y fecha del manuscrito de Xymos son igualmente inciertos.

La tarea de colacionar esta serie de versiones y traducciones que abarcan más de un milenio, aparecidas en árabe, latín, alemán, francés, danés, sueco e inglés, es una empresa de magnas proporciones. Sólo una persona de gran erudición y energía podría haberlo intentado, y en 1951 alguien lo intentó, en efecto. Per Fraus-Dolus, profesor emeritus de literatura comparada de la Universidad de Oslo compiló todas las fuentes conocidas y emprendió la colosal tarea de la traducción, que llevó a cabo hasta su muerte en 1957. Algunos fragmentos de su traducción aparecieron en los Anales del Museo Nacional de Oslo, 1959-1960, pero no despertaron mucho interés entre los expertos, tal vez a causa de que esa publicación tiene una circulación reducida.

La traducción de Fraus-Dolus es absolutamente literal. En su propia introducción a la obra, Fraus-Dolus comenta que «es parte de la naturaleza de los idiomas que una traducción agradable no sea exacta y que una traducción exacta encuentre su propia belleza sin ayuda de nadie».

En la preparación de esta traducción completa y comentada de la versión de Fraus-Dolus he hecho pocos cambios. Omití algunos pasajes repetidos, hecho que señalo en el texto. Cambié la estructura de los párrafos, comenzando con uno nuevo -el soliloquio directo de cada personaje, lo cual obedece a las convenciones modernas-. He omitido las marcas diacríticas de los nombres árabes. Por fin, en ciertos pasajes he alterado la sintaxis original, por lo general mediante la transposición de cláusulas subordinadas, con el fin de facilitar su comprensión.

Los vikingos

El retrato de los vikingos trazado por ibn-Fadlan difiere bastante de la tradicional visión europea de este pueblo. Las primeras descripciones europeas de los vikingos fueron registradas por el clero, únicos observadores de la época que sabían escribir, quienes veían a estos nórdicos paganos con especial horror. He aquí un pasaje especialmente hiperbólico, citado por D. M. Wilson y perteneciente a un autor irlandés del siglo XII:

En una palabra, aun cuando existieran cien cabezas de acero templadas sobre un cuello, y cien lenguas afiladas, ágiles, frías, brillantes y metálicas en cada cabeza, además de cien voces volubles y estentóreas, no lograrían contar ni narrar, enumerar ni relatar cuánto sufrieron los irlandeses, tanto hombres como mujeres, tanto laicos como clérigos, tanto viejos

como jóvenes, tanto nobles como villanos, en cuanto a crueldad, injurias, opresión en cada casa y en manos de esa gente temeraria, iracunda y puramente pagana.

Los eruditos actuales reconocen que estos relatos escalofriantes sobre las incursiones de los vikingos son sumamente exagerados. No obstante, los autores europeos tienden todavía a reducir a los escandinavos a la condición de bárbaros sedientos de sangre, extraños a la corriente principal de la cultura y las ideas occidentales. A menudo se ha adoptado tal actitud a expensas de cierta lógica. Por ejemplo, David Talbot Rice escribe:

Entre los siglos VII y XI el papel de los vikingos fue tal vez de una influencia mayor que la de cualquier otro grupo étnico de Europa occidental... Los vikingos eran, en efecto, grandes viajeros que llevaron a cabo sorprendentes hazañas de navegación. Sus ciudades eran grandes centros comerciales. Su arte era original, creativo, y marcó rumbos. Podían enorgullecerse de una bella literatura y de una cultura desarrollada. ¿Fue en realidad una civilización? Debe admitirse, a mi juicio, que no lo fue... Carecía del toque de humanismo que es el sello de la civilización.

La misma actitud se refleja en la opinión de lord Clark:

Cuando consideramos las sagas islándicas, que figuran entre las grandes obras literarias del mundo, debemos admitir que los nórdicos crearon una cultura. ¿Mas era una civilización...? Civilización significa algo más: energía, voluntad y poder creador, algo que los nórdicos no tenían, pero que, en la época en que vivieron, comenzaba a reaparecer en Europa occidental. ¿Cómo puedo definirlo? Pues bien, un sentido de permanencia. Los nómadas y los invasores vivían en una continua transitoriedad. No sentían la necesidad de mirar hacia delante más allá del mes siguiente o del próximo viaje o de la próxima batalla. Y por esta razón no se les ocurrió construir casas de piedra ni escribir libros.

Cuanto mayor cuidado ponemos en la lectura de estas opiniones, más ilógicas resultan. La verdad es que cabe preguntarse por qué estos eruditos europeos altamente educados e inteligentes consideran con tanta ligereza a los vikingos, con apenas unas palabras formuladas de paso. ¿Y por qué la preocupación sobre la cuestión semántica de si los vikingos tuvieron una «civilización»? La situación resulta explicable si se reconoce un prejuicio europeo que data de largo tiempo y que surge de puntos de vista `tradicionales sobre la prehistoria europea.

Todo niño de Occidente aprende que el Cercano Oriente es la «cuna de la civilización» y que las primeras civilizaciones surgieron en Egipto y en Mesopotamia, nutridas por las cuencas del Nilo, el Tigris y el Éufrates. Desde allí la civilización se propagó a Creta y a Grecia y luego a Roma, para llegar por fin a los bárbaros de Europa septentrional.

Se ignora qué hacían estos bárbaros mientras aguardaban el advenimiento de la civilización. Y la pregunta no suele formularse. El énfasis residía en el proceso de diseminación que el fallecido Gordon Childe resumió como «la irradiación de la barbarie europea por la civilización oriental». Los expertos actuales han apoyado este punto de vista, como ya lo hicieron los griegos y los romanos. Geoffrey Bibby afirma: «La historia de Europa septentrional y oriental es contemplada desde el oeste y desde el sur con todo el prejuicio de hombres que se consideraban a sí mismos civilizados y a los otros, bárbaros.»

Con este enfoque los escandinavos son sin duda los más alejados de la fuente de la civilización y, como es lógico, los últimos en haberla adquirido. Cabe admitir, pues, que se les

considere como los últimos bárbaros, como una espina dolorosa en el costado de otras zonas europeas empeñadas en absorber la sabiduría y la civilización de Oriente.

La dificultad reside en que esta visión tradicional de la prehistoria europea ha sido en gran parte destruida en los últimos quince años. El perfeccionamiento de las técnicas de gran precisión para la fijación de fechas basadas en el uso del carbono ha creado la confusión en la antigua cronología sobre la que se apoyaban las viejas ideas sobre la difusión. Actualmente parece irrefutable que los europeos levantaban enormes tumbas megalíticas antes de que los egipcios construyesen sus pirámides. Stonehenge es más antigua que la civilización micénica en Grecia. La metalurgia en Europa bien puede haber precedido el desarrollo de las artes del metal en Grecia y Troya.

El significado de estos descubrimientos no ha sido aclarado aún, pero indudablemente hoy resulta imposible considerar a los europeos prehistóricos como salvajes que holgazaneaban a la espera de los beneficios de la civilización oriental. Por el contrario, los europeos parecen haber dominado técnicas suficientemente importantes como para trabajar grandes masas de piedra y tenido asimismo el considerable conocimiento de la astronomía que les permitió construir Stonehenge, el primer observatorio del mundo.

Cabe, por tanto, poner en tela de juicio la predilección europea por la civilización oriental y el concepto mismo de la barbarie europea, el cual exige una revisión. Si tenemos presente el legado de la llamada barbarie, los vikingos adquieren nueva importancia y podemos someter a nuevo examen lo que se conoce de los escandinavos del siglo X.

En primer lugar, debemos reconocer que los vikingos nunca constituyeron un grupo claramente unificado. Lo que vieron los europeos fueron grupos dispersos y aislados de hombres de mar procedentes de una extensa zona geográfica -Escandinavia es mayor que Portugal, España y Francia reunidas- y que zarpaban desde sus estados feudales con fines de comerciar, cometer actos de piratería o ambas cosas. Los vikingos no distinguían mucho entre esas dos actividades. Es necesario comentar aquí que se trata de una tendencia compartida por muchos navegantes, desde los griegos hasta los isabelinos.

De hecho, para tratarse de gente carente de civilización que no «sentía la necesidad de mirar más allá de la próxima batalla», los vikingos revelan una conducta inusitadamente estable y orientada a determinados fines. Como prueba de la extensión de su comercio, la moneda árabe aparece en Escandinavia ya en el año 692 de la Era

Cristiana. Durante los cuatrocientos años subsiguientes los mercaderes-piratas vikingos llegaron hacia el oeste hasta Terranova, hacia el sur hasta Sicilia y Grecia (donde dejaron inscripciones talladas sobre los leones de Delos) y hacia el este hasta los Urales en Rusia, donde los mercaderes nórdicos establecieron contacto con las caravanas que llegaban por la ruta de la seda a China. Los vikingos no fueron constructores de imperios y es común afirmar que su influencia en este vasto territorio no fue permanente. No obstante, fue lo bastante para que dejaran sus nombres en numerosas localidades de Inglaterra, mientras en Rusia dieron su nombre a la nación misma (nombre derivado del de una tribu nórdica, la Rus). En cuanto a la influencia más sutil de su vigor pagano, de su energía implacable y de su sistema de valores, el manuscrito de Ibn Fadlan muestra cuántas de las actitudes típicas de los nórdicos han perdurado hasta el día de hoy. En verdad hay algo notablemente familiar a la sensibilidad moderna en la forma de vida de los vikingos, a la vez que un elemento de producto atractivo.

Acerca del autor

Convendría decir algo acerca de Ibn-Fadlan, el hombre que nos habla con una voz tan personal, a pesar de haber pasado ésta por el filtro de mil años y por el de transcriptores y traductores provenientes de tantas tradiciones lingüísticas y culturales diferentes.

Sabemos poco o nada de su historia personal. Al parecer, era un hombre culto y, a juzgar por sus hazañas, no pudo haber tenido mucha edad. Manifiesta explícitamente pertenecer a la familia del califa, a quien no admiraba en particular. En este sentimiento le acompañaban muchos, por cuanto el califa Al-Muqtadir fue depuesto dos veces y por último asesinado por uno de sus propios oficiales.

De la sociedad de su tiempo sabemos algo más. En el siglo x Bagdad, la Ciudad de la Paz, era la ciudad más civilizada de la Tierra. Dentro de sus célebres murallas circulares vivían más de un millón de habitantes. Bagdad era el centro de la actividad intelectual y comercial dentro de un marco de extraordinaria belleza, elegancia y esplendor. Había jardines perfumados, glorietas sombreadas y frescas y las riquezas acumuladas por un vasto imperio.

Los árabes de Bagdad eran musulmanes fervorosos. No obstante, estaban expuestos al contacto con pueblos distintos que actuaban de manera diferente y tenían creencias también diferentes. Los árabes eran, en realidad, los individuos menos provincianos de ese tiempo, hecho que los convertía en agudos observadores de las culturas extranjeras.

El mismo Ibn-Fadlan fue sin duda un hombre inteligente y observador. Le interesaban tanto los detalles de la vida cotidiana como las creencias de las gentes. Mucho de lo que vio le resultó vulgar, obsceno y bárbaro, pero no perdió mucho tiempo en manifestar indignación. Una vez expresada su censura, pasa inmediatamente a sus observaciones imparciales. Sus comentarios traslucen una notable imparcialidad.

Su estilo de describir los hechos puede parecer excéntrico para la modalidad occidental. No relata una historia tal como estamos habituados a oírla. Tendemos a olvidar que nuestro propio sentido del drama tiene sus orígenes en la tradición oral, la representación viva por parte de un bardo ante un auditorio que a menudo tiene que haberse mostrado inquietante e impaciente, o bien somnoliento después de una comida copiosa. Nuestras historias más antiguas, la Ríada, Beowulf y la Canción de Roldán, fueron creadas para ser cantadas por juglares cuya función principal y cuya primera obligación era entretener.

Ibn-Fadlan, en cambio, fue un escritor y su fin principal no era entretener. Tampoco tenía que glorificar a algún mecenas que le escuchase, ni reforzar los mitos de la sociedad en que vivía. Por el contrario, fue un embajador que debió entregar un informe. Su tono es el de un auditor de impuestos, no el de un bardo; el de un antropólogo, no el de un dramaturgo. Más aún, a menudo desperdicia los elementos más cautivadores de su narración para evitar que se interpongan en su relato claro y equilibrado.

A veces esta falta de pasión es tan exasperante que no reconocemos la agudeza de Ibn-Fadlan como espectador. Durante siglos después de Ibn-Fadlan la tradición entre los viajeros fue escribir crónicas infinitamente especulativas y fantásticas acerca de las maravillas del extranjero, como animales que hablaban, hombres que volaban, encuentros con mariposas gigantes y con unicornios. Hace tan sólo ochocientos años había europeos, en otros aspectos sensatos, que rellenaban cuartillas con disparates sobre babuinos africanos que libraban guerras con granjeros, por ejemplo.

Ibn-Fadlan nunca especula. Cada una de sus palabras suena a verdad y cuando informa acerca de algo que sólo conoce de oídas, se cuida de señalarlo. Se muestra de igual modo puntilloso en especificar cuando ha sido testigo presencial. Es por ello que utiliza infinidad de veces la frase «Lo vi con mis propios ojos».

En definitiva, es esta cualidad de total veracidad lo que hace que su relato sea tan horripilante. Su encuentro con los monstruos de la niebla, los devoradores de cadáveres, es descrito con la misma atención al detalle, el mismo cuidadoso escepticismo que caracteriza el resto del manuscrito.

Sea como fuere, el lector podrá juzgar por sí mismo.

Librodot

MANUSCRITO DE IBN-FADLAN EN EL QUE RELATA SUS EXPERIENCIAS ENTRE LOS NÓRDICOS EN EL AÑO 922 DE LA ERA CRISTIANA

INICIO DEL VIAJE DESDE BAGDAD

¡Loado sea Dios, el Misericordioso, el Compasivo, el Señor de los Dos Mundos, y bendiciones y paz al Príncipe de los Profetas, nuestro dueño y señor Muhammad, a quien Dios bendiga y proteja y confiera durable e ininterrumpida paz y beneficios hasta el Día de la Fe!

Éste es el libro de Ahmad ibn-Fadlan, ibn-al-Abbas, ibn-Rasid, ibn-Hammad, cliente de Muhammad ibn-Sulayman, embajador de al-Muqtadir ante el rey de los Saqaliba, en el cual relata lo que viera en la tierra de los turcos, los hazars, los saqaliba, los baskirs, los rus y los nórdicos, las historias de sus reyes y su manera de comportarse en muchos quehaceres de su vida.

La carta de Yiltawar, rey de los Saqaliba, llegó a manos del comandante de los fieles, al-Muqtadir. En ella Yiltawar le solicitaba que enviara a alguien capaz de instruirlo en religión y

de familiarizarlo con las leyes del Islam, que le construyera una mezquita y le levantara un púlpito desde el cual llevar a cabo la misión de convertir a su pueblo, en todos los distritos de su reino, como asimismo consejo acerca de la construcción de fortificaciones y de obras de defensa. Luego rogaba al califa que hiciera todo esto. El intermediario en este cometido era Dadir-al-Hurami.

El comandante de los fieles, al-Muqtadir, como muchos lo sabemos, no era un califa fuerte y justo, sino más bien inclinado a los placeres y a los discursos lisonjeros de sus funcionarios, quienes le consideraban un tonto y se mofaban de él a sus espaldas. No pertenecía yo a ese grupo ni era amado de forma especial por el califa, por los motivos siguientes.

En Bagdad, la Ciudad de la Paz, vivía un mercader de cierta edad llamado ibn-Qarin, rico en todas las cosas pero carente de un corazón generoso y de amor a los hombres. Atesoraba su oro y también a su joven esposa a quien nadie había visto, a pesar de que todos la tenían por una mujer inimaginablemente bella. Cierto día, el califa me envió a entregar un mensaje a ibn-Qarin. Me presenté en la casa del mercader y solicité ser admitido con mi carta y mi sello. Hasta hoy, ignoro el contenido de esa carta, pero no tiene importancia.

El mercader no estaba en casa, por haberse ausentado al extranjero en misión de negocios. Expliqué al criado que debía esperar su regreso, pues tenía instrucciones del califa de entregar el mensaje exclusivamente en manos de su amo. En vista de ello el criado me permitió entrar en la casa,

proceso que requirió algún tiempo, ya que la puerta de la casa tenía numerosos pasadores, cerrojos, barras y pestillos, tal como suele ocurrir en las casas de los avaros. Por fin entré. Permanecí allí todo el día, sediento, pero los servidores del avariento mercader no me ofrecieron ningún refrigerio.

En medio del calor de la tarde, cuando toda la casa estaba silenciosa y mientras dormían los servidores, también yo me sentí somnoliento. Entonces vi delante de mí una aparición vestida de blanco, una mujer joven y bella, que supuse sería la mujer del mercader, a quien ningún hombre había visto nunca. No habló, sino que con gestos me condujo a otro cuarto y una vez allí cerró la puerta con el cerrojo. Gocé de ella sin vacilar y no fue necesario estimularla para ello porque su marido era viejo y sin duda no la satisfacía. Así pasó muy rápidamente la tarde, hasta que oímos al amo que volvía. Inmediatamente la esposa se levantó y me dejó, sin haber pronunciado una sola palabra en mi presencia. Quedé solo y arreglándome las ropas con algo de prisa.

Diré aquí que pude ser sorprendido, de no haber mediado aquellos pasadores y cerrojos que impedían la entrada del avaro en su propia casa. No obstante, el mercader Ibn-Qarin me encontró en el cuarto contiguo, me miró con suspicacia, y preguntó por qué estaba allí en lugar de haber esperado en el patio, el lugar apropiado para un mensajero. Repliqué que estaba hambriento y fatigado y había ido en busca de alimento y sombra. Era una mentira muy poco convincente y el mercader no me creyó. Se quejó, entonces, al califa, quien, según sé, se sintió secretamente divertido, pero al mismo tiempo obligado a adoptar una expresión de severa censura en público. De ese modo, cuando el gobernante de Sagaiba solicitó al califa el envío de una misión, este mismo ibn-Qarin, despechado, insistió en que me enviaran a mí. Así pues, fui enviado.

En nuestro grupo estaba el embajador del rey de Saqaliba, llamado Abadallah ibn-Bastu al-Hazari, un hombre majadero y altisonante que hablaba demasiado. Estaban también Takin al-Turki y Bars al-Saqlabi, guías para el viaje y, por último, yo. Llevábamos presentes para el rey, su esposa, sus hijos y sus generales. Llevábamos asimismo ciertas drogas que fueron encomendadas al cuidado de Sausan el-Ras¡. Tal era nuestro grupo.

Partimos, pues, el jueves, undécimo día del Safar del año 309 (21 de junio de 921), de la Ciudad de la Paz. Nos detuvimos un día en Nahwaran y desde allí avanzamos a buen paso hasta llegar a al-Daskara, donde permanecimos tres días. Proseguimos sin dar ningún rodeo hasta Hulwan. Allí nos detuvimos dos días. Desde allí proseguimos hacia Qirmisin, donde paramos dos días. Reanudamos el viaje y avanzamos hasta Hamadan, donde nos quedamos

tres días. Llegamos luego a Sawar, para quedar allí otros dos, y después partimos hacia Ray, donde permanecimos once días, esperando a Ahmad ibn-Ali, hermano de el-Ras¡, que estaba en Huwar al-Ray. Desde allí proseguimos hasta Huwar al-Ray, donde permanecimos tres días.[1]

Nuestra permanencia en Gurganiya fue prolongada. Estuvimos allí varios días del mes de Ragab (noviembre) y durante todos los de Saban, Ramadan y Sawwal. Esta larga estancia fue provocada por un frío de intensas proporciones. Diré que me contaron que dos hombres llevaron camellos a la selva en busca de lumbre. Olvidaron, no obstante, llevar pedernal y astillas y por ello durmieron a la intemperie sin siquiera contar con una fogata. Cuando despertaron a la mañana siguiente, descubrieron que los camellos estaban congelados como estatuas a causa del frío.

Pude ver que el mercado y las calles de Gurganiya estaban completamente desiertos a causa del frío. Era posible pasearse por las calles sin encontrar ser alguno. Una vez, cuando salía del baño, entré en mi casa y me miré la barba, que era un bloque de hielo. Tuve que descongelarla junto al fuego. Vivía día y noche dentro de una casa contenida dentro de otra, y en cuyo interior se había levantado una tienda turca hecha de paño, en la que yo permanecía envuelto en abundantes ropas y mantas de piel. A pesar de todo ello, a menudo se me adherían las mejillas a la almohada durante la noche.

En estos extremos de frío comprobé que la tierra suele sufrir grandes grietas y que un árbol grande y vetusto puede llegar a partirse en dos mitades.

A mediados del mes de Sawwal del año 309 (febrero del 922), el tiempo comenzó a cambiar, el río comenzó a deshelarse y nos procuramos los elementos necesarios para el viaje. Compramos camellos turcos y botes de piel de camello, como preparación para el cruce de los ríos que deberíamos efectuar en la tierra de los turcos.

Almacenamos provisiones de pan, mijo y carne salada para tres meses. Nuestras amistades en la ciudad nos guiaron en la compra de las ropas que habríamos de necesitar. Estos amigos nos describieron las pruebas que nos aguardaban en términos horripilantes y por nuestra parte imaginamos que exageraban, pero cuando sufrimos las experiencias, todo fue peor de lo que nos habían dicho.

Cada uno de nosotros vistió una chaqueta, sobre ésta un gabán, sobre éste la prenda llamada tulup, cubierta a su vez por un burka, mientras un turbante de paño dejaba libres tan sólo los ojos para poder ver. Llevábamos calzoncillos comunes debajo de los pantalones, pantuflas y sobre éstas un par de botas. Cuando uno de nosotros se apeaba del camello, le era imposible moverse a causa de sus ropas.

El doctor en leyes y el maestro y los pajes que viajaban con nosotros desde Bagdad nos dejaron en este punto, temerosos de internarse en esas tierras desconocidas, de modo que yo, el embajador, su cuñado y dos pajes, Takin y Bars, reanudamos el camino.[2]

La caravana estaba lista para partir. Tomamos a nuestro servicio a un guía entre los pobladores de la ciudad, cuyo nombre era Qlawus. En seguida nos pusimos en manos de nuestro Dios Altísimo y Todopoderoso e iniciamos la marcha un-lunes, el tercer día del mes de Dulqada del año 309 (3 de marzo del 922), desde la ciudad de Gurganiya.

[1] Este pasaje expresa el estilo habitual de las descripciones que hace ibn-Fadlan de sus viajes. Tal vez la cuarta parte de todo el manuscrito está escrito en este estilo y se limita a enumerar los nombres de las poblaciones y el número de días pasados en cada una. La mayor parte de este material ha sido omitido.

Según parece, ibn-Fadlan viaja hacia el norte y por fin se ven obligados a detenerse para invernar.

[2] Ibn-Fadlan nunca se muestra preciso en cuanto al tamaño y composición del grupo. No es posible saber a ciencia cierta si su aparente negligencia refleja la suposición de que el lector conoce la composición de la caravana o bien es consecuencia de la pérdida de pasajes del texto. Ciertas convenciones sociales pueden haber influido, ya que ibn-Fadlan nunca manifiesta que su grupo es de más de unos pocos individuos, cuando en realidad alcanzaba, probablemente, un centenar o más y el doble de esta cifra en caballos y camellos. Sin embargo, ibn-Fadlan no cuenta, literalmente hablando, los esclavos, servidores y miembros de menor importancia de la caravana.

El mismo día hicimos un alto en la población llamada Zamgan, es decir, la puerta de los turcos. Muy temprano al día siguiente, proseguimos hacia Git. Allí nevó tanto que los camellos se hundían en la nieve hasta las rodillas y por tanto tuvimos que detenernos dos días.

Seguimos a buen paso y entramos en la tierra de los turcos sin encontrar a nadie en la estepa estéril y llana. Cabalgamos diez días en medio de un frío intensísimo y de tormentas de nieve ininterrumpidas, en comparación con las cuales el frío sufrido en Chwarezm era comparable a un día de verano, al punto que olvidamos todas las incomodidades sufridas con anterioridad y estuvimos casi a punto de renunciar al viaje.

Un día, cuando habíamos sufrido el tiempo frío más inclemente, Takin, el paje, iba cabalgando a mi lado y junto a él uno de los turcos, quien conversaba con él en su propio idioma. Takin se echó a reír y me dijo:

-Este turco me dice: «¿Qué querrá el Señor de nosotros? Está matándonos de frío. Si supiéramos lo que quiere, se lo daríamos.»

Yo repuse:

-Dile que sólo quiere que digan: «No hay otro Dios que Alá.»

El turco rió y dijo:

-Si lo supiera, lo diría.

Llegamos a un bosque donde había bastante madera seca y nos detuvimos. La caravana encendió fogatas, nos calentamos, nos quitamos las ropas y la tendimos a secar.[3]

Volvimos a hacernos a la marcha y cabalgamos todos los días desde la medianoche hasta la hora de las plegarias de la tarde, apresurándonos a partir de mediodía. Cuando hubimos cabalgado quince noches, llegamos a una gran montaña de rocas macizas. De estas rocas brotan manantiales cuya agua forma estanques. Desde allí proseguimos la travesía hasta que llegamos al lugar donde residía una tribu turca llamada de los oguz.

COSTUMBRES DE LOS TURCOS OGUZ

Los oguz son nómadas y viven en carpas de paño. Permanecen una temporada en un lugar y luego emprenden el viaje. Sus viviendas están distribuidas aquí y allá según la costumbre nómada. Si bien llevan una vida dura, son como asnos que hubiesen perdido el camino. No tienen lazos religiosos con Dios. Nunca rezan, pero en cambio llaman señores a sus jefes. Cuando uno de ellos solicita el consejo de su jefe a propósito de algo, le dice: «Señor, ¿qué haré respecto de esto o lo otro?»

Sus empresas están basadas en los consejos que se dispensan exclusivamente entre ellos. Los he oído decir: «No hay otro dios que Alá y Mahoma es el profeta de Alá», pero hablan así para aproximarse a los musulmanes y no porque lo crean.

El gobernante de los turcos oguz se llama Yab-gu. Tal es el nombre de quien gobierna y todos quienes llegan a gobernar a esta tribu tienen ese nombre. Su subordinado se llama siempre Kudarkin, de modo que todo subordinado a un jefe es llamado Kudarkin.

Los oguz no se lavan después de defecar u orinar, ni tampoco se bañan después de eyacular, ni en ninguna otra ocasión. No tienen ningún contacto con el agua, especialmente en invierno. Ningún mercader ni otros musulmanes pueden hacer sus abluciones en presencia de ellos, salvo durante la noche, cuando los turcos no lo ven, pues se enojan y dicen: «Este hombre quiere hacernos víctimas de un sortilegio, porque está sumergiéndose en el agua», y por tanto le obligan a pagar una multa.

Ningún mahometano puede entrar en territorio turco hasta que un oguz haya accedido a ser su anfitrión, con quien se alberga y a quien trae ropas de las tierras del Islam, además de

[3] Al parecer, el grupo de ibn-Fadlan estaba aproximándose a una región menos fría, porque no vuelve a aludir a un frío extremo.

pimienta, mijo, pasas y nueces para la esposa. Cuando el musulmán llega a casa de su anfitrión, éste le levanta una tienda y le lleva ovejas para que el musulmán pueda sacrificarlas personalmente. Los turcos nunca degüellan las ovejas, sino que las golpean en la cabeza hasta matarlas.

Las mujeres oguz nunca se cubren con velo en presencia de sus propios hombres ni de otros. Tampoco se cubren ninguna parte del cuerpo en presencia de nadie. Un día nos detuvimos a visitar a un turco y nos sentamos en su tienda. Su mujer estaba presente. Mientras conversábamos, la mujer se descubrió el pubis y se lo rascó, cosa que nosotros vimos. Nos cubrimos el rostro y dijimos: «Con el perdón de Dios.»

Al oír esto, el marido se echó a reír y dijo al intérprete: «Diles que nosotros descubrimos esta parte de nuestras mujeres en presencia de ellos para que la vean y se impresionen, pero no está disponible. Es mejor que cubrirla y, no obstante, permitir su uso.»

El adulterio es desconocido entre ellos. A quienquiera que descubran en adulterio, lo descuartizan en dos partes. Esto se realiza del siguiente modo: Juntan las ramas de dos árboles, atan al culpable a las ramas y luego sueltan las ramas, de manera que el hombre atado a ellas se divide en dos.

El hábito de la pederastia es considerado por los turcos un pecado terrible. Una vez llegó un mercader y se albergó con el clan del Kudarkin. Este mercader permaneció un tiempo con su anfitrión para comprar ovejas. Ahora bien, el dueño de casa tenía un hijo imberbe y el mercader trató de seducirlo. Por fin, logró que el adolescente cediera a su voluntad. Pero el dueño de casa entró y los sorprendió en flagrante delito.

Los turcos querían matar al mercader y también al joven. Sin embargo, después de muchas súplicas por parte del mercader, se le permitió pagar su propio rescate. Pagó al anfitrión doscientas ovejas por lo que había hecho a su hijo y abandonó presurosamente las tierras de los turcos.

Todos los turcos se arrancan las barbas, con excepción de los bigotes.

Las costumbres matrimoniales son como sigue:

Uno de ellos pide la mano de una mujer de otra familia por un precio determinado. El precio consiste a menudo en camellos, animales de carga y otros bienes. Nadie puede tomar esposa hasta haber cumplido esta obligación, acerca de la cual debe haber acuerdo con los hombres de la familia. Una vez satisfecha, puede acudir a la vivienda de la novia y tomarla en presencia del padre, la madre y los hermanos, quienes no se lo impiden.

Si muere un hombre dejando esposa e hijos, el mayor de los hijos varones puede tomarla como esposa siempre que no sea su propia madre.

Si un turco se pone enfermo y tiene esclavos, éstos le cuidan y ningún miembro de la familia se le acerca. Se levanta una tienda separada de las viviendas y no sale de ella hasta que muere o bien se cura. Si, por el contrario, es un esclavo o un hombre pobre, le dejan en el desierto y prosiguen el camino.

Cuando muere un hombre destacado, cavan una gran fosa en forma de casa y visten el cadáver con un qurtaq con cinturón y arco y le ponen en una mano una copa de madera llena de bebida alcohólica. Toman luego todos sus bienes y los depositan en esta casa. Por fin ponen en ella el cuerpo. Luego levantan otra casa encima y construyen una especie de cúpula de barro.

A continuación sacrifican sus caballos, ya sea uno o doscientos, tantos como posea, en el lugar de la tumba. Se comen entonces la carne, dejando sólo la cabeza, los cascos, el cuero y la cola, todo lo cual cuelgan de palos de madera y dicen:

«Éstos son los corceles en que cabalga hacia el Paraíso.»

Si el hombre ha sido un héroe y ha matado a enemigos, tallan estatuas de madera en un número equivalente al de hombres que mató, las colocan sobre su tumba y dicen: «Éstos son los pajes que le sirven en el Paraíso.»

A veces posponen por un día o dos el sacrificio de los caballos, en cuyo caso un viejo seleccionado entre los ancianos los alborota diciendo: «Vi en sueños al hombre muerto y me

dijo: "Aquí me ves. Mis camaradas me han alcanzado y tenía pies demasiado débiles para seguirlos. No puedo alcanzarlos y he quedado solo."» En este caso la gente mata a sus caballos y los cuelga sobre la tumba. Al cabo de unos días vuelve a acercarse y dice: «He visto en un sueño al muerto y me dijo: "Informad a mi familia que me he recobrado de mi trance."»

De este modo el anciano preserva las costumbres de los oguz, pues si no lo hiciera podría despertarse entre los vivos el deseo de quedarse con los caballos del muerto.[4]

Por fin continuamos nuestro viaje por el reino turco. Una mañana, un turco salió a nuestro encuentro. Era de rasgos desagradables, sucio de aspecto, despreciable en su actitud y rastrero por naturaleza. El turco me dijo: «Alto», y toda la caravana se detuvo, obedeciendo su orden. Dijo él entonces: «Ni uno de vosotros puede pasar.» Le dijimos: «Somos amigos del Kudarkin.» El hombre rió y dijo: «¿Quién es el Kudarkin? Me cago en sus barbas.»

Ninguno de nosotros supo qué hacer al oír estas palabras, pero el turco dijo: «Bekend -es decir, pan en la lengua de Chwarezn. Le di unas cuantas hogazas de pan, que el hombre tomó antes de decirnos-: Podéis seguir. Me he compadecido de vosotros.»

Llegamos al distrito del comandante militar, cuyo nombre era Etrek ibn-al-Qatagan. El comandante hizo levantar tiendas para nosotros y nos invitó a ocuparlas. Él tenía una gran casa, servidores y grandes viviendas. Trajo ovejas para que pudiéramos sacrificarlas y puso a nuestra disposición caballos de silla. Los turcos aluden a él como su mejor jinete y la verdad es que lo comprobé un día cuando corrió una carrera con nosotros y al pasar un ganso volando sobre nosotros, preparó su arco y, guiando su caballo hasta ponerse debajo de él, le disparó una flecha y lo abatió.

Le regalé un vestido de Merv, un par de botas de cuero rojo y cinco gabanes de seda. El comandante los aceptó con estentóreas muestras de agradecimiento. Se quitó entonces el gabán de brocado que llevaba, para ponerse las prendas de honor con que yo acababa de obsequiarle. Vi que el qartaq que tenía debajo estaba deshecho y muy sucio, pero es costumbre de ellos que nadie se quite la prenda que usa pegada al cuerpo hasta que se desintegra.

En verdad se arrancaba toda la barba y aun el bigote, de manera que tenía el aspecto de un eunuco. Sin embargo, como he observado, era el mejor de sus jinetes.

Creí que estos hermosos presentes nos ganarían su amistad, pero no habría de ocurrir así. Era un hombre traicionero.

Un día mandó llamar a los jefes más próximos a él, es decir, Tarhan, Yanal y Glyz. Tarhan era el de mayor influencia, un hombre lisiado y ciego a quien le faltaba una mano. El comandante les dijo:

-Éstos son los emisarios del rey de los árabes al jefe de los búlgaros y no querría dejarlos pasar sin antes cambiar ideas con vosotros.

Habló entonces Tarhan:

-Es éste un asunto que desconocemos. Nunca ha pasado el embajador del sultán a través de nuestro territorio desde que lo ocuparon nuestros antepasados. Sospecho que el sultán trama algo contra nosotros. En realidad, ha mandado a estos hombres para levantar a los hazars contra nosotros. Lo mejor será cortar en dos a estos embajadores y apoderarnos de todo lo que tienen. Otro consejero dijo:

-No; será mejor que nos apoderemos de lo que tienen y los dejemos desnudos para que regresen al lugar del que provienen.

Y otro repuso:

[4] Farzan, entusiasta admirador de ibn-Fadlan, cree que este párrafo revela la agudeza de un antropólogo moderno, que registra no sólo los hábitos de un pueblo, sino también los mecanismos que actúan en el cumplimiento de estos hábitos. Las implicaciones económicas de matar los caballos de un jefe nómada son el equivalente de los impuestos sucesorios de hoy, es decir, tienden a retardar la acumulación de la riqueza heredada dentro de una familia. Si bien es exigido por la religión, no puede haber sido una práctica que gozara de gran favor, como tampoco lo son los impuestos sucesorios hoy en día. lbn-Fadlan, con toda astucia, señala la manera en que es impuesta a quienes la resisten.

-No; el rey de los hazars tiene prisioneros de nuestro pueblo, de modo que debemos enviar a estos hombres a que paguen rescate por ellos.

Durante siete días discutieron estos puntos, mientras nosotros estábamos en una situación semejante a la muerte. Hasta que acordaron dejarnos pasar. Dimos a Tarham, como prendas de honor dos caftanes de Merv y además pimienta, mijo y unas hogazas de pan.

Y proseguimos el viaje hasta que llegamos al río Bagindi. Allí tomamos nuestros botes de piel de camello, los dispusimos el uno junto al otro y cargamos los artículos de los camellos turcos. Cuando cada uno de los botes estuvo lleno, ocuparon lugares en ellos grupos de cinco, seis o cuatro hombres. Todos cortaron ramas de abedul y las usaron como remos, remando todo el tiempo mientras el agua arrastraba los botes y los hacía girar sobre sí mismos. Por fin cruzamos el río. En cuanto a los caballos y camellos, pasaron a nado.

Es absolutamente necesario que al cruzar un río se transporte en primer término, y antes que ningún miembro de la caravana, a un grupo de guerreros armados con el fin de establecer la vanguardia que impida un ataque por sorpresa mientras el grueso de la expedición está atravesando el río.

Cruzamos, pues, el río Bagindi y del mismo modo el río llamado Gam. A continuación el

Odil, el Adrn, luego el Wars, el Ahti y el Wbna. Todos ellos son ríos importantes.

Llegamos entonces al lugar donde habitaban los pecenegs. Éstos habían acampado junto a un lago manso que parecía el mar. Son gente muy morena y robusta y los hombres se afeitan la barba. Son pobres, en comparación con los oguz, pues entre los oguz vi hombres que poseían hasta diez mil caballos y hasta cien mil ovejas. Los pecenegs, en cambio, son pobres y nos quedamos sólo un día junto a ellos.

Reanudamos la marcha y llegamos al río Gayih. Éste es el río más caudaloso, ancho y de cauce más rápido que encontramos. En verdad vi volcarse un bote de cuero en él y sus ocupantes se ahogaron. Muchos miembros del grupo perecieron, y también muchos camellos y caballos se ahogaron. Cruzamos este río con dificultad. Al cabo de unos días más de marcha cruzamos el río Gaha, luego el Azhn, luego el Suh y luego el Kiglu. Por fin llegamos a la tierra de los baskirs.[5]

Por fin abandonamos la tierra de los baskirs y cruzamos el río Germsan, el río Urn, el río Urm, el río Wtig, el río Nbasnh y el río Gawsin. Entre estos ríos la distancia implica un viaje de dos, tres o cuatro días en cada caso.

Luego llegamos a la tierra de los búlgaros, que comienza en las márgenes del río Volga.

PRIMER CONTACTO CON LOS NÓRDICOS

Con mis propios ojos vi cómo los nórdicos[6] habían llegado con sus mercancías y levantado su campamento sobre las márgenes del Volga. Nunca vi gente tan gigantesca como ellos. Son altos como palmeras y de tez pletórica y rubicunda. No llevan ni camisolas ni caftanes, sino una prenda de tejido tosco drapeado sobre un lado, para que una mano quede libre.

[5] El manuscrito de Yakut contiene una breve descripción de la permanencia de ibn-Fadlan entre los baskirs. Muchos expertos ponen en duda la autenticidad de estos pasajes. Las descripciones son aburridas e inusitadamente vagas y en su mayor parte consisten en listas de jefes y nobles. lbn-Fadlan mismo insinúa que no vale la pena ocuparse de los baskirs, declaración poco habitual en este viajero de curiosidad inagotable.

[6] En realidad la palabra usada por ibn-Fadlan aquí era «rus», nombre particular de esta tribu de nórdicos. En el texto llama a veces a los escandinavos por el nombre de cada tribu y a veces los llama «varangios» como término genérico. Los historiadores reservan el nombre de varangio para los mercenarios escandinavos empleados por el Imperio bizantino. Para evitar confusiones, en esta traducción se emplea siempre el término «nórdicos».

Todo nórdico lleva un hacha, una daga y una espada y nunca se lo ve sin estas armas. Sus espadas son anchas, con bordes ondeados y de manufactura franca. Desde la punta de las uñas hasta el cuello, todos los hombres están tatuados con imágenes de árboles, seres vivos y otras cosas.

Las mujeres llevan atado al pecho un pequeño estuche de hierro, cobre, plata u oro, según la riqueza y los recursos de sus maridos. Atado a este estuche tienen un anillo y sobre éste una daga, todo ello sobre el pecho. En el cuello llevan collares de cadenas de oro y plata.

Son la raza más sucia que Dios haya creado. No se limpian después de defecar ni se lavan las suciedades nocturnas, como no lo harían los asnos salvajes.

Llegan de su propio país, anclan sus barcos en el Volga, que es un anchuroso río, y construyen grandes viviendas de madera sobre la orilla. En cada una de estas casas viven diez o veinte personas, más o menos. Cada uno de los hombres tiene una cama en la cual se sienta con las hermosas muchachas que tiene para vender. Es muy frecuente que goce de alguna de ellas en presencia de un amigo. A veces varios de ellos pueden estar dedicados a esta actividad sexual en un mismo momento, todos en presencia de los otros.

De vez en cuando un mercader llega a una casa a comprar una muchacha y hallará al amo de ésta abrazándola y dispuesto a conservarla hasta haber saciado su deseo. Esto no se considera nada extraordinario.

Todas las mañanas entra una esclava con una vasija de agua que coloca a los pies de su amo. Éste se moja la cara y las manos y luego el pelo, peinándoselo sobre la vasija. Hecho esto se suena la nariz y escupe dentro. Cuando ha terminado, la muchacha traslada la vasija hasta el hombre siguiente, quien hace lo mismo. De este modo pasa la vasija de uno a otro hombre, hasta que todos en la casa se han sonado la nariz y escupido en la vasija y se han mojado la cara y el pelo.

Ésta es la forma normal de hacer las cosas para los nórdicos, según he podido ver con mis propios ojos. A pesar de todo, en la época en que llegamos había cierto descontento entre estos gigantes, descontento que radicaba en lo siguiente:

Su jefe principal, un hombre llamado Wyglif, había enfermado y estaba instalado en una tienda especial a cierta distancia del campamento, provisto de pan y agua. Nadie se le acercaba, ni le hablaba, ni nadie le visitó durante todo el período de su enfermedad. Los esclavos no le alimentaban porque los nórdicos consideran que es necesario recuperarse de las enfermedades recurriendo a las propias fuerzas. Muchos creían que Wyglif no volvería a reunirse con ellos en el campamento, sino que moriría.

Un miembro de la comunidad, un joven llamado Buliwyf, fue elegido como nuevo gobernante, pero no fue aceptado mientras el jefe enfermo siguiese con vida. Tal era la causa del malestar reinante cuando nosotros llegamos. Sin embargo, no se veían muestras de pesar ni de llanto entre la gente acampada junto al Volga.

Los nórdicos atribuyen gran importancia a los deberes del anfitrión. Reciben a todo visitante con calor y hospitalidad, abundante alimento y ropas,

y los señores y los nobles compiten por el honor de haber acordado la hospitalidad más generosa. El grupo de nuestra caravana fue llevado a casa de Buliwyf, donde nos ofrecieron una gran fiesta presidida por el propio Buliwyf, quien -pude ver- era un hombre alto y fuerte, de tez y pelo y barba muy blancos. Tenía el porte de un jefe carismático.

Como señal de aprecio por el honor que nos dispensaban, hicimos grandes aspavientos de entusiasmo por la comida, no obstante ser ésta vil, y que el festín consistía en buena parte en arrojarse la comida y la bebida a la cara y en reír y regocijarse estruendosamente. Era corriente, en medio de este primitivo banquete, que un noble tuviese relaciones con una muchacha esclava en presencia de todos.

Al ver esto, volví la cara y dije:

-¡Que Dios me perdone!

Y los nórdicos rieron muchísimo al ver mi confusión. Uno de ellos tradujo el comentario de que, según ellos, Dios mira con favor tales placeres abiertos. Me dijo, en efecto:

-Vosotros los árabes sois como viejas. Tembláis frente al espectáculo de la vida.

Como respuesta, repuse:

-Soy vuestro invitado, y Alá sabrá guiarme hacia la virtud.

Esto fue motivo de nuevas risas, aunque no veo por qué habían de considerarlo gracioso.

Es costumbre de los nórdicos reverenciar la guerra. En verdad estos hombres enormes pelean sin pausa. Nunca están en paz, ya sea entre ellos o bien entre las diferentes tribus de su especie. Entonan canciones bélicas en las que se ensalza el coraje y considera que la muerte del guerrero es el más alto honor.

En el banquete de Buliwyf uno de los presentes cantó una canción de valor y de batalla que agradó a todos, a pesar de que nadie prestaba mucha atención. La fuerte bebida que consumen los nórdicos muy pronto los transforma en animales y asnos enloquecidos. En mitad de la canción hubo eyaculaciones y también una brutal riña de ebrios entre dos guerreros. El bardo no cesó de cantar a pesar de todos estos hechos. Vi sangre que le salpicaba la cara. Él se la enjugó sin hacer una pausa en su cántico.

Esto me impresionó mucho.

Ahora bien, este Buliwyf, que estaba tan ebrio como el resto, ordenó que yo cantara una canción. Se mostró muy insistente. Como no deseaba que se enfadara, recité del Corán mientras el intérprete repetía mis palabras en su lengua nórdica. No me acogieron mucho mejor que a su propio juglar y más tarde rogué el perdón de Alá por el tratamiento de que fueron objeto sus palabras sagradas y, asimismo, por la traducción[7] que, según pude intuir, no tenía sentido, ya que el intérprete mismo estaba también ebrio.

Habíamos permanecido dos días con los nórdicos y pensábamos marcharnos por la mañana, cuando el traductor nos informó que el jefe Wyglif había muerto. Me empeñé entonces en presenciar los acontecimientos subsiguientes.

Primero le colocaron en su tumba, sobre la cual se levantó un techado, y lo dejaron allí durante un período de diez días hasta que hubieron terminado de cortar y coser sus ropas.[8] Reunieron, además, sus bienes y los dividieron en tres partes: la primera, para la familia; la segunda, para la compra de las ropas que le confeccionaron; y la tercera, para adquirir bebida fuerte a la espera de que una muchacha se resignara a morir y fuese quemada junto a su amo.

En cuanto al consumo de alcohol, se abandonan a él en forma alocada y beben día y noche, como ya he señalado. No deja de ser frecuente que alguien se muera con una copa en la mano. La familia de Wyglif preguntó a todas sus muchachas y pajes:

-¿Quién de vosotros morirá con él? Una de ellas repuso:

-Yo.

Desde el momento en que lo dijo, dejó de ser libre. De haber cambiado de parecer, no se lo habrían permitido.

La muchacha que había hablado fue encomendada al cuidado de otras dos que debían vigilarla, acompañarla adondequiera que fuese y aun, en ciertos casos, lavarle los pies. Otros se ocuparon del muerto, cortando sus prendas mortuorias y preparando todo lo necesario. Durante todo este tiempo la muchacha se dio a la bebida y al canto y se mostró contenta y alegre.

[7] Los árabes siempre se han mostrado aprensivos frente a una traducción del Corán. Los sheiks más antiguos sostenían que no era posible traducir el libro sagrado, convicción basada, seguramente, en consideraciones religiosas. Sin embargo, cuantos han intentado una traducción se muestran de acuerdo por razones estrictamente seculares. El árabe es en sí una lengua concisa y el Corán está compuesto como poesía, siendo, por tanto, más concentrado aún. Las dificultades de transmitir el significado literal, para no mencionar ya la gracia y la elegancia del árabe original, han llevado a los traductores a presentar su obra con largos prólogos y profusas disculpas.

Al mismo tiempo el islamismo es una forma del pensamiento activa y expansiva, y el siglo x fue uno de los períodos que marcaron la cumbre de su divulgación. Tal expansión requirió sin duda las traducciones para uso de los conversos y se llevaron a cabo muchas, pero ninguna feliz desde el punto de vista de los árabes.

[8] Esto resultó ya en sí sorprendente para un observador árabe que provenía de un clima cálido. La práctica musulmana exige un entierro inmediato, a menudo el día mismo del óbito, después de una breve ceremonia de abluciones rituales y plegarias.

Entretanto, Buliwyf, el noble destinado a ser el próximo rey o jefe, debió hacer frente a un rival llamado Thorkel. Yo no le conocía, pero era feo y repugnante, un hombre moreno en medio de esta gente blanca y sonrosada. Estaba dispuesto a ser el jefe. Todo esto me lo contó el intérprete, ya que no había indicios en los preparativos funerarios de que hubiese algo que no marchaba como de costumbre.

Buliwyf no dirigió los preparativos por no pertenecer a la familia Wyglif, pues es regla que sea la familia quien prepara el funeral. Buliwyf se unía a los festejos y regocijo generales y no actuaba en verdad como un rey, salvo durante los banquetes por la noche, en que se sentaba en el sitial alto reservado al rey.

He aquí cómo se sentaba. Cuando un nórdico es rey de verdad, se sienta a la cabecera de la mesa en una gran silla de piedra con brazos también de piedra. Tal era la silla de Wyglif, pero Buliwyf no se sentó en ella como un hombre normal. En lugar de ello se sentó en uno de los brazos, posición de la cual caía cuando bebía en exceso o cuando reía demasiado. La costumbre era que no se sentase en la silla hasta haber sido enterrado el rey anterior.

Durante todo este tiempo Thorkel tramaba un complot y conferenciaba con los demás nobles. Llegué a enterarme de que sospechaban que yo era un hechicero o mago, lo cual me causó zozobra. El intérprete, que no creía en estos rumores, me dijo que Thorkel afirmaba que yo había sido la causa de que Wyglif muriera para que Buliwyf fuera el próximo rey. Debo decir, no obstante, que no tuve nada que ver con ello.

Al cabo de unos días intenté marchar con mis hombres, ibn-Bastu, Takin y Bars, pero los nórdicos nos lo impidieron y dijeron que debíamos quedarnos hasta el funeral a la vez que nos amenazaban con sus dagas. En vista de esto nos quedamos.

Cuando llegó el día en que se debía quemar el cuerpo de Wyglif y a la muchacha, acercaron su barco hasta que tocó la playa. Alrededor de la embarcación se dispusieron cuatro asientos de madera de abedul y otros trozos de leña, así como grandes figuras de madera que representaban personajes.

Entretanto, la gente comenzó a caminar de un lado a otro, pronunciando palabras que yo no comprendía. La lengua de los nórdicos no es grata al oído y, además, es difícil de comprender. El jefe muerto estaba a cierta distancia en su tumba, de la cual no le habían retirado aún. A continuación trajeron una litera, la colocaron en el barco y la cubrieron con tela entretejida de oro de Grecia y con almohadas del mismo material. Llegó entonces una anciana, a quien llaman el ángel de la muerte, que distribuyó los objetos personales sobre la litera. Era ella quien se ocupaba de la confección de las ropas funerarias y de todos los demás elementos. También debía matar a la muchacha. Vi a esta vieja con mis propios ojos. Era morena, maciza y tenía una expresión hosca.

Cuando llegaron a la tumba, apartaron el techado y sacaron al muerto. Vi entonces que estaba totalmente ennegrecido, debido al frío reinante en la región. Cerca de él, en la tumba, habían dispuesto bebida alcohólica, frutas y un laúd, todo lo cual retiraron en aquel momento. Excepto por su color, el difunto Wyglif no había cambiado.

Vi entonces a Buliwyf y a Thorkel de pie el uno junto al otro, dando grandes muestras de amistad durante la ceremonia, si bien era evidente que tales muestras eran falsas.

Vistieron al rey Wyglif con pantalones, polainas y un caftán de tela de oro y le encasquetaron un gorro de tejido de oro adornado con piel de

marta. Le llevaron entonces a una tienda en el barco y allí le sentaron en la litera acolchada, le sostuvieron con almohadas y le llevaron bebida fuerte, fruta y albahaca, todo lo cual dejaron a su lado.

Trajeron luego un perro, que seccionaron en dos, arrojando las mitades al barco. Colocaron junto al cuerpo todas las armas y en seguida dos caballos a los que hicieron correr hasta que estuvieron sudorosos, momento en el cual Buliwyf mató a uno de ellos con su espada, y Thorkel al segundo, despedazándolos ambos con sus espadas y arrojando los trozos dentro del barco. Buliwyf mató su caballo con menos limpieza, hecho que pareció significar algo entre los observadores, si bien no pude comprender en qué consistía.

Trajeron luego dos bueyes, que también despedazaron y arrojaron dentro del barco y, por fin, un gallo y una gallina, que mataron y arrojaron al barco.

La muchacha que había elegido morir se paseaba, entretanto, de un lado a otro, entrando en cada una de las tiendas diseminadas por el lugar. E1 ocupante de cada una tenía relaciones con ella y decía:

-Dile a tu amo que hice esto sólo por amor él.

Era ya tarde. Condujeron a la muchacha hacia el objeto que habían construido, algo semejante al marco de una puerta, y cuando ella apoyó los pies sobre las manos de los hombres, la levantaron para que mirara por encima del marco. La muchacha murmuró algo y la bajaron. Otra vez

la levantaron, le permitieron bajar y por tercera vez repitieron esta acción. Luego le entregaron una gallina. La muchacha la decapitó y arrojó lejos la cabeza.

Pregunté al intérprete qué había hecho la muchacha. Éste contestó:

-La primera vez dijo: «Mirad, veo a mi padre y a mi madre. » La segunda vez: «Mirad, veo sentados a todos mis parientes muertos.» Y la tercera: «Mirad, veo a mi amo sentado en el Paraíso. El Paraíso es tan hermoso, tan verde... Con él están sus hombres y sus jóvenes. Me llaman, de modo que llevadme hasta él.»

La llevaron, pues, al barco. Allí se quitó sus dos brazaletes y se los entregó a la anciana llamada el ángel de la muerte, encargada de asesinarla. También se quitó dos aros de los tobillos y se los pasó a sus dos servidoras, las hijas del ángel de la muerte. Por fin, la subieron al barco, pero no le permitieron entrar todavía a la tienda.

En aquel momento llegaron hombres armados con escudos y lanzas y le entregaron una, copa de bebida fuerte. La muchacha la aceptó. Luego cantó y bebió el contenido. El intérprete me dijo que había dicho: «Con esto me despido de mis seres queridos.» Le entregaron luego otra copa, que también tomó antes de entonar una larga canción. La vieja le ordenó que dejara de cantar y entrara en la tienda donde estaba su amo.

Para entonces tuve la impresión de que la muchacha estaba confundida.[9] Hizo un ademán, como si fuera a entrar en la tienda, pero de pronto la vieja la aferró de los cabellos y la arrastró al interior. En ese momento los hombres empezaron a golpear sus escudos con las lanzas con el fin de ahogar los gritos, que podrían haber aterrado a las otras muchachas y llevarlas a resistirse a morir con sus amos en el futuro.

La siguieron al interior de la tienda seis hombres, cada uno de los cuales tuvo conocimiento carnal de ella. Luego la colocaron junto a su amo, donde dos de los hombres le cogieron los pies y otros dos las manos. La vieja conocida como el ángel de la muerte le ató una soga alrededor del cuello y entregó los extremos a los dos hombres para que tiraran de ellos. Mientras la vieja le hundía una espada en las costillas, los dos hombres la estrangularon con la soga hasta que expiró.

Los parientes del difunto Wyglif se aproximaron y, tomando un leño encendido, volvieron desnudos al barco y lo incendiaron sin mirarlo en ningún momento. Muy pronto estuvo en llamas la pira funeraria, el barco, la tienda, el hombre y la muchacha, y todo desapareció en una violenta tormenta de fuego.

A mi lado, uno de los nórdicos hizo un comentario al intérprete. Pregunté qué le había dicho y recibí la siguiente respuesta:

-Vosotros los árabes -dijo- debéis de ser gente muy estúpida. Tomáis al hombre más venerado y amado y le arrojáis a la tierra para que le devoren las alimañas y los gusanos. Nosotros, en cambio, le quemamos en un instante para que sin demora pueda entrar en el Paraíso.

En menos de una hora, barco, maderos y muchacha se convirtieron, junto con el hombre, en cenizas.

[9] O posiblemente «demente». Los manuscritos en latín dicen cerritus, pero el árabe de Yakuy dice «confundida» o «deslumbrada».

CONSECUENCIAS DEL FUNERAL DE LOS NÓRDICOS

Estos escandinavos no encuentran motivo de pesar en la muerte de un hombre. El hombre pobre y el esclavo son objeto de indiferencia para ellos, y ni siquiera un jefe será capaz de arrancarles lágrimas ni de provocarles tristeza. La misma noche del funeral del jefe Wyglif hubo un ruidoso festín en los grandes recintos de la colonia de nórdicos.

A pesar de todo percibí que no todo marchaba bien entre estos bárbaros. Cambié opiniones con mi intérprete y éste se expresó así:

-Es plan de Thorkel desterrar a Buliwyf. Thorkel se ha ganado el apoyo de algunos nobles, pero hay disensión en todas las casas y en todos los sectores.

Sumamente preocupado, dije:

-No tengo nada que ver en este asunto. ¿Cómo debo actuar?

El intérprete dijo que debía huir, si podía, pero si me atrapaban sería prueba de mi culpabilidad y se me trataría como a un ladrón. Se trata a los ladrones del siguiente modo: los nórdicos le llevan hasta un grueso árbol, le atan con una soga resistente, le cuelgan del árbol y le dejan colgar de él hasta que se pudre y se desintegra por la acción del viento y la lluvia.

Al recordar, asimismo, que había eludido con dificultad la muerte en manos de ibn-al-Qatagan, opté por actuar como lo había hecho antes, es decir, me quedé entre los nórdicos hasta que me diesen el salvoconducto para proseguir mi viaje.

Pregunté a mi intérprete si convendría que ofreciera regalos a Buliwyf y a Thorkel con el fin de auspiciar mi partida. Me dijo que no debería ofrecer regalos a los dos y que no estaba decidido aún cuál de los dos sería el jefe. Agregó seguidamente que esto quedaría claro un día y una noche más tarde, ni más ni menos.

Es verdad, en efecto, que los nórdicos no tienen formas establecidas de elegir un nuevo jefe cuando el anterior muere. La fuerza en el uso de las armas tiene mucha importancia, pero también la tienen la lealtad de los guerreros y de los señores nobles. En algunos casos no hay sucesor seguro al gobierno y estábamos en presencia de una situación así. Mi intérprete me aconsejó esperar y rezar. Así lo hice.

Se produjo entonces una intensa tormenta sobre las márgenes del río Volga, tormenta que duró dos días con copiosa lluvia y fuertes vientos, y pasada la cual se instaló en el suelo una neblina glacial. Era espesa y blanca y no era posible ver a una docena de pasos de distancia.

Ahora bien, estos gigantescos guerreros nórdicos que, en virtud de su inmensa talla, fuerza en el uso de las armas y crueldad de carácter, no tienen nada que temer en todo el mundo, temen en cambio la neblina o cerrazón que traen las tormentas.

Los hombres de esta raza se esfuerzan por ocultar su temor aun entre ellos mismos. Los guerreros ríen y bromean con exageración y hacen un alarde absurdo de conducta despreocupada. De este modo prueban lo contrario y la verdad es que su intento de disimular es infantil, tan ostensible es su comedia de no ver la verdad. Y al mismo tiempo todos y cada uno de ellos en todo el campamento ofrecen plegarias y sacrifican gallinas y gallos, y si se pregunta a uno el motivo del sacrificio, responderá:

«Hago sacrificios por el éxito de mi comercio.» O bien:

«Hago sacrificios en honor de tal o cual miembro muerto de mi familia.

Aducirá cualquier otra razón, y por fin añadirá:

«Y también para que se levante la niebla.» Diré que me resultó extraño que gente tan vigorosa y guerrera como aquélla temiese tanto algo y que fingiera no temerlo. Además, entre todos los motivos razonables de temor, la neblina o cerrazón parecían, en mi opinión, inexplicables. Dije a mi intérprete que un hombre puede temer el viento o bien las tormentas arrolladoras de arena, o las inundaciones, o los terremotos, o el trueno y el rayo en el cielo, ya

que todo ello puede dañar al hombre y aun matarlo, o, en fin, destruir su vivienda. Comenté, en cambio, que esa niebla o neblina no encerraba ninguna amenaza. La verdad es que era el menos importante de todos los elementos de la naturaleza.

El intérprete replicó que me faltaban las creencias propias de un hombre de mar. Dijo que muchos marinos árabes se mostraban de acuerdo con los nórdicos, en cuanto se refería a sentir malestar al verse envueltos por la niebla.[10] Y ocurría, dijo, que todos los hombres de mar sentían ansiedad en presencia de la niebla o neblina, porque tal condición acrecentaba el peligro de viajar por agua.

Dije que esto era sensato, pero que cuando la niebla se deposita sobre la tierra en lugar del agua, no comprendía la razón de temer. A esto repuso el intérprete:

-La niebla siempre es temible, venga de donde venga.

Por último dijo que no había ninguna diferencia, sobre tierra o sobre el mar, para el punto de vista nórdico.

Me dijo luego que los nórdicos no temían, en el fondo, a la niebla, y que él mismo no la temía. Se trataba de algo de importancia menor, sin mayores consecuencias.

-Es -dijo- un dolor leve dentro de una articulación de algún miembro, que puede sobrevenir con la niebla, pero no tiene mayor importancia.

De estas palabras inferí que mi intérprete, como los demás, negaba sentir preocupación por la niebla y fingía indiferencia.

Aconteció, sin embargo, que la niebla no se levantó, si bien disminuyó y perdió densidad al avanzar el día. Apareció el sol como un círculo en el cielo, pero era tan débil que me fue posible mirarlo directamente.

El mismo día llegó un barco que llevaba a bordo a un noble nórdico. Era un hombre joven con una barba rala y viajaba con un séquito reducido de pajes y esclavos, sin ninguna mujer entre ellos. Supuse, pues, que no era un mercader, ya que en esta región los nórdicos venden principalmente mujeres.

Este visitante amarró su barco y se quedó en él hasta la noche. Nadie se le acercó ni le saludó a pesar de ser un forastero y estar a la vista de todos.

Mi intérprete dijo:

-Es un pariente de Buliwyf y será recibido esta noche en un banquete.

-¿Por qué permanece a bordo del barco? -pregunté.

-A causa de la niebla. Es costumbre que permanezca a la vista de todos durante muchas horas para que todos le vean bien y sepan que no es un enemigo que proviene de la niebla -me dijo el intérprete después de muchos titubeos.

En el banquete de la noche vi llegar al joven al gran recinto. Allí le recibieron cálidamente y con grandes muestras de sorpresa, especialmente Buliwyf, quien actuó como si el joven acabara de llegar y no hubiese estado a bordo del barco durante tantas horas. Después de los saludos, el joven pronunció una vehemente alocución, que fue escuchada por Buliwyf con inusitado interés. En lugar de beber y jugar con las esclavas escuchó con atención al joven, quien hablaba con voz sonora y áspera. Al finalizar sus palabras, tuvimos la impresión de que el joven estaba al borde de las lágrimas y le ofrecieron una bebida.

Pregunté a mi intérprete qué había dicho. He aquí la respuesta:

-Es Wulfgar, hijo de Rothgar, un gran rey del norte. Es pariente de Buliwyf y solicita su ayuda y su apoyo en una misión heroica. Wulfgar dice que en las tierras lejanas reina un terror horroroso e indescriptible y frente al cual nadie sabe oponer resistencia y pide a Buliwyf que se apresure a volver a esas tierras para salvar a su pueblo y al reino de su padre, Rothgar.

Pregunté a mi intérprete por la naturaleza de este horror.

-No tiene un nombre que yo pueda darte -repuso.[11] El intérprete parecía muy turbado por las palabras de Wulfgar y también estaban turbados otros nórdicos. En el rostro de Buliwyf observé una expresión sombría y melancólica. Pedí al intérprete detalles de la amenaza.

[10] Es interesante que el término tanto árabe como el latino signifique de forma literal «enfermedad».

[11] Los riesgos de la traducción resultan evidentes en esta oración. El árabe original de Yakuy dice:

El intérprete dijo:

-No es posible pronunciar el nombre. Está prohibido decirlo, ya que puede provocar a los demonios. -Mientras hablaba pude ver que le daba miedo tan sólo pensar en estas cuestiones y que tenía una marcada palidez, en vista de lo cual dejé de interrogarle.

Buliwyf, sentado en el alto trono de piedra, guardaba silencio. La verdad es que los nobles y los vasallos y todos los esclavos y servidores también guardaban silencio. Nadie hablaba en el recinto. El mensajero Wulfgar estaba en pie frente a todos ellos con la cabeza inclinada. Yo nunca había visto tan abatida a esta gente del norte, habitualmente alegre y bulliciosa.

Entró entonces la vieja llamada ángel de la muerte y se sentó junto a Buliwyf. De una bolsa de cuero extrajo unos huesos, no sé si eran humanos o de animales, que arrojó al suelo, murmurando en voz baja y haciendo pases con las manos sobre ellos.

Volvió a levantar los huesos, para arrojarlos otra vez al suelo, y se repitió el procedimiento con nuevas palabras rituales. Y la anciana los dejó caer otra vez antes de dirigirse a Buliwyf.

Pregunté al intérprete qué había dicho, pero no me prestó atención.

Buliwyf se puso en pie y levantó su copa de bebida alcohólica y, dirigiéndose a todos los nobles y guerreros reunidos allí, pronunció un discurso bastante extenso. Uno a uno, varios guerreros se pusieron en pie y le miraron. No todos se levantaron, sin embargo, pero pude contar once de ellos, y Buliwyf se declaró satisfecho de este número.

Vi, asimismo, que Thorkel parecía estar muy satisfecho con lo que ocurría y que había adoptado una posición mucho más majestuosa, a pesar de que Buliwyf no reparaba en él ni le demostraba odio ni interés, aunque ambos habían sido enemigos hasta hacía pocos minutos.

En aquel momento el ángel de la muerte me señaló con un gesto y dijo algo mientras abandonaba el recinto. Y por fin mi intérprete habló y dijo:

-Buliwyf es llamado por los dioses a que abandone este lugar inmediatamente, dejando tras sí todas las preocupaciones y cuidados para actuar como héroe y derrotar la amenaza del norte. Esto es lo indicado, y además debe llevar consigo once guerreros. Tú debes acompañarle.

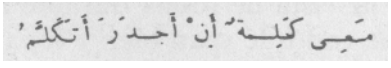
Le dije que estaba cumpliendo una misión diplomática ante los búlgaros y que debía seguir sin más tardanza las instrucciones de mi califa.

-El ángel de la muerte ha hablado -dijo el intérprete-. El grupo de Buliwyf debe contar con trece hombres y uno de ellos no debe ser nórdico. Por tanto, tú serás ese hombre.

Argüí que no era guerrero. La verdad es que formulé todas las objeciones y súplicas que juzgué capaces de surtir algún efecto entre ese rudo grupo de individuos. Exigí que el intérprete transmitiera mis palabras a Buliwyf, pero éste se volvió y abandonó el recinto luego de decir su última palabra:

-Prepárate como juzgues necesario. Saldrás con nosotros al amanecer.

EL VIAJE A LAS TIERRAS LEJANAS



y significa literalmente «No hay nombre que yo pueda hablar». El manuscrito de Xymos emplea el verbo latino *dare*, con el significado de «no puedo darle nombre», lo cual implica que el intérprete no conoce la palabra en una lengua no nórdica. El manuscrito Razi, que también incluye las palabras del intérprete en forma más detallada, utiliza la palabra *edere*, con el significado de «No hay nombre que yo pueda hacerte conocer». Ésta es la traducción más correcta. El nórdico tiene, literalmente, miedo de pronunciar la palabra, y con ello evocar la presencia de los demonios. En latín, *edere* tiene un sentido de «Dar nacimiento a» y «evocar», además de su significado literal «provocar». Los párrafos que siguen confirman este significado.

De esta manera se me impidió proseguir el viaje hacia el reino de Yiltawar, rey de Saqaliba, y con ello cumplir la misión encomendada por al-Muqtadir, comendador de los fieles y califa de la Ciudad de la Paz. Di las instrucciones que pude a Dadir al-Hurami y también a los pajes Takin y Bars. A continuación me despedí de ellos y nunca supe nada más de sus peripecias.

En cuanto a mí, no hallaba mi situación diferente de la de un muerto. Estaba en un barco nórdico, navegando río arriba por el Volga en dirección norte con doce hombres cuyos nombres eran:

Buliwyf, el jefe; su lugarteniente o capitán, Etchgow; sus señores y nobles, Higlak, Skeld, Weath, Roneth, Halga; sus guerreros y soldados valerosos, Helfdane, Edgtho, Rethel, Haltaf y Herger.[12] También iba yo entre ellos, sin poder comprender su idioma ni sus costumbres, ya que mi intérprete también había quedado en el campamento. Fue sólo por casualidad y por la gracia de Alá que uno de los guerreros, Herger, resultó ser un hombre de dotes inesperadas y conocía algo de latín. Ello me permitió enterarme por Herger de los hechos que acontecieron. Herger era un joven guerrero muy alegre. En apariencia, hallaba comicidad en todo y especialmente en mi propia depresión por el hecho de tener que viajar con ellos.

Los nórdicos son, según afirman ellos mismos, los mejores navegantes del mundo, y vi en su actitud un gran amor por los mares y el agua. Del barco diré lo siguiente: tenía veinticinco pasos de longitud y un ancho de ocho o algo más y era de excelente construcción de madera de roble. Era enteramente negro. Contaba con una vela cuadrada de tela y con aparejos de sogas de piel de foca trenzada.[13] El timonel iba en pie sobre una pequeña plataforma junto a la popa y manipulaba un timón fijado a un lado de la nave en el estilo de los romanos. El barco tenía bancos para remeros, pero nunca se empleaban, sino que se dependía más bien de la vela. La proa ostentaba, en lugar de mascarón, la efigie tallada en madera de un feroz monstruo marino, tal como los que se ven en otros veleros nórdicos. Había, asimismo, una cola en la popa. Sobre el agua la nave era muy estable y resultaba grato navegar en ella, lo que sumado a la confianza de los guerreros me reanimó un poco.

Junto al timonel había un lecho de pieles dispuestas sobre redes y otras pieles para cubrirse. Era el lecho de Buliwyf. Los demás guerreros dormían aquí y allí en cubierta, envueltos también en pieles y yo hice lo mismo.

Viajamos río arriba durante tres días, pasando junto a numerosas poblaciones pequeñas en las orillas. No nos detuvimos frente a ninguna de ellas. Llegamos entonces a otro centro más importante en una curva del Volga. Había allí centenares de personas, así como una ciudad de buen tamaño, y en el centro de ella, un kremlin o fortaleza con paredes de barro, todo ello de dimensiones imponentes. Pregunté a Herger cómo se llamaba aquel lugar.

-Es la ciudad de Bulgar -dijo-, del reino de Saqaliba. Es el kremlin del Yiltawar, rey de los Saqaliba.

-Ése es precisamente el monarca ante quien mi califa me ha enviado como emisario -repliqué, y con muchos ruegos solicité que se me permitiera desembarcar para cumplir la misión de mi califa. Llegué a exigir esto y aun a mostrarme enfadado hasta el punto de que podía osar hacerlo.

La verdad es que los nórdicos no me prestaron atención. Herger se negaba a responder a mis peticiones y exigencias, y por fin se rió en mis barbas y concentró la atención en la

[12] Wulfgar permaneció en tierra. Jensen manifiesta que los nórdicos acostumbran retener al mensajero como rehén y es por ello que los «mensajeros apropiados eran hijos de reyes o de nobles de gran alcurnia, o bien otras personas que tuviesen algún valor en su comunidad, lo cual los hacía rehenes importantes». Olaf Jorgensen afirma que Wulfgar se quedó porque temía regresar.

[13] Algunos de los autores más antiguos consideraban, según parece, que esto significaba que la vela estaba bordeada con sogas. Existen dibujos del siglo XVIII que ilustran estas velas de los vikingos con bordes de cuerda. No hay pruebas de que éste haya sido el caso. lbn-Fadlan quería decir que las velas estaban aparejadas en la acepción náutica del término, es decir, colocadas en el ángulo requerido para recibir mejor el viento, mediante el uso de cuerdas de piel de foca como cables.

navegación del barco. Así pues, éste pasó de largo frente a la ciudad de Bulgar, tan cerca de la costa, que alcancé a oír los gritos de los mercaderes y el balido de las ovejas. No obstante, estaba indefenso y no podía hacer nada, salvo contemplar el espectáculo. Al cabo de una hora tampoco pude hacer esto, por cuanto la ciudad de Bulgar se encuentra, como dije ya, en una curva del río y muy pronto desapareció de mi vista. De tal manera entré y salí de Bulgaria.[14]

Transcurrieron ocho días más de navegación, siempre por el Volga. Alrededor de la cuenca del río el terreno era cada vez más montañoso. Llegamos, por fin, a un brazo del río, llamado por los nórdicos río Oker, y allí tomamos el brazo izquierdo y proseguimos el trayecto diez días más. El aire era frío y el viento fuerte y aún había mucha nieve en el suelo. En esta región hay extensos bosques que los nórdicos llaman Vada.

Llegamos a una población de gentes del norte, Massborg. No era una ciudad, sino un campamento con unas pocas casas de madera, de gran tamaño, según el estilo propio de la región. Esta ciudad vive de las ventas de alimentos a los mercaderes que van y vienen por esta ruta. Dejamos nuestro barco en Massborg y viajamos por tierra a caballo durante dieciocho días. Era una región montañosa y accidentada, además de intensamente fría, y me sentí muy agotado por los rigores del viaje.

Los nórdicos nunca viajan de noche. Tampoco suelen navegar de noche sino que prefieren fondear su barco al atardecer y esperar hasta el alba antes de reanudar el trayecto.

A pesar de ello, se registró un hecho. Durante nuestro viaje la duración de la noche se acortó tanto que no daba tiempo para cocinar siquiera una olla llena de carne. Tuve la impresión de que tan pronto como me tendía a dormir me despertaban los nórdicos para decirme: «Vamos, ya es de día; debemos proseguir el viaje.» Y el sueño tampoco era muy reparador en esos fríos lugares.

Herger me explicó, asimismo, que en las regiones del norte el día es largo durante el verano y la noche muy larga durante el invierno, y que rara vez son de la misma extensión. Me dijo luego que todas las noches debería buscar la cortina del cielo. Una noche en que hice esto, vi en el cielo luces pálidas y arrasadas, de color verde y amarillo y a veces azul, que colgaban como un cortinaje en las alturas, aunque a los nórdicos no les resulta extraño.

A continuación viajamos descendiendo desde la región montañosa para internarnos en los bosques. Los bosques de las tierras nórdicas son fríos y espesos, con árboles gigantescos. Es una tierra húmeda y fría y en algunos puntos tan verde que los ojos duelen a causa de la intensidad del color. En cambio, en otros puntos es negra, sombría y amenazadora.

Viajamos durante siete días más a través de los bosques y soportamos mucha lluvia. Con frecuencia es típico de esta lluvia caer de forma tan copiosa que resulta opresiva. En algunos momentos llegué a temer ahogarme, por estar el aire tan impregnado de agua. En otros, cuando el viento soplaba la lluvia, ésta era como una tormenta de arena que hace arder la piel y los ojos y enceguece.[15]

Los nórdicos no temían a los salteadores en los bosques, y ya fuese porque eran tan vigorosos o bien porque no había bandidos, la verdad es que nunca nos sorprendió ninguno. La región del norte está muy despoblada, o por lo menos tal fue mi impresión durante mis viajes. Con frecuencia solíamos viajar de siete a diez días sin encontrar una población, hacienda o vivienda.

[14] Es probable que el lector se encuentre en este momento enteramente confundido en cuanto a la geografía. La Bulgaria de hoy es uno de los Estados balcánicos, limitada por Grecia, Serbia, Rumania y Turquía. En cambio, entre los siglos IX y XV hubo otra Bulgaria, sobre las márgenes del Volga, aproximadamente seiscientos kilómetros al sur de Moscú. Era a este país hacia donde debía dirigirse ibn-Fadlan. La Bulgaria sobre el Volga era un reino muy disperso, aunque de cierta importancia, y su capital, Bulgar, era famosa y rica cuando la ocuparon los mogoles en el año 1237. Se cree que la Bulgaria del Volga y la Bulgaria balcánica estaban pobladas por grupos de inmigrantes de un mismo origen que abandonaron la región próxima al mar Negro entre los años 400 y 600 de la Era Cristiana, aunque no se sabe nada concreto. La vieja ciudad de Bulgar se encuentra en la actual región de Kazán.

[15] Por provenir de una región desértica, es natural que ibn-Fadlan se sintiera impresionado por los opulentos tonos verdes y por la lluvia abundante.

Librodot

Viajábamos de la siguiente manera. Por la mañana nos levantábamos y por no poder haber hecho nuestras abluciones, montábamos a caballo y cabalgábamos hasta mediodía. Entonces, un guerrero cazaba algún animal pequeño o bien un ave. Si llovía, el alimento se consumía sin cocer. Llovía muy a menudo y al principio me negué a comer carne cruda, que por otra parte no había sido sacrificada según los ritos o dabah, pero pasado algún tiempo opté por comer con el resto, y por decir en voz baja «en nombre de Dios» con la esperanza de que Dios comprendiera el trance en que me veía. Cuando no llovía, se encendía el fuego con una pequeña brasa y se cocinaba el alimento.

También comíamos moras y hierbas cuyos nombres ignoro. A continuación viajábamos el resto del día hasta llegada la noche, cuando volvíamos a descansar y a comer.

Muchas veces llovía durante la noche y buscábamos refugio debajo de los enormes árboles, pero a pesar de ello nos levantábamos empapados, con nuestras pieles igualmente empapadas. Los nórdicos nunca se quejaban, ya que de verdad son alegres en todo momento. Sólo yo me quejaba, y mucho. No me prestaban atención. Por fin, dije a Herger:

-La lluvia es fría. Esto le hizo reír.

-¿Cómo puede ser fría la lluvia? -dijo-. Eres tú quien tiene frío, además de sentirte infeliz. La lluvia no es fría ni infeliz.

Vi que creía en esa tonta afirmación y que me creía tonto por creer lo contrario. Sin embargo, yo opinaba así.

Una noche, mientras estábamos comiendo, dije «En nombre de Dios», y Buliwyf preguntó a Herger qué había dicho yo. Le dije a Herger que mi creencia prescribía consagrar el alimento y que por ello lo hacía siguiendo mis convicciones. Buliwyf preguntó entonces:

-¿Es ésta la costumbre de los árabes? Herger actuó como intérprete.

-No, la verdad es que quien mata al animal debe encargarse de consagrar la comida. Digo estas palabras para no olvidarlo.[16]

Los nórdicos hallaron cómico mi comentario. Rieron de buena gana. Buliwyf preguntó: -¿Sabes dibujar sonidos?

No comprendí bien qué quería decir y le pregunté a Herger. Después de hablar un poco más me di cuenta que se refería a la escritura. Los nórdicos llaman al discurso de los árabes ruido o sonido. Contesté a Buliwyf que sabía escribir y también leer.

Me indicó que escribiera algo en el suelo. Bajo la luz de la hoguera, tomé un palo y escribí: «Alabado sea Dios.»

Todos los nórdicos contemplaron la escritura. Me dijeron que lo leyera, cosa que hice. Buliwyf se quedó mirando largo rato la escritura con la cabeza apoyada en el pecho.

-¿A qué Dios alabas? -preguntó Herger. Repuse que alababa al único Dios, cuyo nombre era Alá.

-Un solo dios no puede ser suficiente -objetó Herger.

Viajamos un día más y pasamos otra noche y otro día. Y la noche siguiente Buliwyf tomó un palo y dibujó en la tierra lo que yo había dibujado antes y me ordenó que leyera.

Pronuncié las palabras en voz alta: -Alabado sea Dios.

Buliwyf quedó satisfecho y vi que me había impuesto una prueba, al memorizar los signos que yo había trazado y volver a enseñármelos.

A su vez, Etchgow, lugarteniente o capitán de Buliwyf y un guerrero menos alegre que los otros, un hombre más bien severo, me habló por intermedio del intérprete Herger, quien dijo:

-Etchgow quiere saber si sabes dibujar el sonido de su nombre.

[16] Éste es un sentimiento típicamente musulmán. En contraste con el cristianismo, religión a la que se asemeja en muchos aspectos, el islamismo no subraya un sentido del pecado original surgido de la caída del hombre. El pecado, para un musulmán, consiste en olvidar cumplir los ritos diarios prescritos por la religión. Como corolario, es más grave olvidar del todo el rito que recordarlo y no cumplirlo, ya sea por circunstancias atenuantes, o bien por imposibilidad personal de hacerlo. Así pues, ibn-Fadlan dice, en efecto, que tiene presente la conducta adecuada, aun cuando no está actuando conforme con ella. Esto es mejor que nada.

Asentí y, tomando el palo, comencé a hacer trazos en el polvo. Etchgow se levantó de un salto, me arrebató el palo y pisoteó mi escritura a la vez que gritaba enfadado.

-Etchgow no desea que dibujes su nombre nunca y debes prometérselo -dijo Herger.

Me quedé perplejo al ver que Etchgow estaba sumamente enfadado conmigo. También estaban enfadados los otros y me miraban con aprensión e ira. Prometí a Herger no dibujar el nombre de Etchgow ni ningún otro. Todos expresaron alivio.

Después de este episodio, no volvió a discutirse mi escritura, pero Buliwyf dio ciertas instrucciones y cada vez que llovía me conducían junto al árbol más grande del lugar y me daban más alimento que antes.

No siempre dormíamos en los bosques ni tampoco los atravesábamos. En el linde de algunos de ellos Buliwyf y otros se internaban con entusiasmo, cabalgando al galope en medio de los árboles espesos, sin preocuparse por nada ni mostrar el menor asomo de temor. En otros casos, frente a otros bosques, se detenía y vacilaba, y los guerreros desmontaban, encendían una hoguera y ofrendaban algún tributo de alimento o bien unas hogazas de pan duro o, en fin, un trozo de paño, antes de proseguir el camino. Por último, solían cabalgar por el linde de algunos bosques sin internarse en ellos.

Pregunté a Herger la razón de esta actitud. Herger dijo que algunos bosques eran seguros y otros no, pero no dio más explicaciones.

-¿Qué peligros hay en los bosques que los conviertan en peligrosos? -pregunté.

-Hay cosas que no pueden conquistar los seres humanos, ni matar ninguna espada, ni quemar ningún fuego, y tales cosas se encuentran en los bosques.

-¿Cómo se sabe esto? Herger se echó a reír y dijo:

-Vosotros los árabes siempre queréis razones para todo. Tenéis en el corazón una gran bolsa repleta de razones.

-¿Y a ti no te interesan las razones? -pregunté.

-No sirven de nada. Nosotros decimos que «un hombre debe ser moderado, pero no excesivamente sabio», para no correr el riesgo de conocer su destino de antemano. El hombre cuya mente está más libre de cuidados es el que no conoce su destino por anticipado.

Vi entonces que debía conformarme con aquella respuesta. Era verdad, en efecto, que en ciertas ocasiones, cuando yo formulaba alguna pregunta y Herger la contestaba, si yo no comprendía la respuesta, le hacía otras preguntas a las cuales él volvía a responder. Otras veces, en cambio, al preguntarle algo me replicaba de forma lacónica, como si mi pregunta no tuviera peso. En estos casos no conseguía arrancarle nada más, salvo un movimiento de cabeza.

En aquel punto reanudamos el viaje. En verdad debo decir que algunos bosques de aquellas tierras agrestes del norte provocan una sensación de temor que no acierto a explicar. Por la noche, sentados alrededor del fuego, los nórdicos contaban historias de dragones y de bestias feroces y también de sus antepasados, quienes habían matado a estos seres. Ellas eran, según afirmaban, la causa de mi temor, a pesar de que las contaban sin temor aparente. En cuanto a los animales que describían, nunca los vi con mis propios ojos.

Una noche oí unos gruñidos que confundí con el rumor del trueno, pero ellos me dijeron que era el grito de un dragón en el bosque. No sé si es verdad, así que transcribo tan sólo lo que me dijeron.

La región del norte es fría y húmeda y rara vez se deja ver el sol, ya que el cielo está siempre gris y cubierto de espesas nubes durante el día. Las gentes de la región son pálidas como el lino y tienen el pelo muy rubio. Después de muchos días de marcha no vi ya a nadie moreno y de verdad que los habitantes de dicha región me miraban con asombro por mi piel atezada y mi pelo oscuro. En ocasiones se acercaba a mí un granjero, su mujer o su hija para tocarme con un gesto acariciante. Herger reía y decía que querían borrarme el color por suponer que lo llevaba pintado sobre la piel. Son gente muy ignorante, sin conocimiento de la gran amplitud del mundo. En muchas oportunidades evidenciaban temerme y no osaban

acercarse mucho. En un lugar cuyo nombre no conozco, un niño soltó un grito de terror y huyó a aferrarse a su madre cuando me vio.

Al ver esto, los guerreros de Buliwyf soltaron grandes risotadas de regocijo, pero pude observar lo siguiente: con el correr de los días, los guerreros de Buliwyf dejaron de reír y se mostraron cada vez más malhumorados. Herger me confió que echaban de menos la bebida que les faltaba desde hacía muchos días.

En cada hacienda o vivienda, Buliwyf y sus guerreros pedían bebida alcohólica, pero en estos lugares de gente pobre era frecuente que no la hubiese, ante lo cual se mostraban profundamente desilusionados, al punto que, por fin, desapareció toda su alegría.

Un día llegamos a una aldea donde los guerreros hallaron bebida y todos se embriagaron rápidamente, bebiendo con desenfreno y con tal avidez que no les preocupaba que el líquido se les derramase por las barbas y las ropas, tan apresurados estaban. Un miembro del grupo, el solemne guerrero Etchgow se enloqueció tanto con la bebida que cuando montó estaba aún ebrio y cayó del caballo al intentar bajar de él. El caballo le dio una coz en la cabeza y yo temí por la vida del hombre, pero Etchgow soltó una carcajada y a su vez dio una patada al caballo.

Nos quedamos en esta aldea durante dos días. Me sentí muy asombrado de esto, por cuanto los guerreros habían mostrado hasta entonces mucho empeño y prisa en la prosecución del viaje. Ahora, en cambio, renunciaban a todo para beber y dormir bajo los efectos de la embriaguez. El tercer día Buliwyf dispuso que emprendiéramos la marcha, y los guerreros y yo proseguimos nuestro camino, sin que a ellos les resultara extraño la pérdida de dos días.

No estoy muy seguro de cuántos días más viajamos. Sé que en cinco ocasiones cambiamos de caballos, pagando por los nuevos con oro y con los pequeños caracoles verdes que los nórdicos parecían apreciar más que ningún otro objeto del mundo. Y, por fin, llegamos a una aldea llamada Lenneborg, junto al mar. El mar estaba gris y también el cielo, y había una brisa fría y cortante. En aquel lugar volvimos a embarcar.

El aspecto del barco era semejante al del anterior, aunque era de mayor tamaño. Los nórdicos le habían dado el nombre de Hlosbokun, que significa «chivo marino», porque el barco en cuestión se encabritaba sobre las olas como se encabritan los chivos. Otra razón para tal nombre era que el barco era rápido y para esta gente el macho cabrío es el animal que simboliza la velocidad.

Tenía miedo de aventurarme en el mar porque el agua estaba agitada y muy fría. Una mano introducida en ese mar se habría entumecido al instante, tanto frío hacía. No obstante, los nórdicos estaban alegres y hacían chistes y bebían por la noche en aquella aldea costera de Lenneborg, trabando relaciones con muchas mujeres y muchachas esclavas. Ésta era, según me contaron, la costumbre de los nórdicos antes de emprender un viaje por mar, ya que nadie sabe si sobrevivirá al viaje y, por tanto, parte en medio de festejos exagerados.

En todas partes nos recibieron con gran hospitalidad, lo cual se consideraba una gran virtud entre esta gente. El más pobre de los granjeros nos ofrecía todo lo que poseía y lo hacía sin temor de que le robáramos o matáramos, sino por bondad y generosidad. Los nórdicos, según me enteré, no permiten a miembros de su raza robar ni matar, y tratan con dureza a quienes lo hacen. Mantienen estas creencias a pesar de que siempre están peleando y ebrios como animales y matándose mutuamente en duelos feroces. Sin embargo, no consideran esto como matar, y a cualquier hombre que mate lo matarán.

Asimismo, tratan a sus esclavos con gran bondad, cosa que me maravilló.[17] Cuando un esclavo enferma o bien muere en un accidente, ello no es considerado una gran pérdida y las esclavas deben estar siempre preparadas para que las someta cualquier hombre en cualquier momento del día o de la noche en público o a solas. No hay afecto hacia los esclavos, pero tampoco se observa brutalidad, y siempre son vestidos y alimentados por sus amos.

[17] Otros testigos presenciales no concuerdan con la descripción de ibn-Fadlan del tratamiento de los esclavos y del adulterio y, por tanto, ciertas autoridades ponen en tela de juicio su fiabilidad como observador social. En realidad se registraban, probablemente, grandes diferencias entre una tribu y otra en cuanto al tratamiento de los esclavos y de las esposas infieles.

Me enteré de algo más. Cualquier hombre puede tener relaciones sexuales con una esclava, pero hasta la mujer del más humilde campesino es respetada por los jefes y los nobles nórdicos, de la misma manera que respetan a sus propias mujeres. Asediar a una mujer libre que no tiene condición de esclava es un delito, y me dijeron que podrían colgar a un hombre por ello, aunque yo nunca vi que lo hicieran.

Se considera una gran virtud la castidad de las mujeres, pero en pocos casos vi que se practicara, pues el adulterio no es considerado una falta grave, y si la mujer de cualquiera, de rango elevado o bajo, es de naturaleza lasciva, las consecuencias de ello no se consideran alarmantes. Los hombres del norte son muy liberales en estas cuestiones y afirman que las mujeres son tortuosas y no conviene fiarse de ellas. Parecen muy resignados a este hecho y aluden a él con su habitual aire alegre.

Pregunté a Herger si era casado y me dijo que tenía mujer. Con la mayor discreción le pregunté si ella era casta. Se rió abiertamente y dijo:

-Yo navego por los mares e incluso puedo no regresar, o bien estar ausente muchos años. Mi mujer no está muerta.

De esto deduje que su mujer le era infiel y que a él no le importaba.

Los nórdicos no consideran a ningún hijo como bastardo si su madre es casada. Los hijos de las esclavas son a veces esclavos y a veces libres. Cómo se decide esto no lo sé.

En algunas regiones se marca a los esclavos con un corte en la oreja. En otras, los esclavos llevan un collar de hierro para señalar su condición. Y aun en otras, los esclavos no llevan marcas distintivas, siguiendo con ello una costumbre local.

La pederastia es desconocida entre los nórdicos, si bien saben que otros pueblos la practican.

Ellos mismos afirman no preocuparse por esta costumbre, y como no se practica entre ellos, no prevén castigo para ella.

Todo esto y más aprendí en el curso de mis conversaciones con Herger y mediante la observación mientras mi grupo viajaba. Vi, asimismo, que en cada lugar donde nos deteníamos y la gente preguntaba a Buliwyf qué misión le llevaba y que cuando se informaban de la naturaleza de dicha misión, algo que yo no comprendía de momento, él, sus guerreros y también yo éramos tratados con el mayor respeto, recibiendo sus plegarias, sacrificios y prendas de buenos deseos.

En el mar, como dije, los nórdicos se vuelven alegres y exuberantes, aun cuando el océano esté agitado y peligroso, para mi gusto y también para mi estómago, en el cual tenía una sensación sumamente desagradable y agitada. La verdad es que sufrí vómitos y luego pregunté a Herger por qué estaban todos tan felices.

-Es porque pronto estaremos en la tierra de Buliwyf, en el lugar llamado Yatlam, donde vive su padre, su madre y toda su familia, a quienes no ve desde hace largos años.

A esto repliqué:

-¿No vamos, entonces, a la tierra de Wulfgar?

-Sí -repuso Herger-, pero es de rigor que Buliwyf rinda homenaje a su padre y a su madre. Por los rostros de los otros señores, nobles y guerreros, vi que estaban tan contentos como el propio Buliwyf. Pregunté a Herger el motivo.

-Buliwyf es nuestro jefe, y nos sentimos felices por él y por el poder que tendrá muy pronto.

Quise saber en qué consistía aquel poder de que hablaba.

-Es el poder de Runding -repuso Herger.

-¿Y qué poder es ése?

-El poder de los antepasados, el poder de los gigantes.

Los nórdicos creen que en épocas pasadas el mundo estaba poblado por una raza de hombres gigantescos que posteriormente desaparecieron. No se consideran descendientes de estos gigantes, aunque han recibido algunos de los poderes que ellos poseían, por un proceso que no comprendo muy bien. Estos paganos creen, asimismo, en muchos dioses que también

Librodot

son gigantes y también tienen mucho poder. Los gigantes de quienes hablaba Herger, en cambio, eran hombres, no dioses, o por lo menos tuve esa impresión.

La noche que desembarcamos sobre una costa rocosa con piedras del tamaño del puño de un hombre, Buliwyf acampó allí con sus hombres y toda la noche bebieron y cantaron alrededor de la fogata. Herger participó de la celebración y no tuvo la paciencia de explicarme el significado de los cantos, de modo que no puedo decir qué decían, aparte de que ellos parecían sentirse muy felices. Al día siguiente llegarían a la casa de Buliwyf, la tierra llamada Yatlam.

Partimos con las primeras luces del alba. Hacía tanto frío que me dolían los huesos y tenía el cuerpo magullado por la playa rocosa. Zarpamos con un mar enfurecido y un viento arrollador. Navegamos toda la mañana y durante este lapso el entusiasmo de los hombres se intensificó al punto que se volvieron como niños o como mujeres. Para mí era motivo de asombro ver a estos hombres enormes y musculosos reír y chillar como un harén del califa. Ellos, en cambio, no hallaban nada poco varonil en esta conducta.

Había un cabo, un saliente de roca gris sobre el mar, también gris, y más allá de aquel punto, me dijo Herger, estaba la ciudad de Yatlam. Me esforcé por ver esa famosa tierra de Buliwyf cuando el barco de los nórdicos dobló el cabo. Los guerreros reían y lanzaban ovaciones estruendosas y adiviné que intercambiaban chistes groseros y se formulaban planes para tomar a las mujeres cuando desembarcaran.

Percibimos entonces un olor a humo sobre el mar y vimos el humo y todos los hombres callaron. Al doblar el cabo vi con mis propios ojos que la ciudad estaba en llamas y cubierta de nubes de humo negro. No había signos de vida.

Buliwyf y sus guerreros desembarcaron y recorrieron la ciudad de Yatlam. Había cadáveres de hombres y mujeres y niños, algunos consumidos por las llamas, otros destrozados por espadas, una gran cantidad de cadáveres. Buliwyf y sus guerreros no dijeron nada y aun en estas circunstancias no hubo muestras de pesar, llanto o congoja. Nunca he conocido una raza que acepte la muerte como los nórdicos. Yo mismo me sentí horrorizado ante el espectáculo, pero ellos, aparentemente, no.

Por fin, dije a Herger:

-¿Quién lo hizo? Herger señaló el interior, los bosques y colinas más retiradas del océano gris. Había niebla sobre los bosques. Sin hablar, Herger señaló en esa dirección.

-¿Fueron las nieblas? -pregunté. Y él repuso:

-No preguntes más. Lo sabrás antes de lo que esperas.

A continuación sucedió lo siguiente. Buliwyf entró en una casa quemada y humeante y volvió a nosotros con una espada en la mano. Era una espada grande y pesada y tan caliente por culpa del fuego que la llevaba con un trozo de tela envuelto en el pomo. Era la espada más grande que yo había visto en toda mi vida. Tenía la longitud de mi propio cuerpo y una hoja aplanada y tan ancha como dos palmos. Tan grande y pesada era que aun Buliwyf jadeaba al llevarla. Pregunté a Herger por la espada y él respondió:

-Es Runding.

Luego Buliwyf ordenó embarcar a todo su contingente de hombres y volvimos a zarpar. Ningún guerrero dirigió una mirada hacia la ciudad incendiada de Yatlam. Sólo yo lo hice, y vi las ruinas humeantes y más allá la niebla en las colinas.

EL CAMPAMENTO DE TRELBURG

Por espacio de dos días navegamos a lo largo de una costa llana, entre las numerosas islas que conforman la tierra de Dans, y por fin llegamos a una región de ciénagas con una red de riachuelos que desembocaban en el mar. Estos ríos no tienen nombre, sino que cada uno de ellos es llamado «wyk» y la gente que habita sobre ellos es llamada «wykings», que para los

nórdicos significa guerreros, o vikingos, que navegan río arriba con sus barcos y atacan las poblaciones por este medio.[18]

En aquella región pantanosa nos detuvimos en un punto llamado Trelburg que me dejó maravillado. No se trata de una ciudad, sino más bien de un campamento militar, poblado por guerreros y unas pocas mujeres y niños. Las defensas de este fuerte están construidas de forma esmerada y con calidad artesanal de los romanos.

Trelburg se encuentra en la confluencia de dos riachuelos que desembocan en el mar. La parte principal de la ciudad está rodeada por un muro circular de barro cuya altura equivale a la de cinco hombres en pie el uno sobre el otro. Sobre este círculo de barro se levanta un cerco de madera para mayor protección. Alrededor del círculo hay un foso lleno de agua cuya profundidad ignoro.

Estas obras de barro son de una construcción excelente y de una simetría y perfección que rivaliza con todo lo conocido por nosotros. Hay más aún: en el sector de la ciudad que mira hacia tierra firme hay un segundo semicírculo o muro alto con otro foso exterior.

La ciudad misma se encuentra dentro del círculo interior, que tiene cuatro puertas que dan a los cuatro puntos cardinales. Cada puerta es de roble sólido con pesados herrajes de hierro y cuenta con numerosos centinelas. Otros centinelas se pasean por lo alto del muro y vigilan día y noche.

Dentro de la ciudad hay dieciséis viviendas de madera, todas iguales. Son casas alargadas, según las califican los nórdicos, con paredes que se curvan hacia dentro y les dan el aspecto de botes colocados con la abertura hacia abajo a los cuales les hubiesen cortado los dos extremos. Están dispuestas de la siguiente manera: cuatro casas largas situadas con precisión para formar un cuadrado. Hay cuatro de estos cuadrados, o sea, dieciséis en total.[19]

Cada una de estas casas largas cuenta con un único acceso y ninguna de ellas tiene acceso de manera que sea visible desde los otros. Pregunté la causa de ello y Herger me dijo:

-Si atacan el campamento, los hombres deben correr a las defensas. Las puertas de salida están distribuidas de tal manera que los hombres pueden correr sin atropellarse ni confundirse. Por el contrario, cada uno de ellos puede llegar con entera libertad a su puesto de defensa.

Ocurre, -pues, que dentro de cada cuadrado una casa tiene una puerta que da al norte; la siguiente, una puerta al este; la que sigue, una puerta al sur, y la última, una puerta al oeste. Lo mismo sucede en cada uno de los otros cuadrados.

A pesar de ser los nórdicos hombres de gran talla, las puertas son tan bajas que incluso yo tuve que inclinarme mucho para entrar en las casas. Cuando le pregunté por esto a Herger, contestó:

-Si nos atacan, un guerrero tiene que permanecer dentro de la casa y cortar con su espada la cabeza de todos los que intentan entrar. Las puertas son tan bajas que las cabezas quedan correctamente inclinadas para decapitarlas.

Ciertamente comprobé que desde todo punto de vista Trelburg era una ciudad construida con fines de actividad bélica y defensa. No había ningún comercio en ella, como señalé ya. Dentro de las casas largas hay tres secciones o habitaciones, cada una de ellas con una puerta. La más grande es la del centro, que es al mismo tiempo un lugar dotado de un pozo para quemar desperdicios.

Vi, seguidamente, que la gente de Trelburg no era como los demás nórdicos del Volga. Ésta era gente muy limpia para pertenecer a su raza. Se lavaba en el río y hacía sus necesidades fuera de las casas. En todo eran, en fin, muy superiores a los grupos que yo había

[18] Entre los eruditos modernos hay opiniones encontradas en cuanto a la etimología del término «vikingo», pero la mayoría se muestra de acuerdo con ibn-Fadlan en que proviene de «vyk», arroyo o riachuelo.

[19] La exactitud de los datos de ibn-Fadlan han sido confirmados por hallazgos arqueológicos concretos. En 1968 se excavó la base militar de Trelleborg, en el oeste de la Zelandia, en Dinamarca. Este lugar corresponde exactamente a la descripción ofrecida por ibn-Fadlan en cuanto a dimensiones, características y estructura de la población.

conocido hasta entonces. Diré, sin embargo, que no son verdaderamente limpios, salvo en términos comparativos.

La sociedad en Trelburg está compuesta en su mayoría por hombres, y las mujeres son todas esclavas. No hay esposas entre estas mujeres y todas las que hay allí son tomadas con entera libertad según los deseos de los hombres. Los habitantes de Trelburg se alimentan de pescado y pan. No practican agricultura ni cultivos, a pesar de que la tierra húmeda que rodea la ciudad es apropiada para ello. Pregunté a Herger por qué no había agricultura y me dijo:

-Éstos son guerreros. No labran la tierra. Buliwyf y su contingente fueron recibidos con amabilidad por los jefes de Trelburg, que son varios, el principal de los cuales es Sagard, un hombre fuerte y valeroso, casi tan grande como Buliwyf.

Durante el banquete de la noche, Sagard preguntó si Buliwyf cumplía una misión, así como el motivo de su viaje. Y Buliwyf le informó acerca de la petición de Wulfgar. Herger me tradujo todo, aunque ya había pasado lo suficiente entre estas gentes como para haber aprendido unas cuantas palabras de su idioma. He aquí la esencia de la conversación entre Sagard y Buliwyf. Sagard habló en los siguientes términos:

-Es sensato de parte de Wulfgar cumplir la misión de mensajero a pesar de ser el hijo del rey Rothgar, ya que varios de los hijos de Rothgar están enzarzados en disputas mutuas.

Buliwyf le dijo que no se había enterado, o palabras por el estilo. Por mi parte, sospeché que no estaba muy sorprendido, aunque Buliwyf nunca se sorprendía de nada. Tal era su papel como conductor y héroe entre ellos.

Sagard volvió a hablar:

-Sí, Rothgar tiene cinco hijos y tres fueron asesinados por uno de ellos, Wiglif, un hombre astuto[20] cuyo inspirador en esta empresa es el heraldo del viejo rey. Sólo Wulfgar se ha mantenido fiel y ahora ha partido.

Buliwyf manifestó que se alegraba de saber esta noticia, que tendría muy presente, y en este punto la conversación terminó. En ningún momento mostraron Buliwyf o sus guerreros la menor sorpresa ante las palabras de Sagard y de ello inferí que es común que los hijos del rey se maten entre sí para apoderarse del trono.

También suele ocurrir que de tiempo en tiempo un hijo asesine a su padre, el rey, para apoderarse del trono y tampoco se ve en ello nada extraordinario, pues los nórdicos lo consideran semejante a cualquier riña de ebrios registrada entre sus guerreros. Los nórdicos tienen un proverbio que dice: «Cuídate la espalda», y creen que todo hombre debe estar siempre preparado para defenderse, incluso el padre con respecto a su propio hijo.

Cuando partimos pregunté a Herger por qué había una fortificación adicional en el lado de tierra firme de Trelburg, pero no la había en el lado que daba al mar. Los nórdicos son gente de mar que atacan desde allí. A pesar de este hecho, Herger me explicó:

-De donde proviene el peligro es de la tierra. Le pregunté entonces:

-¿Por qué es peligrosa la tierra? Y él repuso:

-Por las nieblas.

En el momento de marcharnos de Trelburg los guerreros se congregaron y golpearon sus escudos con sus lanzas y nos despidieron con gran bullicio al hacerse a la vela nuestro barco. Esto, me dijeron, era para atraer la atención de Odín, uno de sus muchos dioses, de modo que el tal Odín viese con buenos ojos el viaje de Buliwyf y sus doce hombres.

También aprendí esto: que el número 13 es importante para los nórdicos, porque la luna crece y muere trece veces en el curso de un año, según los cálculos de ellos. Por esta razón, todas sus cuentas de cierto valor deben incluir el número 13. Así, Herger me dijo que el

[20] Literalmente, «hombre de dos manos». Como se verá claramente más adelante, los nórdicos eran ambidiestros en la lucha, y la capacidad de cambiar de mano las armas era considerada como algo admirable. Así, pues, un hombre ambidiestro es astuto. En seguida se agregó una connotación parecida a la palabra «cambiante», que actualmente significa embustero y evasivo, pero con anterioridad tenía un sentido positivo de «lleno de recursos, lleno de maniobras».

número de casas en Trelburg era trece más tres, en lugar de decir dieciséis, como habría dicho yo.

Aprendí luego que los nórdicos tienen la noción de que el año no concuerda con exactitud con los trece pasajes de la luna, y por ello el número trece no es estable ni está fijo en sus mentes. El decimotercer pasaje es considerado mágico y misterioso y Herger dice que «Por ello te eligieron como número trece, por ser un extraño».

La verdad es que los nórdicos son supersticiosos y no recurren al sentido común, a la razón ni a la ley. A mis ojos aparecían como niños iracundos, pero como estaba entre ellos, callé. No tardé en sentirme satisfecho de mi discreción, pues se produjeron los hechos siguientes:

Hacía algún tiempo que habíamos zarpado de Trelburg cuando recordé que nunca los habitantes de una ciudad habían hecho aquel ruido con sus escudos en una ceremonia de partida, para invocar a Odín. Se lo comenté, pues, a Herger.

-Es verdad -repuso él-. Pero hay una razón especial para este llamamiento a Odín, ya que en este momento estamos en el mar de los monstruos.

Pensé que esto era prueba de su superstición.

Pregunté si algún guerrero había visto a esos monstruos alguna vez.

-Todos los hemos visto -dijo él-. ¿Cómo, si no, podíamos estar enterados acerca de ellos? - Por su tono adiviné que me consideraba un tonto incrédulo.

Más tarde hubo una gran algarabía, en medio de la cual todos los guerreros de Buliwyf se pusieron a señalar al mar, mirando con atención y gritando. Pregunté a Herger qué había ocurrido.

-Estamos entre los monstruos -dijo, señalando a su vez.

Diré aquí que el océano en esta parte es en extremo turbulento. El viento sopla con gran fuerza y vuelve las olas del mar blancas de espuma, escupiendo agua a los rostros de los marinos y mostrándoles falsas imágenes. Me quedé contemplando el mar un rato pero no vi ningún monstruo. No tenía, por tanto, motivos para creer lo que decían los guerreros.

En aquel momento uno de ellos lanzó un grito, invocando a Odín, un alarido de súplica, repetido muchas veces con el mismo fervor, y vi al monstruo con mis propios ojos. Tenía la forma de una serpiente gigantesca que no levantaba la cabeza fuera del agua. A pesar de ello pude ver cómo enroscaba y agitaba el cuerpo, aparte de que era muy largo y más ancho que el barco y de color negro. El monstruo marino arrojaba al aire una columna de agua, como una fuente, y luego se hundía y levantaba una cola partida en dos, como la lengua de una víbora. La cola era enorme y cada una de sus dos secciones era más grande que la copa de una palmera.

Acto seguido vi otro monstruo, y otro, y otro. Aparentemente eran cuatro o tal vez seis o siete. Cada uno actuaba lo mismo que los otros, curvándose en el agua, lanzando un chorro y levantando una cola gigantesca partida en dos. Al verlos, los nórdicos invocaron a Odín pidiéndole ayuda y no pocos cayeron de rodillas sobre cubierta, temblando de terror.

Vi con mis propios ojos a los monstruos marinos que rodeaban nuestro barco en el océano, y después, pasado algún tiempo, se fueron y no volvimos a verlos. Los guerreros de Buliwyf reanudaron sus tareas en la embarcación y nadie habló de los monstruos, aunque yo sentí mucho miedo durante largo rato, y Herger me dijo que tenía la cara tan pálida como la de un nórdico. A continuación dijo riendo:

-¿Y qué dice Alá de todo esto? -No supe qué contestarle.[21]

[21] Esta descripción de lo que era, sin duda, un grupo de ballenas, es discutida por muchos expertos. Aparece en el manuscrito de Razi tal como se reproduce aquí, pero en la traducción de Sjögren es mucho más breve y en ella los nórdicos hacen objeto de una broma muy complicada al árabe. Los nórdicos conocían las ballenas y las distinguían de los monstruos marinos, según Sjögren. Otros eruditos, incluso Hassan, dudan de que ibn-Fadlan pueda haber ignorado la existencia de la ballena, como parece ser el caso aquí.

Librodot

Por la noche desembarcamos y encendimos una fogata. Pregunté a Herger si los monstruos marinos solían atacar a los barcos en alta mar y, en caso afirmativo, cómo lo hacían, pues yo no había visto la cabeza de ninguno de ellos.

Herger, por toda respuesta, llamó a Etchgow, uno de los nobles y lugartenientes de Buliwyf. Etchgow era un adusto guerrero que nunca se mostraba alegre, salvo cuando estaba ebrio. Herger dijo que había estado a bordo de un barco atacado. Etchgow, por su parte, me contó que los monstruos marinos eran más grandes que cualquier criatura existente en la superficie de la tierra y más grandes que cualquier barco sobre el mar, y que cuando atacan pasan por debajo de la embarcación y la levantan por los aires y la apartan a un lado como si fuera un madero flotante, para aplastarla, por fin, con la cola bifurcada. Etchgow me dijo que su barco llevaba treinta hombres a bordo y que sólo él y dos más sobrevivieron por la gracia de los dioses. Etchgow hablaba con tono normal, lo cual en él significaba un tono severo, y consideré que decía la verdad.

También me contó Etchgow que los nórdicos saben que los monstruos atacan a los barcos porque quieren copular con ellos, por suponer erróneamente que éstos son de su misma especie. Por esta razón los nórdicos no construyen barcos de gran tamaño.

Herger me dijo que Etchgow era un gran guerrero, afamado en la batalla, y que era de fiar todo lo que decía.

Durante los dos días subsiguientes navegamos entre las islas de la tierra danesa, y en el tercero atravesamos un estrecho. Allí temí ver nuevos monstruos marinos, pero no fue así y por fin llegamos a un territorio llamado Venden. Las tierras de Venden son montañosas e impresionantes y los hombres de Buliwyf se aproximaron a ellas con cierta aprensión, después de haber sacrificado una gallina que arrojaron al mar del siguiente modo: primero arrojaron la cabeza por la proa y después arrojaron el cuerpo por la popa.

No nos detuvimos en la tierra de Venden, sino que navegamos siguiendo la costa, hasta que por fin llegamos al reino de Rothgar. Lo primero que vi fue lo siguiente: en lo alto de un acantilado, dominando un mar gris y violento, había una enorme construcción de madera, sólida e imponente. Dije a Herger que era un espectáculo magnífico, pero éste y todos sus compañeros, encabezados por Buliwyf, no hacían más que lamentarse y menear la cabeza. Pregunté a Herger el motivo de ello.

-Rothgar es llamado Rothgar el Vanidoso, y esa fortaleza es el sello de un hombre vanidoso. -¿Por qué dices eso? -pregunté-. ¿Por sus dimensiones y esplendor? -A medida que nos aproximábamos, vi que la gran construcción estaba ricamente ornamentada con relieves y adornos de plata que relucían desde lejos.

-No -repuso Herger-. Digo que Rothgar es vanidoso por el lugar donde ha situado su población. Desafía a los dioses a que le derriben y pretende ser más que un simple hombre, y por ello es castigado.

Nunca había visto una fortaleza más inexpugnable, de modo que comenté a Herger:

-No es posible atacarla. ¿Cómo podrían vencer a Rothgar?

Herger rió antes de responder:

-Vosotros los árabes sois increíblemente tontos y no sabéis nada de las cosas de este mundo. Rothgar merece el infortunio que ha caído sobre él y sólo nosotros podremos salvarlo si acaso es posible.

Estas palabras me intrigaron aún más. Miré a Etchgow, el lugarteniente de Buliwyf, y vi que estaba en pie en la cubierta y que ponía cara de valiente, a pesar de que le temblaban las rodillas. Y no era la fuerza del viento lo que las hacía temblar. Tenía miedo. Todos tenían miedo. Y yo ignoraba el motivo.

EL REINO DE ROTHGAR EN EL TERRITORIO DE VENDEN

El barco había amarrado a la hora de las plegarias de mediodía y pedí perdón a Alá por no haber hecho la súplica. La verdad es que no había podido rezar en presencia de los nórdicos, por considerar ellos que mis plegarias eran una maldición, y por tanto haberme amenazado de muerte si rezaba en su presencia.

Cada uno de los guerreros se puso la ropa de batalla, que consistía en las prendas siguientes: botas y polainas de lana áspera, y encima un largo gabán de gruesa piel que les llegaba a las rodillas. Sobre este gabán se colocaron cotas de malla, salvo yo. Después, cada hombre tomó su espada y se la ajustó al cinturón, tomó su escudo blanco de cuero y su lanza, se colocó un casco de metal o de cuero en la cabeza[22] y todos quedaron vestidos del mismo modo, salvo Buliwyf, que era el único que llevaba la espada en la mano a causa de su gran tamaño.

Los guerreros observaron la gran fortaleza de Rothgar, se maravillaron ante el techado resplandeciente y la calidad de la artesanía y convinieron en que no había otra como ella en el mundo, con sus altos techos inclinados y sus ricas tallas. Pero no evidenciaban respeto en sus comentarios.

Por fin, desembarcamos y avanzamos por un camino de piedra hasta la gran fortaleza. El golpear de las espadas y el choque de las cotas de malla hacían considerable ruido. Cuando hubimos recorrido una corta distancia, vimos junto al camino la cabeza de un buey ensartada en un palo. La muerte de este animal databa de poco tiempo.

Todos los nórdicos suspiraron y miraron con aire melancólico este portento, que a mí no me decía nada. Para entonces yo estaba habituado a su costumbre de matar un animal tan pronto como sentían el menor nerviosismo o la menor alarma. Con todo, aquella cabeza de buey tenía una importancia especial.

Buliwyf paseó la mirada por los campos de Rothgar y vio una granja aislada, del tipo que suele verse con frecuencia en estas tierras. Los muros de la casa eran de madera, unida con una especie de pasta de paja y barro que es necesario reponer después de las frecuentes lluvias. El techo está hecho de paja y madera. Dentro de la casa hay sólo un suelo de tierra apisonada y una chimenea, aparte del estiércol, ya que los granjeros duermen encerrados con sus animales por el calor que éstos les suministran, quemando más tarde el estiércol en sus hogares.

Buliwyf ordenó que entráramos en la casa y emprendimos, pues, la marcha a través de los campos verdes y anegados de humedad. Una o dos veces el grupo se detuvo para estudiar el terreno antes de proseguir, pero no encontraron nada importante. Por mi parte, tampoco advertí nada.

Sin embargo, Buliwyf no tardó en ordenar una vez más a su gente que detuviera la marcha al mismo tiempo que señalaba la tierra húmeda. Vi entonces, con mis propios ojos, huellas en el suelo, muchas huellas. Pertenecían a pies más feos y aplanados que nada de lo conocido. Cada dedo terminaba en la marca hundida en una uña o garra curvada, de manera que si bien la forma recordaba la del pie humano, no era humano. Lo vi con mis propios ojos y apenas pude creer lo que ellos me mostraban.

Buliwyf y sus guerreros menearon la cabeza y los oí repetir una y otra vez una palabra:

« wendol», «wedlon», o algo parecido. El significado de esa palabra era desconocido para mí e intuí que no correspondía preguntárselo a Herger en ese momento, porque mostraba tanta aprensión como el resto. Reanudamos la marcha hacia la granja, encontrando en cada trecho mayor número de huellas de garras en el suelo. Buliwyf y sus guerreros marchaban despacio,

[22] Las versiones estereotipadas de los escandinavos los hacen aparecer siempre con cascos provistos de cuernos. Esto es un anacronismo. En la época de la visita de ibn-Fadlan hacía más de mil años que no se llevaban ya aquellos cascos, desde la Primera Edad del Bronce.

Librodot

pero no lo hacían por cautela. Ninguno de ellos sacó sus armas. Creo que sentían un temor que yo no alcanzaba a comprender, pero que al tiempo compartía con ellos.

Por fin llegamos y entramos en la casa. Allí vi con mis propios ojos la siguiente escena: un hombre joven y de proporciones agraciadas cuyo cuerpo había sido descuartizado. Aquí un torso, allí un brazo, más allá una pierna. La sangre formaba grandes charcos en el suelo y manchaba las paredes y el techo en tal abundancia que toda la casa parecía pintada de rojo. Había también una mujer en las mismas condiciones y un niño menor de dos años al que le habían arrancado la cabeza y cuyo cuerpo no era más que un muñón sangriento.

Todo esto vi, y fue el espectáculo más horroroso que hasta entonces había presenciado. Tuve vómitos y me desmayé durante una hora, para volver a vomitar cuando recuperé el conocimiento.

Nunca comprenderé la manera de ser de los nórdicos, porque mientras yo estaba enfermo de horror, ellos permanecieron tranquilos y fríos frente a aquella carnicería. Contemplaron y apreciaron todo con serenidad, discutieron las marcas de garras en los miembros y la forma en que habían desgarrado la carne de las víctimas. Se prestó mucha atención al hecho de que faltaban todas las cabezas. Comentaron, asimismo, lo más diabólico de todo, un detalle que aún hoy no puedo recordar sin estremecerme: el cuerpo del niño había sido mordisqueado por dientes horribles en la región de carnes blandas detrás del muslo y en la del hombro. Este horror también lo vi con mis propios ojos.

Los guerreros de Buliwyf mostraban expresión grave y furia en los ojos cuando abandonamos la casa. Siguieron estudiando minuciosamente la tierra blanda alrededor del edificio y comprobaron que no había huellas de cascos de caballos. Ésta fue una observación importante para ellos, aunque a la sazón no comprendí el porqué. Tampoco prestaba mucha atención a nada, por sentirme acongojado y físicamente enfermo.

Al atravesar los campos, Etchgow hizo un descubrimiento que consistió en lo siguiente: un pequeño trozo de piedra, más pequeño que el puño de un niño, pulido y tallado de manera primitiva. Todos los guerreros se reunieron para examinarlo, y yo entre ellos.

Vi que representaba el torso de una mujer embarazada, sin cabeza, brazos ni piernas, sólo el torso con su gran abdomen hinchado y más arriba dos mamas voluminosas y caídas.[23] Hallé la imagen sumamente cruda y fea, pero nada más. Por el contrario, los nórdicos se mostraron de pronto trémulos y pálidos de terror y las manos les temblaban tanto que por fin Buliwyf dejó caer la figurita al suelo y la destrozó con el pomo de su espada, dejándola hecha añicos. Seguidamente varios de los guerreros se sintieron enfermos y vomitaron allí mismo. El horror era unánime y yo no comprendía el motivo.

Seguimos entonces el trayecto hacia la gran fortaleza de Rothgar. Nadie habló durante la marcha, que duró cerca de una hora. Todos los nórdicos estaban aparentemente ensimismados, absortos en pensamientos amargos y sobrecogedores, pero a pesar de ello ya no evidenciaban temor.

Finalmente un heraldo a caballo nos salió al encuentro y se cruzó en nuestro camino, impidiéndonos avanzar. Después de observar las armas que llevábamos y el porte del grupo y de Buliwyf, nos espetó unas palabras.

Herger me dijo:

-Quiere saber nuestro nombre.

Buliwyf dio una respuesta al heraldo y por el tono adiviné que Buliwyf no estaba de humor para cambiar cortesías. Herger me dijo entonces:

-Buliwyf está diciéndole que somos súbditos del rey Rothgar, con quien queremos hablar. Al poco, Herger volvió a traducir:

-Buliwyf dice que Rothgar es un gran rey. -Pero el tono de Buliwyf expresaba lo contrario. El heraldo nos permitió proseguir la marcha hacia la fortaleza y dijo que esperáramos fuera

[23] La figura que se describe corresponde con exactitud a varias tallas descubiertas por arqueólogos en Francia y en Austria.

Librodot

mientras él comunicaba al rey nuestra llegada. Así lo hicimos, a pesar de que Buliwyf y su séquito no estaban satisfechos con semejante acogida. Se oyeron murmullos y quejas, por cuanto está dentro del espíritu de los nórdicos ser hospitalarios y no consideraban una cortesía que les dejaran fuera. A pesar de ello, esperaron y se quitaron el armamento de lanzas y espadas, pero no sus corazas, dejando todas las armas apoyadas contra los muros de la fortaleza.

El edificio principal de ésta estaba rodeado por otras viviendas, según la costumbre nórdica. Eran construcciones alargadas con paredes curvadas, como en Trelburg, pero su distribución era diferente, pues en este lugar no formaban cuadrados. Tampoco se veían fortificaciones ni murallas de piedra. Por el contrario, desde la gran fortaleza y las casas alargadas junto a ellas bajaba la carretera hasta una planicie extensa y verde en la que había casas de campesinos aquí y allá, y más lejos, las colinas y el linde del bosque.

Pregunté a Herger a quién pertenecían aquellas casas largas, y me dijo:

-Algunas pertenecen al rey y otras a la familia real y a los nobles, mientras otras son para la servidumbre y los miembros de menor rango de la corte. -Añadió que aquél era un lugar muy difícil, pero no pude comprender el significado de tal comentario.

Entonces nos permitieron entrar en el gran vestíbulo del rey Rothgar, que sin duda debe ser considerado una de las maravillas del mundo y tanto más por hallarse en esas primitivas regiones del norte. Los súbditos de Rothgar llaman a la fortaleza Hurot, pues los nórdicos dan nombres de personas a los objetos de su vida, edificios, barcos y especialmente armas. Ahora diré que Hurot, la gran fortaleza de Rothgar, era tan grande como el palacio principal de nuestro califa y su interior tenía ricas incrustaciones de plata y aun algunas de oro, metal sumamente raro en el norte. Por todas partes se veían diseños y adornos del mayor esplendor y riqueza de artesanía. Era verdaderamente un monumento al poder y la majestad del rey Rothgar.

El rey Rothgar estaba sentado en el extremo más distante del gran recinto, un espacio tan vasto que él quedaba muy lejos y apenas alcanzábamos a verle. Detrás, y junto a su hombro derecho, estaba el mismo heraldo que nos había interceptado. Éste hizo un discurso que Herger tradujo de este modo:

-He aquí, ¡oh rey!, una partida de guerreros del reino de Yatlam. Acaban de llegar del mar y su jefe es un hombre llamado Buliwyf. Solicitan tu permiso para que te comuniquen su misión, ¡oh, rey! No les prohíbas quedarse aquí. Tienen el porte de nobles y su jefe tiene aspecto de valiente guerrero. Salúdalos como nobles, ¡oh, rey Rothgar!

Nos dijeron entonces que nos aproximásemos al rey. Rothgar.

El rey Rothgar parecía un hombre próximo a la muerte. No era joven, tenía cabellos blancos, tez muy pálida y el rostro surcado de arrugas de pesar y temor. Nos miró con aire suspicaz, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos, o quizás estaba casi ciego. No lo sé. Por fin comenzó a hablar y Herger tradujo:

-He oído hablar de este hombre, pues yo envié por él para que cumpliera una misión de héroe. Es Buliwyf y le conocí cuando era un niño, cuando viajé a través del mar hasta el reino de Yatlam. Es hijo de Miglac, quien fue entonces mi generoso anfitrión. Ahora su hijo acude a mí en medio de mis circunstancias de necesidad y dolor.

Rothgar ordenó que fueran convocados los guerreros en el salón, que se les ofrecieran presentes y que comenzaran los agasajos.

En seguida habló Buliwyf, pronunciando un largo discurso que Herger no tradujo, ya que mientras hablaba Buliwyf, hablar él mismo habría sido una falta de respeto. Con todo, el sentido era el siguiente: que Buliwyf se había enterado de las dificultades de Rothgar, que lamentaba estas dificultades y que la tierra de su propio padre había sido destruida por las mismas dificultades. Venía, por tanto, a salvar el reino de Rothgar de los males que lo acosaban.

Yo no sabía bien a qué llamaban males, o cómo los consideraban, a pesar de haber visto la obra de las bestias que despedazaban a sus víctimas.

Librodot

El rey Rothgar dijo que quería decir algo antes de que llegaran sus guerreros y nobles. Y fue lo siguiente, según me contó Herger:

-¡Oh, Buliwyf!, conocí a tu padre cuando yo era un joven que acababa de subir al trono. Ahora soy viejo y tengo el corazón destrozado y la cabeza agobiada. Mis ojos lloran de vergüenza cuando debo reconocer mi debilidad. Como ves, mi reino es casi un desierto árido. Mis tierras están convirtiéndose en un páramo. Lo que estos demonios han provocado en mi reino es indescriptible. A menudo, durante la noche, mis guerreros cobran valor con la bebida y juran derrotar a los demonios. Pero luego, cuando la tétrica luz del alba avanza por los campos cubiertos de niebla, vemos cuerpos ensangrentados por todas partes. Es tal la tristeza que siento, que no puedo seguir hablando.

Trajeron un banco y dispusieron la comida delante de nosotros. Pregunté a Herger qué significaba el término «demonios». Herger se enfadó y me dijo que no volviera a preguntárselo.

Aquella noche hubo una gran fiesta y el rey Rothgar y la reina Weilew, vestida con ropas cubiertas de piedras preciosas y de oro, agasajaron a los señores y guerreros y nobles del reino de Rothgar. Estos nobles no causaban buena impresión, por ser viejos y beber demasiado, además de que muchos de ellos estaban lisiados o heridos. En los ojos de todos ellos había la mirada hueca del terror y también su alegría era hueca.

Estaba presente también Wiglif, de quien he hablado con anterioridad, el hijo de Rothgar que había asesinado a tres de sus hermanos. Este hombre era joven y esbelto, de barba rubia y ojos que nunca miraban nada con fijeza, sino que pasaban de un objeto a otro sin cesar. Tampoco miraba a nadie a los ojos. Al verlo Herger, dijo:

-Es un zorro.

Esto quería decir, no obstante, que era una persona escurridiza y voluble, de una conducta falsa, ya que los nórdicos creen que el zorro es capaz de asumir cualquier forma que desee.

Hacia la mitad de la fiesta, Rothgar envió a su heraldo a las puertas de Hurot y a poco el heraldo volvió y dijo que aquella noche la niebla no bajaría. Hubo gran alegría y regocijo ante el anuncio de que la noche sería despejada. Todos estaban contentos, salvo Wiglif.

En un momento determinado, Wiglif se puso en pie y dijo:

-Bebo en honor de nuestros invitados y especialmente de Buliwyf, guerrero valiente y leal que ha venido a ayudarnos en la situación que sufrimos, aunque... puede resultar una prueba demasiado difícil para que él salga victorioso.

Herger lo tradujo en susurros y pensé que en las palabras de Wiglif había el elogio y el insulto mezclados.

Todos los ojos se volvieron hacia Buliwyf en espera de su réplica. Buliwyf se levantó, miró a Wiglif y dijo:

-No temo a nada, ni siquiera al demonio implacable que se arrastra en la noche para asesinar a los hombres en medio del sueño. -Supuse que se refería al wendol, pero Wiglif palideció y aferró la silla en que estaba sentado.

-¿Te refieres a mí? -preguntó Wiglif con voz temblorosa.

Buliwyf repuso en estos términos:

-No, pero tampoco te temo a ti, como no temo a los monstruos de la niebla.

El joven Wiglif insistió, pero Rothgar le ordenó que volviera a sentarse. Wiglif dijo entonces a todos los nobles reunidos:

-Buliwyf, llegado de tierras extrañas, tiene aspecto de gran soberbia y gran fuerza. Sin embargo, yo he dispuesto algo para someterlo a prueba, porque el orgullo puede cegar a un hombre. Entonces ocurrió lo siguiente: un guerrero vigoroso, sentado a una mesa próxima a la puerta, detrás de Buliwyf, se levantó con viveza y blandió una lanza en dirección a la espalda de Buliwyf. Todo esto ocurrió en menos tiempo del que lleva a un hombre respirar.[24] Sin embargo, Buliwyf se volvió, esgrimió su propia lanza y atravesó al guerrero en pleno pecho, levantándolo sobre su cabeza y arrojándolo contra un muro. De esta guisa quedó el guerrero

[24] Ducere spiritu: literalmente «inhalar».

Librodot

ensartado en la lanza, con los pies agitándose sobre el suelo. La punta de la lanza estaba enterrada en la pared del salón de Hurot.

El guerrero murió sin emitir quejido.

Se produjo una gran algarabía y Buliwyf se volvió para hacer frente a Wiglif y dijo:

-Del mismo modo trataré cualquier otra amenaza.

Herger habló con gran precipitación y a gritos, haciendo muchos gestos en mi dirección. Me sentía muy confundido por todos estos hechos y la verdad es que tenía los ojos clavados en el guerrero muerto y clavado a la pared.

Entonces Herger se volvió hacia mí y dijo en latín:

-Canta una canción a la corte del rey Rothgar.

Le pregunté a mi vez:

-¿Qué canción? No conozco ninguna canción. Herger repuso:

-Canta algo que entretenga el corazón. -Y añadió-: No hables de tu único Dios. A nadie le gustan esos disparates.

La verdad, no sabía qué cantar, ya que no soy trovador. Pasaron unos instantes mientras todos me miraban y reinaba el silencio en el gran recinto. Entonces Herger me indicó:

-Canta una canción sobre reyes y sobre el valor en la batalla.

Señalé que no sabía canciones de ese género, pero que podía contar una fábula que en mi país era considerada cómica y entretenida. Herger comentó que había hecho una buena elección. Así pues, conté al rey Rothgar, a su reina Weilew, a su hijo Wiglif y a todos los nobles y guerreros reunidos allí, la historia de las babuchas de Abu Kassim,[25] que todos

[25] La historia de las babuchas de Abu Kassim es muy antigua en la cultura árabe y era bien conocida por ibn-Fadlan y sus conciudadanos de Bagdad.

Existe en muchas versiones y se la puede relatar en forma breve o extensa, según el entusiasmo del narrador. En términos resumidos, Abu Kassim es un rico mercader y además un avaro que desea ocultar que es rico con el fin de obtener mejores negocios en sus actividades. Para ofrecer apariencia de pobreza, lleva un par de babuchas especialmente viejas y gastadas, con la esperanza de engañar así a todos, pero nadie pica. En lugar de ello, todos lo consideran tonto y ridículo.

Un día, Abu Kassim cierra un negocio muy favorable con la cristalería y decide celebrarlo no en la forma habitual de invitar a sus amigos a un festín, sino invitándose al lujo egoísta de hacer una visita a los baños públicos. Deja sus ropas y calzado en la antesala y un amigo le reprocha aquellas babuchas viejas e impresentables. Abu Kassim replica que todavía sirven y entra en el baño con su amigo.

Más tarde entra un juez de gran influencia y se desviste, dejando un elegante par de babuchas. Entretanto, Abu Kassim sale y no puede encontrar su viejo par, pero en su lugar encuentra un par de babuchas nuevas y elegantes y, pensando que se trata de un presente de su amigo, se las pone y se va.

Luego, el juez sólo encuentra un par de babuchas ordinarias y viejas que, según todos saben, pertenecen al avaro Abu Kassim. El juez se enfada. Envía a sus sirvientes en busca de las babuchas y pronto las encuentran calzando los pies del avaro, quien es llevado al tribunal a comparecer ante el magistrado y luego condenado a pagar una severa multa. Abu Kassim maldice su mala suerte y cuando está de regreso en casa arroja las babuchas, causa de su mala suerte, por la ventana, al fangoso río Tigris. Un día más tarde, unos pescadores recogen sus redes y encuentran entre los peces las babuchas de Abu Kassim. Los clavos salientes de éstas les han desgarrado las redes. Enfurecidos arrojan las babuchas empapadas por una ventana abierta. La ventana es la de Abu Kassim y las babuchas caen sobre la cristalería que acaba de comprar y la hacen añicos.

El corazón de Abu Kassim está destrozado y su pesar es el que sólo puede sentir un avaro incorregible. Jura que las malditas babuchas no le fastidiarán más y, para estar seguro de ello, sale al jardín con una pala y las entierra. El vecino de la casa contigua ve a Abu Kassim cavando, tarea inferior y digna sólo de un sirviente. El vecino imagina que si el avaro está realizando dicha tarea debe de ser con el objeto de enterrar un tesoro. En vista de ello, el vecino acude al califa y denuncia a Abu Kassim, ya que, según las leyes del país, todo tesoro que se halle en la tierra es propiedad del califa.

Abu Kassim es llamado a comparecer ante el califa, y cuando manifiesta haber enterrado tan sólo un par de babuchas viejas, el tribunal ríe estruendosamente de lo que consideran una absurda tentativa del mercader de ocultar su verdadera actividad ilegal. El califa se enfada al pensar que el mercader le supone suficientemente tonto como para creer una mentira tan ridícula, y aumenta el monto de la multa. Abu Kassim se siente herido por un rayo al oír la sentencia, pero se ve obligado a pagar la multa.

A estas alturas, Abu Kassim está empeñado en deshacerse definitivamente de las viejas babuchas. Para asegurarse de que no habrá nuevas dificultades hace una peregrinación a un punto lejano de la ciudad y arroja las babuchas a un pozo, contemplando cómo se hunden en el fondo. Ocurre, no obstante, que ese pozo provee de agua a la ciudad y en un momento dado las babuchas obstruyen las cañerías. Los guardias descubren las

Librodot

conocen. Hablé con despreocupación y con la sonrisa en los labios y al principio los nórdicos se mostraron complacidos y rieron y se palmearon el abdomen.

Pero entonces ocurrió algo extraño. A medida que proseguía mi relato, los nórdicos dejaron de reír y poco a poco se volvieron melancólicos, y cuando terminé no hubo risas, sino un silencio mortal.

Herger me dijo:

-No podías saberlo, pero ése no es un relato te merezca risa y ahora yo deberé arreglar las cosas.

Soltó entonces un discurso que yo interpreté como una broma referente a mi persona, porque hubo risas, y por fin recomenzó el festín.

La velada transcurrió sin otros agasajos y todos los guerreros de Buliwyf se comportaron de forma despreocupada. Vi al hijo, Wiglif, mirar con odio a Buliwyf, antes de abandonar el salón, pero Buliwyf no reparó en él, pues prefería las atenciones de las esclavas y de las mujeres libres de la corte. Más tarde, dormí.

Por la mañana desperté con el ruido de un fuerte martilleo y al aventurarme fuera del gran salón de Hurot vi que todos los habitantes del reino de Rothgar estaban trabajando en la construcción de defensas. Se colocaban éstas en una disposición preeliminar. Los caballos traían postes para levantar vallas, que los guerreros afilaban en una punta. Buliwyf mismo dirigía el emplazamiento de las defensas, marcando el suelo con la punta de la espada. Para ello no utilizaba la gran espada Runding, sino otra. No sé si había alguna razón especial para ello.

Hacia mediodía, la mujer llamada «ángel de la muerte»[26] vino y arrojó al suelo unos huesos, sobre los cuales cantó unas invocaciones y después anunció que la niebla volvería aquella noche. A oír esto, Buliwyf ordenó interrumpir todo el trabajo y preparar un gran banquete. Todo el mundo obedeció y dejó sus actividades. Pregunté Herger por el motivo del banquete, pero él repuso que yo hacía demasiadas preguntas.

Admito que mi pregunta fue inoportuna, ya que en aquel momento Herger dirigía sus atenciones a una esclava rubia que le dedicaba cálidas sonrisas.

Al anochecer, Buliwyf congregó a todos sus guerreros y les dijo:

-Preparaos para un combate.

Todos acataron la orden y se desearon mutua- suerte mientras se hacían los preparativos para el banquete.

El banquete nocturno fue muy semejante al de la noche anterior, aunque asistió un número menor de nobles y señores de Rothgar. Me enteré de que muchos nobles se habían negado a asistir por temer lo que podría suceder en la fortaleza de Hurot aquella noche. Según parecía, el lugar era el centro de la actividad del demonio de la zona, o bien codiciaba la fortaleza, o algo parecido. No conseguí entender bien el sentido.

Durante el banquete no me divertí a causa de la aprensión que me inspiraba el futuro inmediato. No obstante, ocurrió lo siguiente: un noble de cierta edad hablaba latín y también algunos dialectos ibéricos por haber viajado a la región del califato de Córdoba cuando era

---

babuchas y las reconocen, pues todos conocen las babuchas del notorio avaro. Abu Kassim vuelve a comparecer ante el califa, acusado de ensuciar el agua de la ciudad y la multa que le imponen esta vez es mucho más elevada que la anterior. Y encima le devuelven las babuchas.

Abu Kassim decide quemarlas, pero todavía están mojadas, y en vista de ello las pone en el balcón a secar. Un perro las ve y se pone a jugar con ellas. Una se le escapa de entre los dientes y al caer a la calle golpea a una mujer que pasaba. La mujer está embarazada y el golpe le provoca un aborto. El marido acude a la corte y reclama compensación por los daños y perjuicios, que recibe en cantidades generosas. Abu Kassim, astutamente literal, dice que esta historia ilustra los males que pueden recaer sobre un hombre que no cambia sus babuchas con la frecuencia debida. Existe, sin duda, otro significado subyacente: el concepto del hombre que no consigue librarse de una carga, y esta idea fue la que perturbó tanto a los nórdicos.

[26] No es el mismo «ángel de la muerte» que acompañaba a los nórdicos en las márgenes del Volga. Al parecer cada tribu tenía una anciana que cumplía funciones de hechicera y a la cual se aludía como «ángel de la muerte». Es por tanto un término genérico.

Librodot

más joven, y yo trabé conversación con él. En estas circunstancias fingí conocimientos que en realidad no poseía, como se verá.

El noble me habló en estos términos:

-De modo que tú eres el extranjero que hace el número trece, ¿no?

Asentí.

-Debes de ser en extremo valiente -dijo el anciano-, y te saludo por tu valor.

Di una respuesta trivial, pues yo ciertamente era sólo un cobarde en comparación con los miembros del séquito de Buliwyf, lo cual no era más que la verdad.

-No importa -dijo el viejo, quien estaba ya bastante embriagado de beber el aguardiente le la región, una sustancia repugnante que llaman hidromiel y es muy potente-, tienes que ser un hombre de gran valor para hacer frente al wendol.

Intuí que había llegado el momento de enterarme de algunos puntos concretos. Repetí al viejo in dicho de los nórdicos que Herger me había mencionado: «Los animales mueren, los amigos mueren, y yo moriré, pero una cosa nunca muere, y es la reputación que dejamos al morir.»

El viejo echó a reír mostrando una boca desdentada. Le agradó ver que conocía el proverbio nórdico, y dijo:

-Así es, pero el wendol también tiene su reputación.

A lo que repuse con la mayor indiferencia:

-¿Sí? No lo sabía.

El viejo dijo que como era extranjero consentiría en informarme respecto al wendol, y me dijo lo que sigue:

-El nombre de wendol o windon es muy antiguo, tan antiguo como cualquiera de los pueblos de las regiones del norte y quiere decir «la niebla negra». Para los nórdicos significa una niebla que trae consigo, al amparo de la noche, a unos demonios negros que asesinan y matan y comen carne de seres humanos.[27] Son velludos y asquerosos al tacto y al olfato. Son feroces y astutos. No hablan lenguaje conocido por ningún hombre y sin embargo hablan entre ellos. Vienen con la niebla de la noche y desaparecen con el día, y nadie se atreve a seguirlos.

El viejo me dijo asimismo:

-Puedes conocer las regiones donde habitan los demonios de la niebla negra de muchas maneras. De vez en cuando, algunos guerreros a caballo pueden cazar un ciervo con perros, persiguiéndolo por colinas y valles a través de kilómetros de bosques y de terreno abierto. A continuación el ciervo llega a algún lago pantanoso de montaña, o a una ciénaga de aguas amargas y allí se detiene, ya que prefiere que los galgos lo despedacen a entrar en aquella

[27] Al parecer, los escandinavos se sentían más impresionados por el sigilo y la crueldad de estos seres que por el hecho de que fueran caníbales. Jensen sugiere que el canibalismo podía resultar repulsivo a los nórdicos porque hacía más difícil el acceso al Valhalla, pero no hay pruebas que sustenten tal punto de vista.

Para ibn-Fadlan, sin embargo, con su extensa erudición, el concepto de canibalismo puede haber estado relacionado con dificultades después de la muerte. El Devorador de Muertos es una figura conocida en la mitología egipcia, una bestia temible con cabeza de cocodrilo, tronco de león y lomo de hipopótamo. Este Devorador de Muertos come a los malvados después de haber sido juzgados.

Conviene recordar que durante gran parte de la historia de la humanidad el canibalismo ritual, en una u otra forma, por un motivo u otro, no ha dejado de ser frecuente ni se ha considerado extraordinario. El hombre de Pekín y el de Neandertal eran, según se cree, caníbales. También lo fueron, en diversas épocas, los escitas, los chinos, los irlandeses, los peruanos, los mayorunas, los jagas, los egipcios, los aborígenes australianos, los maoríes, los griegos, los hurones, los iroqueses, los pawnees y los asbanti.

Durante el período en que lbn Fadlan estuvo en Escandinavia, otros mercaderes árabes estaban en China, donde contestaron que la carne humana, a la que se referían como cordero de dos patas, se vendía en forma abierta y legal en los mercados.

Martinson sugiere que los nórdicos consideran el canibalismo del wendol repelente porque creían que la carne de los guerreros era suministrada a las mujeres, especialmente a la madre del wendol. No hay evidencia de esta hipótesis, pero sin duda habría hecho más vergonzosa la muerte de un guerrero.

Librodot

región abominable. De este modo nos enteramos de las zonas donde viven los wendol y sabemos que ni siquiera los animales osan entrar en ellas.

Manifesté asombro ante estas noticias con el objeto de arrancar más información al viejo. En ese momento Herger me vio y me dirigió una mirada amenazadora, pero fingí no reparar en él. El viejo prosiguió:

-En época lejana la niebla negra era temida por los nórdicos de todas las regiones. Desde la de mi padre y el padre de mi padre y el padre de éste, ningún nórdico vio nunca la niebla negra y algunos guerreros jóvenes contaban con que nosotros, viejos tontos, recordásemos las antiguas leyendas de sus horrores y depredaciones. Sin embargo, los jefes nórdicos de todos los reinos, aun en Noruega, siempre han vivido preparados para el retorno de la niebla negra. Todas nuestras poblaciones y nuestras fortalezas están protegidas y defendidas por el lado de tierra firme. Desde los tiempos del padre de mi abuelo nuestras gentes han procedido de este modo y nunca hemos visto la niebla negra. Ahora, no obstante, ha vuelto.

Pregunté qué les hacía suponerlo y, bajando la voz, él me respondió:

-La niebla negra ha vuelto a causa de la vanidad y la debilidad de Rothgar, quien ha ofendido a los dioses con su tonto esplendor y tentado a los demonios con su gran fortaleza, que carece de protección en el lado de tierra firme. Rothgar es viejo y sabe que no será recordado por batallas victoriosas, y por ello construyó este espléndido edificio, comentario de todo el mundo y que halaga su vanidad. Rothgar se comporta como un dios, a pesar de ser un hombre, por lo cual los dioses han enviado la niebla negra para que caiga sobre él y le enseñe la humildad.

Dije al anciano que tal vez Rothgar no era querido en su reino. Me respondió:

-Ningún hombre es tan perfecto que esté libre de defectos, ni tampoco tan malvado que no valga nada. Rothgar es un rey justo y durante su reinado todos han prosperado. La sabiduría y opulencia de su gobierno residen en esta fortaleza, y son espléndidas. Su único defecto consiste en haber olvidado la defensa, ya que tenemos un proverbio que dice: «Ningún hombre debe alejarse un paso de sus armas. » Rothgar no tiene armas. Tampoco tiene dientes, y es débil. La niebla negra se disemina con entera libertad por nuestra tierra.

Quise saber más, pero el viejo estaba fatigado y se apartó de mí, durmiéndose poco después. Ciertamente la comida y la bebida servidas por la hospitalidad de Rothgar eran abundantes y muchos nobles y señores se mostraban somnolientos.

De la mesa de Rothgar diré lo siguiente: que cada comensal tenía su mantel y su plato, además de cuchara y cuchillo, y que la comida consistía en cerdo y cabra hervidos, además de pescado, pues los nórdicos prefieren las carnes hervidas a las asadas. Había, además, repollos y cebollas en abundancia y manzanas y avellanas. Me sirvieron por último una carne dulzona y muy suculenta que hasta entonces no había probado. Según dijeron, era carne de alce o de reno.

La horrible bebida llamada hidromiel está hecha de miel fermentada. Es el líquido más agrio, más negro y más repugnante que haya inventado jamás nadie, pero es tan potente como cualquiera de las bebidas que se conocen. Bastan unos sorbos para que el mundo comience a girar. Por suerte yo no bebí, loado sea Alá.

Advertí que aquella noche Buliwyf y su séquito no bebían, o bien bebían con gran moderación, y que Rothgar no vio en ello un insulto, sino que lo consideró más bien algo comprensible. No había viento. Las velas y lumbre en el recinto de Hurot no se movían, pero estaba muy húmedo y frío. Pude ver con mis propios ojos que la niebla llegaba en grandes olas desde las colinas y que apagaba la luz plateada de la luna, vistiendo todo de tinieblas.

Al avanzar la noche, Rothgar y su reina se retiraron a dormir y las macizas puertas de Hurot fueron atrancadas con barras y cerrojos, mientras los nobles y señores que aún quedaban allí caían todos en un sopor de embriaguez y roncaban con estrépito.

Buliwyf y sus hombres, vestidos aún con sus armaduras, recorrieron entonces el recinto, apagando las velas y cuidando la lumbre para que ardiera con poca intensidad. Pregunté a

Herger qué significaba eso. Me dijo que rogara por mi vida y fingiera dormir. Me dieron un arma, una espada corta, que no me consoló mucho, ya que no soy guerrero, y lo sé muy bien.

Todos los hombres fingieron dormir. Buliwyf y sus súbditos se tendieron junto a los cuerpos dormidos de los señores del rey Rothgar, quienes roncaban de verdad. No sé cuánto tiempo esperamos, pues creo dormí un rato. De pronto me desperté con una rapidez que no era normal. No me sentía ya somnoliento, sino repentinamente tenso y alerta, tendido aún sobre una piel de oso en el suelo del gran recinto. Reinaba la oscuridad. Las velas apenas ardían y una leve brisa silbaba y agitaba las llamas amarillas.

Oí entonces un ruido sordo, como un gruñido, semejante al de un cerdo que hurga el suelo. Me llegó con la brisa y al mismo tiempo percibí un olor fétido, como de cadáver putrefacto, y sentí un gran temor. Aquel sonido de cerdo, ya que no puedo darle otro nombre, aquel gruñido, jadeo, resuello, se volvió más y más fuerte y más excitado. Provenía de fuera, de un lado de la fortaleza. En seguida llegó el mismo ruido de otro lado y luego de otro. La verdad es que estábamos rodeados.

Me apoyé sobre un codo, con el corazón en un puño, y miré alrededor. Ningún guerrero dormido se movió, aunque allí estaba Herger con los ojos muy abiertos. Y también estaba allí Buliwyf, soltando sonoros ronquidos, pero con los ojos abiertos. Esto me hizo deducir que todos los guerreros de Buliwyf aguardaban para librar batalla con los wendol, cuyos ruidos rasgaban el aire ya.

Por Alá, no hay terror más grande que un terror desconocido. ¡Cuánto tiempo permanecí tendido sobre la piel de oso, oyendo los gruñidos de los wendol y oliendo su asqueroso hedor! ¡Cuánto tiempo aguardé no sé qué, el comienzo de un combate en perspectiva más terrible de lo que podría ser en realidad! Recordé que los nórdicos tienen palabras de elogio que suelen grabar en las tumbas de sus nobles guerreros y que dicen: «No huyó de la batalla.» Nadie del séquito de Buliwyf huyó aquella noche, a pesar de estar todos rodeados por el ruido y el hedor, ora más intenso, ora más débil, ora de una dirección, ora de otra. Seguían esperando.

Llegó el momento más temido. Cesaron todos los ruidos. Hubo un silencio total, salvo los ronquidos de los hombres y el ligero crepitar del fuego.

Y entonces sobrevino un violentísimo embate contra las sólidas puertas del salón de Hurot y las puertas se abrieron con violencia, un hálito de aire pestilente hizo apagar todas las luces, y la niebla negra entró en el recinto. No conté cuántos eran, pero la verdad es que parecían millares de siluetas negras y jadeantes, a pesar de que quizá no eran más de cinco o seis figuras enormes y negras que apenas parecían hombres, aunque tenían forma de hombres. El aire apestaba a sangre y muerte. Sentí un frío indescriptible y me estremecí. Nuestros guerreros seguían inmóviles.

De pronto, con un aterrador alarido capaz de despertar a los muertos, Buliwyf se incorporó de un salto y con ambos brazos blandió su gigantesca espada Runding, que silbó como una llama chisporroteante al cortar el aire. Sus guerreros se levantaron al mismo tiempo y dieron inicio a la batalla. Los gritos de los hombres se mezclaban con los gruñidos de cerdo y con los olores de la niebla negra, y en Hurot hubo terror y confusión y un gran destrozo y destrucción.

En cuanto a mí, no tenía estómago para luchar, pero aun así me atacó un monstruo de la niebla, y al acercarse a mí vi sus ojos relucientes inyectados en sangre, ojos que relucían como ascuas, y también olí el hedor nauseabundo y me sentí levantado en el aire y arrojado a través del recinto como un guijarro lanzado por un niño. Al chocar contra la pared caí al suelo, donde quedé medio desvanecido, hasta tal punto que todo lo que me rodeaba se volvió muy confuso.

Recuerdo con toda claridad el tacto de esos monstruos, especialmente el espeso vello de sus cuerpos, por cuanto tienen pelaje largo y espeso como el de un perro y les cubre todo el cuerpo. Recuerdo asimismo el aliento fétido del monstruo que me arrojó por los aires.

Cuánto tiempo duró la batalla, no lo sé, pero terminó de forma súbita, instantánea. Y entonces la niebla negra se retiró con paso cauteloso, gruñendo y apestando, sin aliento, dejando tras ella un reguero de destrucción y muerte.

He aquí el resultado de la batalla. Entre los hombres de Buliwyf hubo tres muertos: Roneth y Halga, ambos señores, y Edgtho, un guerrero. Al primero le habían desgarrado el pecho; al segundo le habían quebrado la columna vertebral; al tercero le habían arrancado la cabeza en la forma que había visto yo con anterioridad. Hubo dos heridos, Haltaf y Rethel; Haltaf perdió una oreja y Rethel dos dedos de la mano derecha. Ninguno de los dos estaba mortalmente herido, de manera que no se quejaban, pues es costumbre de los nórdicos soportar las heridas de la batalla con entereza y agradecer sobre todo el haber conservado la vida.

En cuanto a Buliwyf y Herger y el resto, estaban empapados en sangre como si se hubiesen bañado en ella. Diré ahora algo que muchos no creerán. Sin embargo, es verdad. Nuestros hombres no mataron a ningún monstruo de la niebla. Todos ellos huyeron arrastrándose, algunos heridos de muerte, tal vez. A pesar de todo, escaparon. Herger habló en estos términos:

-Vi a dos de ellos llevarse el cadáver de un tercero.

Tal vez sucedió así, ya que en general todos dieron crédito a esto. Me enteré entonces de que los monstruos de la niebla nunca dejan a uno de los suyos entre la sociedad de los hombres y que, por el contrario, son capaces de correr riesgos extremados para rescatarlos de la vista de los hombres. Son capaces, además, de hacer cualquier cosa con tal de conservar la cabeza de una víctima, y por ello no encontramos la de Edgtho por ninguna parte. Los monstruos se la habían llevado.

Entonces habló Buliwyf, y Herger tradujo: -Mirad todos, he conservado un trofeo de los sangrientos hechos de esta noche. Pueden ver aquí el brazo de un demonio.

En efecto, Buliwyf levantó el brazo de un monstruo de la niebla cortado a la altura del hombro por la gran espada Runding. Todos los guerreros se congregaron para examinarlo. He aquí lo que yo vi: un brazo pequeño, con una mano anormalmente grande. En cambio, el brazo y el antebrazo no concordaban con ella, a pesar de ser musculosos. Toda la superficie estaba cubierta de vello espeso y enmarañado, salvo la palma de la mano. Debo señalar, en fin, que el brazo apestaba como el resto de aquellas bestias, con el hedor fétido de la niebla negra.

Todos los guerreros vitorearon a Buliwyf y a su espada Runding. Colgaron entonces el brazo del monstruo de una de las vigas del gran salón de Hurot para que fuese admirado por todos los habitantes del reino de Rothgar. Y así terminó la primera batalla contra los wendol.

HECHOS QUE SIGUIERON A LA PRIMERA BATALLA

Las gentes délas tierras del norte nunca actúan como seres humanos que razonan y tienen sentido común. Después del ataque de los monstruos de la niebla y de su rechazo por los hombres de Buliwyf, entre los cuales me contaba yo, los del reino de Rothgar no hicieron nada.

No hubo festejos, ni festines, ni regocijo, como tampoco exteriorización de alegría. Desde los confines del reino llegaban los súbditos para admirar el brazo colgante del demonio, suspendido en el gran salón y expresaban asombro y extrañeza. En cambio, Rothgar, aquel anciano casi ciego, no manifestó ningún placer ni entregó a Buliwyf y sus hombres regalos, ni le ofreció festines, esclavos, plata, ropas lujosas u otros símbolos de honores.

En lugar de dar muestras de agrado, el rey Rothgar estaba cariacontecido y se mostraba muy solemne. Al parecer, tenía más miedo que antes. Por mi parte, aunque no lo dije en voz alta, sospeché que Rothgar prefería la situación anterior al momento en que fue derrotada la niebla negra.

Tampoco cambió Buliwyf en su actitud. No pidió ceremonias, fiestas, bebida ni comida. Los nobles que habían muerto con valentía durante la batalla de la noche fueron colocados en fosas techadas con madera y dejados allí durante diez días. Había cierta prisa en realizar esta tarea.

Sin embargo, fue sólo en la ceremonia de sepultar a los guerreros muertos cuando Buliwyf y sus compañeros se mostraron contentos o se permitieron sonreír. Pasado un tiempo mayor entre los nórdicos, aprendí que siempre sonríen ante cualquier muerte ocurrida en la batalla, ya que tal placer se refiere al muerto y no a la gente que vive aún. Se sienten complacidos con la muerte de un guerrero, pero expresan pesar cuando alguien muere durante el sueño o en su lecho. Se expresan sobre estos hombres en los siguientes términos: «Murió como una vaca en el pesebre.» No es un insulto, pero sí un motivo para lamentar la muerte.

Los nórdicos creen que la forma en que muere un hombre determina su vida en el más allá, y sobre todo aprecian la muerte de un guerrero en plena batalla. Una muerte «tendido en la paja» es vergonzosa.

De cualquier hombre que muere durante el sueño se dice que ha sido estrangulado por la «maran» o yegua de la noche. Este ser es una mujer, lo cual da carácter de vergonzoso a la muerte, pues morir a manos de una mujer es la más degradante de las muertes.

Morir desarmado es asimismo degradante. El guerrero nórdico duerme, pues, siempre con sus armas, de modo que si llega la maran durante la noche tendrá sus armas a mano. Rara vez muere un guerrero a causa de enfermedad o de los achaques de la vejez. Oí hablar de un rey llamado Ane, tan longevo que se volvió como un niño, sin dientes y alimentado con los alimentos propios de un niño de corta edad, y pasaba todos sus días en cama, bebiendo leche de un cuerno. Sin embargo, esto me fue contado como algo muy poco frecuente en las tierras del norte. Con mis propios ojos sólo vi unos pocos hombres llegados a la ancianidad. Quiero significar por ancianidad el período en el cual la barba no sólo es blanca, sino que comienza a caerse.

Muchas de sus mujeres alcanzan una edad avanzada, especialmente las que tienen funciones como las de la vieja bruja que llamaban «ángel de la muerte». Se cree que estas mujeres poseen poderes mágicos para curar heridas, echar sortilegios, ahuyentar las influencias maléficas y predecir sucesos futuros.

Las mujeres de los pueblos del Norte no riñen entre ellas y a menudo las vi interceder en una disputa o duelo entre dos hombres para contener la ira cada vez mayor. Suelen hacer esto cuando los guerreros se encuentran abotagados y confusos por la bebida. Ello ocurre a menudo.

Ahora bien, los nórdicos, tan aficionados a beber a cualquier hora del día o de la noche, no bebieron nada al día siguiente de la batalla. Muy pocas veces les pasó Rothgar la copa, y cuando lo hizo la rechazaron. Esto me resultó sumamente curioso y lo mencioné por fin a Herger.

Herger se encogió de hombros con el gesto típicamente nórdico que expresa despreocupación o indiferencia.

-Todos tienen miedo -dijo.

Pregunté por qué habrían de tener aún motivos para temer. Herger repuso:

-Porque saben que la niebla negra volverá. Debo admitir que en aquel momento sentía la arrogancia de un guerrero, a pesar de que sabía bien que no me correspondía adoptar tal actitud. Sin embargo, me sentía regocijado por haber sobrevivido y, por otra parte, la gente de Rothgar me acordaba el tratamiento de miembro de un grupo de valerosos guerreros. Con gran osadía dije:

-¿A quién le preocupa eso? Si vuelven, los derrotaremos por segunda vez.

Diré que me mostré más vanidoso que un pavo real y me avergüenzo ahora al recordar cómo me daba aires entonces. Herger respondió:

-El reino de Rothgar no cuenta con guerreros o nobles capaces de luchar. Hace mucho que murieron todos y nosotros debemos defender el reino sin ayuda. Ayer éramos trece y hoy

Librodot

somos diez, y de estos diez dos están heridos y no pueden pelear como hombres enteros. La niebla negra está enfadada y se tomará una venganza terrible.

Manifesté a Herger, quien había sufrido unas heridas leves en la refriega, en absoluto tan desagradables como las marcas de garras en mi propio rostro y que yo exhibía con orgullo, que no tenía el menor temor de lo que pudiesen hacer los demonios.

Herger repuso lacónicamente que yo era árabe y no comprendía las costumbres de las tierras del norte, e insistió en que la venganza de la niebla negra sería terrible y completa.

-Volverán -dijo-, como Korgon.

No sabía yo qué quería decir aquella palabra.

-¿Korgon? -pregunté.

Herger dijo:

-El dragón luciérnaga que se lanza sobre la gente desde el aire.

Aquello parecía realmente descabellado, pero yo había visto ya los monstruos marinos, tal como ellos afirmaban que vivían en el mar, y observé además la expresión tensa y fatigada de Herger, aparte de haber percibido que creía en la existencia del dragón luciérnaga.

-¿Cuándo vendrá Korgon? -quise saber.

-Tal vez esta noche.

Herger estaba aún hablando cuando vi que Buliwyf, a pesar de no haber dormido en toda la noche y tener los ojos enrojecidos y pesados de cansancio, estaba dirigiendo una vez más la construcción de las defensas alrededor de la fortaleza de Hurot. Todos los habitantes del reino colaboraban, inclusive los niños, las mujeres y los viejos, así como los esclavos, bajo la dirección de Buliwyf y su lugarteniente Etchgow.

He aquí lo que hicieron. En el perímetro de Hurot y de los edificios adyacentes, las viviendas del rey Rothgar y de algunos de sus nobles, las toscas chozas de los esclavos de estas familias y algún que otro granjero que vivía cerca del mar, en todo este sector, Buliwyf levantó una especie de cercado hecho con lanzas cruzadas y palos de puntas bien afiladas. Este cercado no era más alto que el hombro de un hombre, y si bien las puntas eran afiladas y amenazadoras, yo no alcanzaba a comprender qué valor podían tener como defensas, ya que los atacantes podrían escalar el cercado con facilidad.

Se lo mencioné a Herger, pero me llamó «árabe tonto». Herger estaba de pésimo humor.

Se construyó después una defensa exterior que consistía en un foso fuera del cercado, a un paso y medio de distancia. Este foso era muy extraño. No era profundo, ya que no superaba la altura de las rodillas y en algunos tramos tenía aún menos. No estaba cavado de manera uniforme, y en ciertos sitios era de muy poca profundidad y en otros más hondo, formando pequeños trozos. En algunos puntos había además lanzas cortas clavadas con la punta hacia arriba.

No alcanzaba a comprender el posible valor defensivo de este foso, pero no quise preguntar a Herger, sabedor del mal humor que tenía. En lugar de hacer preguntas, me dediqué a ayudar en los trabajos tan bien como podía, deteniéndome sólo una vez para tomar a una mujer esclava en el estilo de los nórdicos, ya que tras el ajetreo de la noche de batalla y los preparativos del día me sobraban las energías.

Quiero mencionar aquí que en el curso de mi viaje con Buliwyf y sus guerreros por las aguas del Volga, Herger me había hablado de ciertas mujeres desconocidas de quienes, especialmente si eran bonitas o seductoras, se debía desconfiar. Me dijo que en el interior de los bosques y en los lugares remotos de las tierras del norte vivían las llamadas mujeres del bosque. Estas mujeres atraen a los hombres con su belleza y con la dulzura de sus palabras, pero cuando un hombre se aproxima a ellas, descubre que son apariciones huecas. Entonces las mujeres del bosque hacen presa de un sortilegio al hombre seducido y éste se convierte en su cautivo.

En efecto, Herger me había advertido en estos términos, y debo decir con verdad que me aproximé a esta mujer esclava con gran aprensión, porque no la conocía. Le palpé la espalda con una mano y ella se echó a reír. Sabía por qué la había tocado, porque quería estar seguro

de que no era un fantasma del bosque. En aquel momento me sentí un tonto y me maldije por haber creído en una superstición pagana. He descubierto, no obstante, que si todos cuantos rodean a uno creen algo en particular, muy pronto uno mismo se sentirá tentado a compartir la misma creencia. Así sucedió en mi caso.

Las mujeres de los pueblos nórdicos son tan blancas como los hombres y también de gran estatura, hasta el punto de que la mayoría de ellas me miraban por encima de mi cabeza. Tienen ojos azules y llevan el cabello muy largo, aunque éste es muy fino y se enreda con facilidad. Para evitarlo, se lo recogen alrededor del cuello y de la cabeza. Para sostenerlo han inventado toda clase de horquillas y alfileres de plata o de madera ornamentada. Esto constituye su principal adorno. La mujer del hombre rico lleva además collares hechos con cadenas de oro y de plata, como ya he dicho. Asimismo, las mujeres son aficionadas a los brazaletes de plata, en forma de dragones o serpientes, que llevan en el brazo entre el codo y el hombro. Los diseños de los nórdicos son intrincados y entrelazados, como si pretendieran representar la trama de las ramas de los árboles o bien serpientes. Todos estos diseños son de una gran belleza.[28]

Los nórdicos se consideran jueces perspicaces de la belleza femenina. La verdad es, sin embargo, que todas las mujeres aparecían a mis ojos famélicas, con cuerpos llenos de ángulos y pómulos muy salientes. Tales cualidades son apreciadas y elogiadas por los nórdicos, aunque una mujer así nunca atraería la menor mirada en la Ciudad de la Paz, sino que, por el contrario, no sería mejor considerada que un perro hambriento con costillas visibles. Las mujeres nórdicas tienen ni más ni menos costillas visibles.

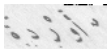
No sé por qué las mujeres son tan delgadas, ya que comen con glotonería y tanto como los hombres, pero el cuerpo no se les cubre de carnes. Tampoco muestran las mujeres ninguna diferencia ni tienen una conducta recatada. Nunca llevan velo y hacen sus necesidades en lugares públicos. Igualmente, suelen provocar con gran osadía a cualquier hombre que les agrade, como si ellas fueran los hombres. Por su parte, los guerreros nunca les reprenden por esta conducta. Lo mismo ocurre incluso cuando la mujer es una esclava, ya que, como he dicho antes, los nórdicos son sumamente bondadosos y tolerantes con sus esclavos, especialmente con las mujeres.

Al avanzar el día pude ver con claridad que las defensas de Buliwyf no quedarían terminadas hasta la puesta del sol. Me refiero al cerco de postes y al foso de poca profundidad. Buliwyf también lo comprendió y llamó al rey Rothgar, quien hizo comparecer a la vieja bruja. Ésta, muy marchita y con barba de hombre, mató una oveja y esparció las entrañas[29] por el suelo. Siguió a esto una especie de cántico monótono que duró mucho tiempo y que incluía muchas súplicas elevadas al cielo.

También esta vez me abstuve de preguntar a Herger, porque seguía de mal humor. En su lugar, me limité a observar a los otros guerreros de Buliwyf, que miraban en dirección al mar. El océano estaba gris y agitado, el cielo de color plomizo, y soplaba una fuerte brisa hacia tierra firme. Esto satisfizo a los guerreros y yo adiviné el motivo: una brisa del océano hacia la tierra impediría que cayera la niebla desde las colinas. Así era.

---

[28] Un árabe habría pensado muy en especial así, ya que el arte religioso islámico tiende a ser no figurativo y de una cualidad semejante a la de buena parte del arte escandinavo, que con frecuencia se decanta por el diseño puro y exclusivo. Con todo, los nórdicos no tenían prejuicio en cuanto a representar a sus dioses, y lo hacían a menudo.

[29]  literalmente «venas». La frase árabe ha llevado a algunos errores entre los eruditos. El doctor Graham ha escrito, por ejemplo, que los «vikingos predecían el futuro mediante un rito consistente en cortar las venas de ciertos animales y esparcirlas por el suelo». Esto es inexacto. La frase árabe para matar un animal es «cortar las venas», e ibn-Fadlan se refería aquí a la costumbre altamente difundida de adivinar mediante la observación de las entrañas. Los lingüistas que manejan continuamente estas expresiones locales muestran cierta afición a discrepar en cuanto a significado. Un ejemplo predilecto de Halstead es la advertencia en inglés look out, que significa por lo general que hay que hacer lo opuesto y ocultarse.

Librodot

Al caer la noche se interrumpió el trabajo en las defensas, y para mi perplejidad, Rothgar celebró otro banquete de espléndidas proporciones. Toda aquella noche, según pude presenciar, Buliwyf y Herger y todos los guerreros bebieron copiosas cantidades de hidromiel y se divirtieron como si no tuvieran la menor preocupación en el mundo, además de someter a las esclavas antes de hundirse en un sueño soporífero y ruidoso.

Me enteré de lo siguiente: cada uno de los guerreros de Buliwyf había elegido entre las esclavas una que le gustaba especialmente, si bien ello no implicaba excluir a las otras. Herger me dijo de la mujer que había elegido: «Morirá conmigo, si es preciso.» De estas palabras inferí que cada uno de los guerreros de Buliwyf había elegido una mujer que moriría con él en la pira funeraria, y que trataba a esta mujer con mayor cortesía y consideración que a las otras, ya que eran extranjeros en la región y no contaban con esclavas propias a las cuales pudiesen ordenar hacer su voluntad.

Durante los primeros tiempos de mi permanencia entre los venden, las mujeres nórdicas nunca se me aproximaban, a causa de mi tez y pelo oscuro, pero había muchos murmullos y miradas dirigidos a mí, así como risitas a hurtadillas. Vi que estas mujeres solían colocarse las manos delante de la cara a manera de velo, sobre todo cuando reían. Pregunté a Herger por qué lo hacían, ya que no quería comportarme de manera contraria a las costumbres del norte.

Herger repuso así:

-Las mujeres creen que los árabes son potros, ya que ésos son los rumores que han oído.

No diré que la respuesta me haya provocado gran asombro, por la razón que sigue. En todos los países donde he viajado, y por tanto también dentro de las murallas de la Ciudad de la Paz, y en general en cada localidad donde se congregan hombres para formar una sociedad, he comprobado el mismo fenómeno. Primero, que las gentes de un determinado país creen que sus costumbres son correctas, apropiadas y mejores. Segundo, que cualquier forastero, hombre o mujer, es considerado inferior desde todo punto de vista, excepto en cuanto a capacidad procreadora. Así, los turcos consideran a los persas amantes extraordinarios, y ellos a su vez consideran a otros pueblos del mismo modo, y así sucesivamente, siendo las razones aducidas a veces las proporciones de los genitales, a veces la duración del acto posturas especiales.

No puedo afirmar si los nórdicos creen de verdad lo que me dijo Herger, pero puedo asegurar que comprobé el asombro que le producía la cirugía que me habían hecho,[30] según una práctica desconocida para ellos por ser unos paganos sucios. En cuanto a sus hábitos en el acto sexual, las mujeres son ruidosas y entusiastas y exudan tan mal olor que me veía obligado a taparme la nariz mientras duraba el acto. También acostumbran agitarse, y retorcerse, y rasguñar, y morder, de tal manera que el hombre puede ser arrojado de su cabalgadura, según lo expresan los nórdicos. En cuanto a mí se refiere, mis encuentros me proporcionaron más dolor que placer.

Los nórdicos se expresan en los siguientes términos: «Tuve una batalla con esta o aquella mujer», y exhiben con orgullo los cardenales y lastimaduras de sus camaradas como si fueran verdaderas heridas de guerra. En cambio, nunca vi que un hombre hiciera daño a una mujer.

Aquella noche en particular, mientras los guerreros de Buliwyf dormían, yo sentía demasiado temor para beber o reír. Temía el regreso de los wendol. Sin embargo, no volvieron, y por fin me dormí, aunque sólo a ratos.

Al día siguiente no había vientos y todos los súbditos del reino de Rothgar trabajaron con un espíritu de dedicación y temor. Se hablaba en todas partes del Korgon y de la certeza que abrigaban de que atacaría esa noche. Las marcas de las garras sobre mi rostro me dolían, pues se contraían al cicatrizar y me aguijoneaban cada vez que abría la boca para comer o para hablar. También es verdad que mi fervor de guerrero había desaparecido. Volvía a sentir miedo y trabajaba en silencio junto a las mujeres y los ancianos.

[30] Circuncisión.

Librodot

Hacia el mediodía me visitó el noble viejo desdentado con quien había conversado durante el banquete. Me dijo en latín:

-Quiero cambiar unas palabras contigo. -Y me condujo a cierta distancia de los que estaban trabajando en las defensas.

Luego representó la comedia de examinar mis heridas, que en realidad no eran graves, y mientras lo hacía me dijo en latín:

-Tengo una advertencia para tus compañeros. Hay inquietud en el corazón de Rothgar. -¿Por qué razón? -pregunté.

-El heraldo y su propio hijo Wiglif están en pie junto al oído del rey -repuso el viejo noble-. Y también el amigo de Wiglif. Wiglif dice a Rothgar que Buliwyf y su gente traman matar al rey y gobernar el reino.

-Eso no es cierto -dije, aunque no estaba seguro de ello. En honor a la verdad, había reflexionado sobre este punto de cuando en cuando. Buliwyf era joven y lleno de vitalidad y Rothgar, viejo y débil, y si bien las costumbres de los nórdicos son extrañas, en el fondo todos los hombres son iguales.

-El heraldo y Wiglif tienen envidia de Buliwyf -manifestó el viejo noble-. Emponzoñan el aire junto al oído del rey. Te digo esto para que adviertas a los otros que tengan cuidado, por cuanto este asunto es una cuestión digna de un basilisco. -Y agregó que mis heridas eran leves y se alejó.

Al poco, el noble volvió y dijo:

-El amigo de Wiglif es Ragnar. -Y se alejó sin mirar hacia atrás.

Lleno de consternación, me dediqué a cavar y trabajar en las defensas hasta que me encontré junto a Herger. El estado de ánimo de Herger seguía tan sombrío como el día anterior. Me saludó con estas palabras:

-No quiero oír preguntas de tonto.

Repuse que no tenía preguntas y le comuniqué lo que me había contado el viejo noble, no olvidando señalar que era una cuestión digna de un basilisco.[31] Herger frunció el ceño, dijo unas imprecaciones y golpeó el suelo con los pies, diciéndome que le acompañara junto a Buliwyf. Buliwyf estaba dirigiendo los trabajos en el foso situado en el extremo opuesto del fuerte. Herger le llamó y le habló con rapidez en el idioma nórdico, haciendo gestos en dirección a mi persona. Buliwyf frunció el ceño, lanzó imprecaciones, golpeó el suelo con los pies, como lo había hecho Herger, y por fin formuló una pregunta. Herger me dijo:

-Buliwyf pregunta quién es el amigo de Wiglif. ¿Te dijo el viejo quién es el amigo de Wiglif? Respondí que me lo había dicho y que el amigo se llamaba Ragnar. Al oír esto, Herger y Buliwyf conversaron algo más entre ellos y discutieron brevemente. Por fin Buliwyf se marchó y me dejó con Herger.

-Está decidido -dijo éste.

-¿Qué está decidido? -quise saber. -Mantén los dientes apretados -dijo Herger, usando la expresión nórdica que significa no decir palabra.

Volví entonces a mi tarea, sin comprender mucho más de lo que había comprendido antes respecto de este asunto. Una vez reflexioné que los nórdicos eran los hombres más extraños y

[31] Ibn-Fadlan no describe un basilisco, ya que al parecer supone que sus lectores están familiarizados con este ser mitológico que figura en las creencias más antiguas de casi todas las culturas occidentales. También conocido como quimera, el basilisco es una especie de gallo con cola de serpiente y ocho patas y a veces con escamas en lugar de plumas. Lo esencial del basilisco es que su mirada es mortal, como la de la Gorgona. También el veneno del basilisco es mortal. Según algunos relatos, quien hunde su espada en un basilisco verá cómo asciende el veneno por la hoja hasta llegarle a la mano. El hombre se verá entonces obligado a amputarse la mano para salvar su cuerpo.

Es muy probable que sea el sentido de peligro que inspira el basilisco lo que ha dado lugar a su mención aquí. El viejo noble dice a ibn-Fadlan que una confrontación directa con los del complot no resolverá el problema. Un hecho interesante es que una manera de destruir al basilisco era hacer que contemplara su propia imagen en un espejo. Moría a raíz de su propia mirada.

Librodot

contradictorios de la tierra, ya que nunca actúan frente a ningún problema como cabría esperar que actuasen. A pesar de ello seguí trabajando en la construcción de aquellas tontas vallas y aquel foso ridículo. Observé, y esperé.

A la hora de mi plegaria de la tarde observé que Herger había tomado posiciones para trabajar junto a un hombre gigantesco. Ambos siguieron cavando el foso el uno junto al otro, durante un rato y, según pude ver, Herger hacía esfuerzos por salpicar de tierra la cara del joven, una cabeza más alto que él y también más joven.

El joven protestaba y Herger se disculpaba, pero no tardaba en volver a arrojar tierra a su compañero. Herger volvía a disculparse. Por fin el joven se enfureció. Tenía el rostro congestionado. No pasó mucho rato sin que Herger lo salpicara otra vez. El joven escupió y se mostró sumamente enfadado, gritando a Herger. Éste me reprodujo más tarde los términos de la conversación, pero en el momento su significado no me resultó muy claro.

El joven dijo:

-Excavas como los perros. Herger replicó con una pregunta: -¿Me llamas perro?

A esto el joven repuso:

-No, dije que excavas como los perros, arrojando[32] tierra sin cuidado, como un animal. Habló Herger:

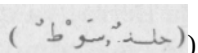
-¿Me llamas animal?

-Equivocas mis palabras -repuso el joven. A lo cual replicó Herger:

-Es verdad, ya que tus palabras son equívocas y pusilánimes como las de una vieja.

-Esta vieja te hará probar la muerte -dijo el joven, desenvainando su espada. Herger sacó la suya, pues el joven no era otro que Ragnar, el amigo de Wiglif, y entonces pude comprender la intención de Buliwyf en este asunto.

---

[32] En la escritura árabe () y en la latina, (verbera) significa azotar o «dar de latigazos», en lugar de «arrojar», como se suele traducir este pasaje comúnmente. Se supone que ibn-Fadlan utilizó la metáfora de «dar de latigazos» con tierra para destacar la ferocidad del insulto, que de todos modos resulta clara. No obstante, puede haber querido transmitir, consciente o inconscientemente, una actitud netamente escandinava frente a los insultos.

Otro autor árabe, al-Tartushi, visitó la ciudad de Hedeby en el año 950 de la Era Cristiana y dijo de los escandinavos: «Son sumamente raros en materia de castigos. Hay sólo tres penas para los delitos. La primera y la más temida es la expulsión de la tribu. La segunda es ser vendido como esclavo y la tercera es la muerte. Las mujeres que cometen delitos son vendidas como esclavas. Los hombres prefieren siempre la muerte. El castigo corporal es desconocido entre los nórdicos. »

Este punto de vista no del todo compartido por Adam de Bremen, un historiador eclesiástico que en 1075 escribió: «Si se comprueba que las mujeres no han sido castas, se las vende inmediatamente, pero si se halla a un hombre culpable de traición o de cualquier otro crimen, prefiere que lo decapiten a que le den azotes. No es conocida entre ellos otra forma de castigo fuera del hacha o la esclavitud.»

El historiador Sjögrën atribuye gran importancia a la afirmación de Adam de que los hombres prefieren ser decapitados a ser azotados. Esto parecería indicar que el castigo de azotes era conocido entre los nórdicos. El mismo historiador agrega más adelante que los azotes eran con toda probabilidad un castigo reservado a los esclavos: «Los esclavos son una propiedad y desde el punto de vista económico resulta poco conveniente matarlos por delitos menores. Sin duda los azotes eran aceptados como forma de castigo para los esclavos. Puede ser, por tanto, que los guerreros hayan considerado este tipo de castigo como degradante por haber estado reservado a los esclavos.» Sjögrën señala asimismo que «todo lo que conocemos acerca de la vida entre los vikingos indica la existencia de una sociedad fundada sobre el concepto de la vergüenza, no de la culpabilidad, que sería el polo de conducta negativo. Los vikingos nunca se sentían culpables por nada, pero defendían su honor con fiereza y evitaban a cualquier precio cometer actos vergonzosos. Someterse al látigo en forma pasiva habría sido considerado muy vergonzoso y mucho peor que la muerte».

Estas especulaciones nos traen una vez más el manuscrito de ibn-Fadlan y su elección de las palabras «azotar con polvo». Por ser el árabe tan meticuloso, cabría preguntar si sus palabras reflejan acaso una actitud islámica. En este sentido debemos recordar que si bien el mundo de ibn-Fadlan se dividía en cosas y actos sucios y limpios, la tierra en sí no era necesariamente sucia. Por el contrario, tayammun, o ablución con polvo o arena, se lleva a cabo siempre que no es posible utilizar agua.

Por ello ibn-Fadlan no podía tener una repugnancia mayor a la tierra que a la propia persona. Se habría sentido, en cambio, mucho más disgustado si se le hubiese invitado a beber de una copa de oro, lo cual estaba estrictamente prohibido.

Librodot

Los nórdicos son sumamente sensibles y quisquillosos en lo que toca a su honor. Entre ellos los duelos son tan frecuentes como el acto de orinar, y son habituales las luchas a muerte. Estos encuentros pueden seguir de inmediato al insulto o bien, cuando se trata de un duelo formal, los contendientes se encuentran en la encrucijada de tres caminos. Fue en estos términos que Ragnar desafió a duelo a Herger.

He aquí la costumbre nórdica: a la hora fijada los amigos y parientes de los duelistas se congregan en el lugar del encuentro y tienden una piel en el suelo, que fijan con cuatro troncos de laurel. El duelo debe librarse sobre la piel, y cada hombre debe mantener un pie o ambos, siempre, sobre ella. De este modo, nunca se apartan demasiado. Los dos combatientes acuden con una espada y cuatro escudos cada uno. Si los tres escudos se les rompen, deberán pelear sin protección y la lucha es a muerte.

Tales eran las reglas, cantadas por la vieja bruja, el ángel de la muerte, junto a la piel estirada, con toda la gente de Buliwyf y la del reino de Rothgar reunida alrededor. Yo estaba allí, un poco atrás, y me maravilló que estas gentes fuesen capaces de olvidar la amenaza del Korgon, que tanto las había aterrorizado antes. A nadie le importaba nada en aquel momento, salvo el duelo.

Éste fue el modo en que se desarrolló el duelo entre Ragnar y Herger. Herger dio el primer golpe, por haber sido el desafiado, y su espada se hundió con gran fuerza en el escudo de Ragnar. Yo mismo temí por Herger, ya que aquel joven era tanto más joven y vigoroso que él, y la verdad es que el primer golpe de Ragnar hizo caer el escudo de manos de Herger y éste tuvo que pedir su segundo escudo.

A partir de entonces la lucha se desenvolvió de forma violenta. En una ocasión observé a Buliwyf, pero su rostro estaba impasible. También observé a Wiglif y al heraldo, en el lado opuesto, quienes miraban con frecuencia a Buliwyf mientras arreciaba la lucha.

El segundo escudo de Herger también se rompió y pidió el tercero y último que le quedaba. Estaba muy fatigado y tenía la cara húmeda y roja por el esfuerzo. El joven Ragnar, en cambio, parecía pelear con facilidad y sin esforzarse.

Al romperse su tercer escudo, la situación de Herger se volvió desesperada, o por lo menos tuvimos tal impresión por un instante. Herger estaba en pie con ambos pies firmemente plantados en el suelo, inclinado y luchando por cobrar aliento, presa de un gran cansancio. Ragnar eligió aquel momento para lanzarse sobre él. Herger le esquivó con la rapidez de un batir de alas de ave y el joven Ragnar hundió su espada en el aire. Herger pasó su propia espada de una mano a la otra, ya que estos nórdicos saben batirse con ambas manos, fuertes por igual. Con gran rapidez Herger se volvió, por fin, y degolló a Ragnar por la espalda con un solo golpe de su espada.

Vi brotar la sangre del cuello de Ragnar y volar la cabeza por encima de la multitud. Vi asimismo con mis propios ojos que la cabeza golpeaba el suelo antes de que el cuerpo lo hiciese a su vez. Herger se apartó unos pasos y pude ver entonces que en realidad el duelo había sido un paseo para él, porque ya no se le veía agitado ni sin aliento, sino que estaba en pie sin señales de fatiga ni de respiración afanosa, sostenía su espada sin esfuerzo y tenía todo el aspecto de ser capaz de matar a una docena de hombres más. Herger había fingido todo lo contrario, para sorprender a su rival. Dirigió entonces una mirada a Wiglif y le dijo:

-Honra a tu amigo. -Con ello quiso referirse al deber de Wiglif de ocuparse del entierro. Cuando nos alejamos del lugar del duelo, Herger me dijo que había fingido para que Wiglif supiese que los hombres de Buliwyf no eran tan sólo guerreros vigorosos y valientes, sino además astutos.

-Esto aumentará su temor -añadió Herger-. No osará hablar contra nosotros. Dudaba yo que tal plan surtiese efecto, pero es verdad que los nórdicos aprecian el 'engaño más que el más taimado de los mercaderes de Hazar y el más mentiroso de los mercaderes de Bahrain, para quienes el engaño es una forma de arte. La inteligencia en la batalla y en los quehaceres propios de los hombres es considerada una virtud mayor que la fuerza bruta en la guerra.

Librodot

Con todo, Herger no estaba contento y advertí que tampoco estaba contento Buliwyf. Al aproximarse la noche comenzaron a formarse bancos de niebla en lo alto de las colinas hacia el interior. Supuse que Herger estaba pensando en Ragnar, que había sido joven, fuerte y valiente y que habría sido útil en la batalla que se aproximaba. Herger me lo confirmó en los siguientes términos: -Un hombre muerto no es útil para nadie.

EL ATAQUE DEL DRAGÓN LUCIÉRNAGA KORGON

Con la caída de la noche la niebla se aproximó como un manto desde las colinas, deslizándose con dedos helados entre los árboles, reptando por los campos verdes en dirección al salón de Hurot y a los guerreros de Buliwyf que la aguardaban. En nuestro extremo no había tregua en el trabajo. De un manantial desviamos el agua para llenar el foso de poca profundidad y entonces comprendí el sentido común del plan, ya que el agua ocultaba los palos afilados y los pozos más hondos, de tal manera que el foso resultaba traicionero para cualquier invasor.

Más lejos, las mujeres de Rothgar acarreaban odres de piel de cabra llenos de agua del pozo y con ella empaparon el cerco, la vivienda y todas las superficies del salón de Hurot. También los guerreros de Buliwyf mojaron sus armaduras con agua del pozo. Era una noche húmeda y fría y, por suponer yo que se trataba de algún rito pagano, me excusé de mojarme como ellos, pero fue inútil. Herger me empapó de la cabeza a los pies como al resto. Diré que lancé gritos ante el contacto del agua fría y exigí que me explicaran aquello.

-El dragón luciérnaga respira fuego -me dijo Herger.

Me ofreció entonces una copa de hidromiel para aliviarme el frío y yo bebí esa copa de hidromiel de un trago, sintiéndome agradecido por ella.

Era una noche de tinieblas y los guerreros de Buliwyf esperaban la llegada del dragón Korgon. Todos los ojos estaban fijos en las colinas perdidas y en la niebla de la noche. Buliwyf recorrió personalmente todas las fortificaciones con su gran espada Runding en una mano y dando palabras de estímulo en voz baja a sus guerreros. Todos esperaban en silencio, salvo uno, el lugarteniente Etchgow. Este Etchgow es un maestro en el manejo del hacha. Había clavado un poste de madera bien resistente a cierta distancia y se dedicaba a practicar el lanzamiento de su hacha de mano contra dicho poste, repitiendo el movimiento sin cesar. Tenía muchas hachas que le habían entregado y llegué a contar cinco o seis sujetas a su ancho cinturón, además de las que tenía en las manos o estaban esparcidas por el suelo a su alrededor.

De manera parecida, Herger estaba controlando y probando su arco y su flecha, como también lo hacía Skeld, ya que estos dos eran los más diestros arqueros entre los guerreros nórdicos. Sus flechas tienen puntas de hierro y son de excelente construcción, con palos muy rectos. En cada aldea cuentan con un hombre que a menudo está lisiado o cojo y que es conocido como el almsmann. Este hombre está encargado de hacer las flechas y también los arcos para los guerreros de la región y por estas alms se le paga con oro, caracoles, o bien, como yo mismo lo he visto, con carne y alimentos.[33]

[33] Este pasaje es, según parece, el origen del comentario hecho en 1860 por el reverendo Noel Harleigh, cuando manifiesta que «entre los vikingos bárbaros la moralidad estaba subvertida de modo tan perverso que su sentido de la limosna se expresaba en el pago hecho a los fabricantes de armas». La gran seguridad, típicamente victoriana, con que se expresa Harleigh superaba sus conocimientos lingüísticos. La palabra nórdica alm significa «olmo», madera flexible de la cual los escandinavos confeccionaban sus arcos y flechas. Es sólo por casualidad que este término tiene otro significado en inglés, es decir, el de «donaciones» de caridad, que en general se considera derivado del griego eleos, compasión

Los arcos de los nórdicos se aproximan en longitud a la de sus propios cuerpos y están hechos de abedul. Los utilizan del siguiente modo: se tira hacia atrás la vara de la flecha hasta que el extremo les toca una oreja, en lugar de un ojo, y en esa postura disparan. El impulso es tal que la flecha puede atravesar el cuerpo de un hombre-sin quedarse clavada en él. Del mismo modo puede atravesar una lámina de madera del grosor del puño de un hombre. Vi con mis propios ojos el poder de estas flechas, y yo mismo intenté utilizar uno de sus arcos, pero comprobé que era difícil hacerlo, ya que era demasiado grande y duro para mí.

Los nórdicos son expertos en todas las formas de la guerra y de la matanza mediante el uso de sus diversas armas. Hablan de las líneas de batalla, que no tienen referencia alguna con la disposición de los soldados en el campo de batalla. Para ellos todo reside en el combate cuerpo a cuerpo con el hombre que es su enemigo. Las dos líneas de batalla se diferencian en cuanto a las armas utilizadas. La espada de hoja ancha, esgrimida siempre describiendo un amplio arco y nunca para hundirla, es descrita en la siguiente expresión: «La espada busca la línea del ancho», lo cual significa para ellos el cuello y, por tanto, la decapitación. Para la lanza, la flecha, el hacha de mano, la daga y otras armas usadas para hundir en el cuerpo, se expresan así: «Estas armas buscan la línea gorda.»[34] Con estas palabras aluden a la parte central del cuerpo, entre la cabeza y la ingle. Cualquier herida en esta parte central significa para ellos la muerte segura de su enemigo. Creen, asimismo, que es más eficaz atacar el abdomen, por ser blando, que el pecho o la cabeza.

Buliwyf y sus hombres habían mantenido una estrecha vigilancia aquella noche, encontrándome yo entre esta guardia. Me provocó una gran fatiga y muy pronto me sentí tan agotado como si hubiese librado una batalla, a pesar de no haberse registrado ninguna. Los nórdicos no estaban fatigados, sino, por el contrario, sumamente alertas. Es verdad que son los seres más vigilantes del mundo y que siempre están preparados para afrontar cualquier batalla o peligro. No hallan nada fatigoso en esta actitud de alerta, que para ellos resulta natural desde que nacen. En todo momento se muestran prudentes y vigilantes.

Al cabo de un rato dormí y Herger me despertó con brusquedad y de la siguiente manera: sentí un golpe seco y el silbido del aire encima de mi cabeza, y al abrir los ojos vi una flecha que se estremecía clavada a medias en la madera y a la distancia de un pelo de mi propia nariz. La había disparado Herger, y al ver mi sobresalto, él y el resto estallaron en grandes risotadas.

-Si duermes, perderás la batalla -me dijo. Le di como respuesta que ello no me resultaría muy duro, según lo que yo pensaba al respecto. Herger retiró su flecha y al ver que yo estaba ofendido por su broma, se sentó a mi lado y me habló en términos muy amistosos. Aquella

[34] *Línea adeps:* literalmente la «línea gorda». Si bien la precisión anatómica del pasaje nunca ha sido cuestionada por hombres de armas en los mil años transcurridos desde entonces, por ser la línea de mayor perímetro del cuerpo el punto donde se hallan los nervios y vasos más vitales, el origen preciso del término es más bien misterioso. En este sentido resulta de interés señalar que una de las sagas islándicas menciona a un guerrero herido en 1030 que se extrae una flecha del pecho y ve trozos de carne adheridos a ella. Comenta entonces que todavía tiene «gordura» alrededor del corazón. La mayoría de los especialistas concuerdan en que se trata de un comentario irónico de un guerrero que sabe que su herida es mortal. Esto tiene sentido desde el punto de vista anatómico.

En 1874 el historiador norteamericano Robert Miller se refirió a este pasaje de ibn-Fadlan al afirmar: «Aunque eran guerreros feroces, los vikingos tenían pocas nociones de la fisonomía. Se instruía a los hombres que buscaran la línea vertical y central del cuerpo del contrincante, pero al hacer esto, como es natural, no alcanzaban el corazón, por estar situado en el sector izquierdo del pecho.»

El poco conocimiento debe atribuirse más bien a Miller Y no a los vikingos. Durante varios siglos el común de los hombres de Occidente ha supuesto que el corazón se encuentra situado en el sector izquierdo del pecho. Los norteamericanos se colocan la mano sobre el corazón cuando juran lealtad a su bandera. Existe una tradición folklórica que data de largo tiempo, según la cual muchos soldados han escapado a la muerte por haber llevado en el bolsillo superior izquierdo una Biblia que interceptó la bala fatal, o bien variaciones sobre este tema. En realidad, el corazón es un órgano central que se extiende en grado diverso hacia el sector izquierdo del pecho. Una herida inferida allí, pues, siempre perforará el corazón.

Librodot

noche Herger estaba muy dado a hacer chistes y reír. Compartió conmigo una copa de hidromiel y a continuación dijo:

-Skeld está hechizado. -Y se echó a reír. Skeld no estaba lejos y Herger habló en voz alta, lo cual me hizo comprender que la intención era que Skeld nos oyese. Con todo, Herger estaba hablando en latín, idioma incomprensible para Skeld. Había, pues, en todo ello alguna otra razón que yo no conocía. Entretanto, Skeld afilaba las puntas de sus flechas y aguardaba la batalla. Dije entonces a Herger:

-¿En qué sentido está hechizado?

-Si no está hechizado -repuso Herger-, puede que esté volviéndose árabe, porque se lava la ropa interior y también el cuerpo todos los días. ¿No lo has observado tú mismo?

Volví a responder que no lo había observado, a lo cual Herger replicó:

-¿Qué ves, entonces?

Rióse mucho por su propio ingenio, el cual yo no compartía ni fingía que compartía, ya que no sentía ganas de reír. Herger dijo entonces:

-Vosotros los árabes sois demasiado melancólicos. Todo el tiempo os quejáis. Nada es digno de risa para vosotros.

Le dije que estaba equivocado. Herger me desafió entonces a que le refiriera una historia humorística y yo le conté la del sermón de un predicador famoso. Creo que es bien conocida. Un famoso predicador está en el púlpito de su mezquita y todos a su alrededor, hombres y mujeres, se han congregado para escuchar sus nobles palabras. Un hombre, Hamid, se pone una túnica y un velo y se coloca entre las mujeres. El famoso predicador dice:

«Según la costumbre del Islam, conviene que nadie se deje crecer demasiado largo el pelo pubiano, se trate de hombres o de mujeres.» Alguien pregunta:

«¿Qué se considera largo, noble predicador?» Todos conocen la historia. Es muy grosera. El predicador responde:

«No debe crecer más alto que la cebada.» La mujer palpa debajo de las ropas de Hamid para tocar su vello pubiano y al hacerlo toca el órgano. Sorprendida, deja escapar un grito. Al oírla, el predicador se siente muy complacido y dice al auditorio:

«Todos deberíais aprender a escuchar un sermón como lo ha hecho esta mujer, pues podéis ver cómo le tocó el corazón.»

Y la mujer, sorprendida aún, responde así: «No me tocó el corazón, noble predicador. Me tocó la mano.»

Herger escuchó mis palabras con el rostro impasible. No rió ni sonrió en ningún momento. Cuando terminé de hablar, me preguntó:

-¿Qué es un predicador?

Le acusé de ser un nórdico estúpido que no conoce nada de la gran amplitud del mundo. Al oír esto, él rió, a pesar de que no había reído al oír mi anécdota.

En aquel momento Skeld lanzó un grito y todos los guerreros de Buliwyf, yo entre ellos, nos volvimos para mirar hacia las colinas, detrás del manto de niebla. He aquí lo que vi: muy alto en el aire brillaba un punto de luz intensa, como una estrella reluciente a gran distancia. Todos los guerreros lo vieron y se oyeron murmullos y exclamaciones entre ellos.

Pronto apareció otro punto de luz, y luego otro, y otro. Conté una docena de ellos antes de dejar de contar. Estos puntos de fuego intenso aparecían en una línea que se ondulaba como una serpiente, o como el cuerpo ondulante de un dragón.

-Prepárate -me dijo Herger, añadiendo el dicho común entre los nórdicos-: Suerte en la batalla.

Repetí el mismo voto para él antes que se alejara.

Los puntos relucientes estaban todavía distantes, pero se aproximaban. Oí, entonces, un ruido que tomé por ruido de truenos. Era un rumor profundo y lejano que se intensificaba en la atmósfera brumosa, como ocurre siempre cuando hay niebla. Es la pura verdad, en efecto, que cuando hay niebla el susurro de un hombre puede ser oído a una distancia de cien pasos con tanta claridad como si estuviera susurrando a nuestro oído.

Librodot

Me puse alerta, escuchando. Todos los guerreros de Buliwyf tomaron sus armas y quedaron en la misma actitud, observando y aguardando mientras el dragón luciérnaga de Korgon se aproximaba hacia nosotros con truenos y fuego. Cada punto reluciente se agrandó y adquirió un maligno color rojo que parpadeaba y titilaba. El cuerpo del dragón era largo y brillante, de aspecto horroroso, pero yo no sentía miedo, ya que esta vez había decidido que éstos eran jinetes con antorchas, lo cual resultó exacto.

Muy pronto, pues, surgieron entre la niebla los hombres a caballo, sombras negras con antorchas, cabalgaduras negras que relinchaban y cargaban hasta que se inició la batalla. Inmediatamente, el aire de la noche se llenó de gritos y alaridos terribles de dolor, ya que la primera carga había caído en el foso y muchos caballos despidieron a sus jinetes, cuyas antorchas se apagaron, chisporroteando en el agua. Otros caballos intentaron salvar el foso, sólo para quedar atravesados en los postes afilados. Una sección del cerco se incendió, los guerreros corrían en todas direcciones.

Vi entonces a uno de los caballeros cabalgar a través del cerco en llamas y por primera vez pude ver con claridad a un wendol. Y lo que vi fue lo siguiente: sobre el caballo negro montaba una figura humana vestida de negro, pero su cabeza era la de un oso. Sentí momentáneamente un miedo terrible y temí que este miedo me provocara la muerte, ya que nunca había visto una visión tan de pesadilla. No obstante, en aquel mismo instante el hacha de mano de Etchgow se enterró profundamente en la espalda del jinete, el cual fue derribado y cayó. La cabeza de oso se separó entonces de su tronco, y vi que debajo había la cabeza de un hombre.

Con la velocidad del rayo, Etchgow saltó sobre el hombre caído y le apuñaló sobre el pecho, y volviendo el cadáver le retiró el hacha de la espalda y se alejó corriendo a incorporarse a la batalla. También yo me uní a ella, porque el golpe de una lanza me hizo perder el equilibrio. Había ya muchos caballeros dentro del cerco, con sus antorchas ardientes. Algunos tenían cabeza de oso y otros no. Cuando rodearon la fortaleza trataron de incendiar el gran recinto de Hurot. Tanto Buliwyf como sus hombres lucharon con bravura para impedirlo.

Pude incorporarme en el momento en que uno de estos monstruos de la niebla se abalanzaba sobre mí con su cabalgadura. Juro que hice lo siguiente: me planté con firmeza y esgrimí mi lanza y creí que el choque con el animal me destrozaría. Sin embargo, mi lanza atravesó el cuerpo Jel jinete, quien dio un alarido horrible, aunque no cayó del caballo sino que prosiguió su carrera. Por mi parte, caí de bruces, sin aliento, pero no estaba en verdad herido, sino sólo magullado.

En el curso de esta batalla, Herger y Skeld dispararon sus numerosas flechas y el aire silbaba al paso de ellas y lograron muchos impactos. Vi una Flecha de Skeld hundirse en el cuello de un jinete y quedar allí. Vi luego cómo Skeld y Herger atravesaban el pecho de otro, y fue tal la rapidez con que ambos volvieron a sacar flechas y a tensar sus arcos, que este mismo jinete no tardó en tener cuatro flechas hundidas en el pecho. Los gritos que daba mientras seguía cabalgando eran terribles.

Me enteré, sin embargo, de que esta hazaña era considerada como una lucha de muy mala calidad por parte de Herger y Skeld, porque los nórdicos creen que no hay nada sagrado en un animal. Para ellos, pues, el uso principal de las flechas es matar a los caballos con el fin de derribar al jinete. Acerca de esto dicen: «Un hombre derribado de su cabalgadura es sólo medio hombre y dos veces más susceptible de ser muerto.» Por ello es que actúan sin vacilar.[35]

Luego vi esto: un jinete llegó al galope dentro de la empalizada, se inclinó muy bajo sobre su cabalgadura y recogió el cuerpo del monstruo muerto por Etchgow y echándolo sobre el

[35] Según la ley divina, los musulmanes creen que «El Mensajero de Dios ha prohibido toda crueldad para con los animales». Esto se extiende a aspectos tan cotidianos como el mandamiento de descargar con rapidez a las bestias para que no sufran indebidamente su carga. Además, los árabes se vanagloriaron siempre de criar y domesticar caballos. Los escandinavos no abrigaban sentimientos especiales hacia los animales. Casi todos los observadores árabes han comentado su falta de afecto por los caballos.

Librodot

pescuezo del animal se alejó, puesto que, como he señalado ya, estos monstruos de la niebla nunca dejan sus muertos para que los hallen cuando llega el día.

La batalla arreció largo tiempo a la luz del violento incendio que atravesaba la niebla con su resplandor. Vi a Herger empeñado en combate mortal con uno de los demonios. Tomé entonces otra lanza y la clavé muy hondo en la espalda del hombre. Herger, bañado en sangre, levantó un brazo en señal de gratitud y volvió al combate. En aquel instante me sentí muy orgulloso.

Después intenté recobrar mi lanza, pero mientras lo hacía me derribó un jinete al pasar sobre mí, y desde aquel momento debo decir que no recuerdo mucho. Vi que estaba ardiendo una de las viviendas de los nobles de Rothgar con llamas que escupían y lamían los muros, pero que el recinto humedecido de Hurot estaba todavía en pie, y me alegré de ello como si yo mismo fuera un nórdico. Éstos fueron los últimos pensamientos que recuerdo.

Amanecía cuando me despertó una especie de baño suave sobre la piel del rostro y me agradó aquella especie de caricia húmeda. No tardé en percibir que era objeto de los cuidados de un perro que me lamía. Me sentí como si hubiese sido un borracho sin sentido, sumamente mortificado, como cabe imaginar.[36]

Vi en aquel momento que estaba tendido en el foso, en el cual el agua estaba teñida de sangre. Me levanté y recorrí el campamento humeante, frente a numerosas escenas de muerte y destrucción. Vi que la tierra estaba empapada en sangre, como si hubiera llovido, y con grandes charcos. Vi los cuerpos de nobles muertos y también de mujeres y niños. Vi, después, tres o cuatro cuerpos que estaban chamuscados o quemados por el fuego. Todos estos cuerpos estaban diseminados en el suelo y me vi obligado a caminar sin apartar los ojos del suelo para evitar pisarlos, tantos de ellos había.

De las obras de defensa, buena parte del cerco de postes había sido quemado. En otros sectores había caballos atravesados y ya fríos. Aquí y allá se veían antorchas. No vi a ningún guerrero de Buliwyf.

No llegaban tampoco lamentos o quejas del reino de Rothgar, ya que los nórdicos no lloran la muerte. Por el contrario, reinaba un silencio inusitado. Oí cantar a un gallo y ladrar a un perro, pero no oí voz humana alguna en el exterior.

Entré entonces en el gran salón de Hurot y encontré allí dos cuerpos colocados sobre juncos con sus cascos sobre el pecho. Uno era el de Skeld, noble de Buliwyf, y otro el de Helfdane, que había sufrido heridas y ahora estaba frío y pálido. Los dos estaban muertos. Estaba también Rethel, el más joven de los guerreros, sentado muy erguido en un rincón y atendido por las esclavas. Rethel había sufrido heridas con anterioridad, pero tenía una nueva herida en el estómago que sangraba copiosamente. Sin duda, le dolía mucho, aunque él se mostraba alegre y sonreía y cambiaba chanzas con las esclavas, además de complacerse en

[36] La mayoría de los primeros traductores del manuscrito de Ibn-Fadlan eran cristianos que desconocían la cultura árabe y su interpretación de este pasaje refleja su ignorancia. En una traducción muy libre el italiano Lacalla, en 1847, dice: «Por la mañana desperté de mi sopor de ebrio como un perro cualquiera y me sentí sumamente avergonzado de mi condición.» Skovmand, en su comentario de 1919, decide sin vacilaciones que «no cabe dar crédito a las historias de Ibn-Fadlan, ya que estaba ebrio durante las batallas, cosa que él mismo admite». Con mayor caridad, Du Chatellier, vikingófilo confirmado, dijo en 1908: «El árabe muy pronto se contagió de la ebriedad de la batalla que es la esencia misma del espíritu heroico de los nórdicos.»

Debo manifestar mi gratitud a Massud Fassan, erudito sufí, por haber aclarado la alusión hecha por Ibn-Fadlan en este pasaje. En realidad, está comparándose a un personaje de una anécdota jocosa árabe muy antigua:

Un ebrio cae sobre un charco de sus propios vómitos a un lado del camino. Llega un perro y empieza a lamerle la cara. El ebrio supone que alguien de buen corazón está limpiándole la cara y dice, agradecido: «Que Alá haga obedientes a tus hijos.» El perro levanta entonces una pata y orina sobre el ebrio, quien responde: «Y que Dios te bendiga, hermano, por haberme traído agua tibia para lavarme la cara.»

Para los árabes, la anécdota encierra la recomendación habitual contra la ebriedad y la sutil advertencia de que el alcohol es khmer, o inmundicia, como la orina.

Ibn-Fadlan pretendía, según es probable, que sus lectores supusieran que no estaba alguna vez ebrio, sino más bien que tuvo la suerte de evitar que el perro orinara sobre él, así como antes escapó a la muerte en la batalla. Se trata de una nueva alusión al hecho de haberse salvado por muy poco.

pellizcarles el pecho y las nalgas. Por su parte, las esclavas le reprendían porque las distraía y les impedía vendarle las heridas.

He aquí la manera de tratar las heridas, según sea su tipo. Si un guerrero está herido en una extremidad, sea el brazo o la pierna, se le ata una ligadura y se colocan paños hervidos en agua sobre la herida para cubrirla. Me dijeron, asimismo, que se suele colocar telaraña o vellones de lana sobre la herida para espesar la sangre e impedir que fluya. Esto no lo vi en ninguna oportunidad.

Si un guerrero es herido en la cabeza o en el cuello, se le baña la herida hasta limpiarla y luego las esclavas la examinan. Si la carne está desgarrada, pero los huesos blancos intactos, dicen de este género de herida: «No tiene importancia.» Si, en cambio, los huesos están fracturados o separados de algún otro modo, dicen: «Se le escapa la vida y pronto se le escapará del todo.»

Si un guerrero es herido en el pecho, le palpan las manos y los pies, y si los tiene tibios, dicen de tal herida «no tiene importancia». En cambio, si este guerrero tose o vomita sangre, dicen: «Habla con sangre», y consideran esto de suma gravedad. Un hombre puede morir de este mal de hablar con sangre, o bien no morir, según sea su destino.

Si un guerrero es herido en el estómago, se le alimenta con una sopa de cebollas y hierbas. Luego las mujeres le olisquean las heridas, y si huelen a cebolla, dicen: «Tiene la enfermedad de la cebolla», y saben que morirá.

Vi con mis propios ojos a mujeres preparar una sopa de cebollas para Rethel, quien tomó una buena ración. Las mujeres le olisquearon las heridas y olisquearon el olor de la cebolla. Al ver esto, Rethel rió a carcajadas y dijo algún chiste espontáneo, pidiendo luego hidromiel, que le sirvieron. No mostraba el menor signo de preocupación.

Buliwyf, el jefe, y todos sus guerreros se congregaron en seguida en otro punto del gran salón. Me uní al grupo, pero nadie me saludó; Herger, a quien había salvado la vida, no reparó en mí, ya que los guerreros estaban absortos en una conversación solemne. Había aprendido algo de la lengua nórdica, pero no lo suficiente como para seguir aquellas palabras pronunciadas en voz baja y con rapidez, en vista de lo cual me alejé y bebí un poco de hidromiel mientras tenía conciencia de mis males físicos. Al poco se acercó una esclava a lavarme las heridas. Eran un corte en la pantorrilla y otro en el pecho. Por mi parte no había sentido mucho dolor en estas heridas hasta que la mujer me las lavó.

Los nórdicos bañan las heridas con agua de mar, por creer que posee mayores propiedades curativas que el agua dulce. Estos lavados con agua salada no son muy agradables para la parte herida. La verdad es que gemí, y, al oírme, Rethel echó a reír y dijo a una de las esclavas:

-Sigue siendo un árabe.

He de admitir que me sentí avergonzado. También acostumbran los nórdicos bañar las heridas con orina de vaca caliente. Me negué a que lo hicieran cuando me ofrecieron este tratamiento.

Consideran la orina de vaca una sustancia excelente y la conservan en recipientes de madera. Por lo general, la hierven hasta que se concentra y su olor hace arder las fosas nasales. A continuación emplean este líquido vil para el lavado, especialmente de las prendas ásperas de color blanco.[37]

Me contaron, asimismo, que en una u otra época los nórdicos pueden emprender largos viajes por mar y no contar con reservas de agua dulce, en cuyo caso cada hombre bebe su propia orina y puede sobrevivir de esta manera hasta llegar a tierra firme. Me contaron esto, pero nunca lo vi, gracias a Alá.

En aquel momento se me acercó Herger, por haber terminado la conferencia entre los guerreros. La esclava que me atendía me había hecho arder las heridas en forma atroz. A pesar de ello estaba decidido a observar la actitud alegre de cualquier nórdico. Dije, pues, a Herger:

[37] La orina es una fuente de amoníaco, excelente compuesto para limpiar.

Librodot

-¿Qué tontería debemos hacer próximamente?

Herger observó mis heridas y dijo: -Puedes cabalgar sin dificultad.

Pregunté entonces adónde iríamos, y la verdad es que inmediatamente perdí toda mi alegría, ya que me sentía muy fatigado y sin fuerzas para nada, salvo descansar. Herger repuso:

-Esta noche el dragón luciérnaga volverá a atacarnos. Desgraciadamente, estamos muy débiles y nuestro número ha sido diezmado. Nuestras defensas han resultado quemadas o destruidas. El dragón luciérnaga nos matará a todos.

Dijo estas palabras con calma. Lo advertí y le dije:

-¿Adónde iremos a caballo, entonces? -Se me ocurría que a causa de sus fuertes bajas, Buliwyf y sus hombres contemplaban la posibilidad de abandonar el reino de Rothgar. No me oponía a ese proyecto.

-El lobo que permanece en su guarida -dijo Herger- nunca consigue alimento, como tampoco obtiene la victoria el hombre que duerme.

Es éste un proverbio nórdico y por él inferí que el plan era otro. Saldríamos a atacar a los monstruos de la niebla, usando nuestros caballos, en sus propias guaridas en las montañas o en las colinas. De bastante mala gana pregunté a Herger cuándo tendría lugar esto, y él me dijo que hacia mediodía.

En aquel momento vi entrar en el salón a un niño que llevaba en las manos un objeto de piedra que fue examinado por Herger. Era una de esas tallas decapitadas de una mujer encinta, hinchada y fea. Herger lanzó una imprecación y dejó caer la talla de sus manos temblorosas. Llamó a la esclava, quien tomó la talla y la arrojó al fuego, donde el calor de las llamas hizo que se rajara y rompiera en pedazos. En seguida estos fragmentos fueron arrojados al mar, o por lo menos así me lo dijo Herger.

Pregunté qué significaba la talla y Herger me dijo:

-Es la imagen de los que se comen a los muertos, de la que preside sus festines y dirige sus comilonas.

Vi entonces que Buliwyf, que estaba en pie en el centro del gran salón, contemplaba el brazo de uno de los demonios, colgado aún de las vigas. Miró luego los cuerpos de sus dos camaradas muertos y luego a Rethel, ya moribundo, y al hacerlo se encorvó y hundió el mentón en el pecho. Por fin pasó junto a ellos y salió por la puerta, y vi que se colocaba la armadura, tomaba su espada y se preparaba una vez más para la batalla.

EL PÁRAMO DEL TERROR

Buliwyf pidió siete caballos robustos, y en las primeras horas del día salimos cabalgando del gran salón de Rothgar en dirección a la llanura y a las colinas detrás de ella. Nos acompañaban cuatro galgos de color blanco puro, grandes animales que yo juzgaría más cerca de los lobos que de los perros, por ser tanta su fiereza. Era ésta toda nuestra fuerza de ataque, hecho que me llevó a considerar la empresa como un débil gesto contra tan poderoso enemigo, a pesar de que los nórdicos tienen mucha fe en el elemento sorpresa y en el ataque astuto. Además, según sus propios cálculos, cada uno de ellos equivalía en valor a tres o cuatro enemigos.

No estaba yo dispuesto a embarcarme en una nueva aventura bélica y me sorprendió sobremanera que los nórdicos no se hicieran eco de tal punto de vista, que surgía, sin duda, de la fatiga que me invadía.

Respecto de ello, Herger manifestó: -Siempre es así, ahora y en Valhalla. -Su idea del cielo.

En este cielo que ellos imaginan como un gran salón, los guerreros libran combate desde la mañana hasta el atardecer.

Entonces los muertos resucitan, todos comparten un festín durante la noche con infinita cantidad de comida y de bebida, y al día siguiente vuelven a batirse. Y aquellos que mueren resucitan y hay otro festín. Tal es la naturaleza de su cielo por toda la eternidad.[38]

Determinó la dirección de nuestra marcha el reguero de sangre dejado durante la noche por los jinetes en retirada. Abrían la marcha los galgos, que corrían siguiendo este rastro de sangre. En una ocasión nos detuvimos en la llanura para recoger un arma dejada por los demonios durante su trayecto. He aquí la naturaleza del arma: era un hacha de mano con un mango de madera y una hoja de piedra afilada y fijada al mango por medio de lazos de cuero. Los bordes eran sumamente afilados y la hoja había sido tallada con destreza, como si esta piedra fuera una joya femenina destinada a satisfacer la vanidad de una dama noble. Hasta este punto llegaba la calidad de la artesanía y era un arma formidable por el filo de su borde. Nunca he visto un objeto semejante en ninguna otra parte del mundo. Me dijo Herger que los wendol hacían sus armas y utensilios de esta piedra, o por lo menos así lo creían los nórdicos.

Seguimos avanzando a buen paso, precedidos siempre por los ruidosos galgos cuyos ladridos animaban algo. Por fin llegamos a las colinas. Nos internamos en ellas sin vacilar o titubear, cada uno de los guerreros de Buliwyf empeñado en su propósito, todos nosotros un grupo de hombres silenciosos y con el rostro lleno de determinación. También reflejaban algo de temor, pero ninguno de los hombres se detuvo ni vaciló, sino que prosiguió la marcha a caballo.

Hacía ya mucho frío en las colinas, en los bosques de árboles de color verde oscuro, y el viento helado soplaba entre nuestras ropas. Veíamos además el hálito de la respiración de nuestras cabalgaduras y de nuestros perros, semejantes a penachos blancos. A pesar de todo, seguíamos avanzando. Después de un trayecto que se prolongó hasta mediodía, nos encontramos en un paisaje distinto. Había allí una meseta o páramo con maleza áspera, una región desolada que se parecía a un desierto, aunque no era arenoso o seco sino húmedo y anegado, y sobre esta tierra se extendía una ligerísima niebla. Los nórdicos llaman a esta región el páramo del terror.

Vi entonces con mis propios ojos que esta niebla estaba esparcida sobre la tierra en pequeñas bolsas o manchas, como nubes diminutas sentadas sobre la superficie. En un sector el aire está despejado. En otro, en cambio, se veían manchas de niebla junto a la tierra, que llegaban hasta las rodillas de los caballos, y en lugares como éstos perdíamos de vista a los perros, que quedaban envueltos en la niebla. Momentos más tarde ésta se disipaba y nos encontrábamos otra vez en un espacio abierto. Tal es el paisaje en el páramo.

Encontré notable este espectáculo, aunque los nórdicos no veían en él nada especial. Comentaron que la región tiene muchos lagos de agua amarga y también aguas surgentes a alta temperatura, que proviene de grietas en la tierra. En estos puntos se concentran nieblas aisladas que permanecen día y noche. Llaman a esto la región de los lagos hirvientes.

El terreno resulta difícil para las cabalgaduras y tuvimos que avanzar con mayor lentitud. Los perros corrían más despacio y observé que ladraban con menos energía. Muy pronto el aspecto del grupo había cambiado, y de un galope con perros bulliciosos al frente, pasamos a una marcha lenta, precedida por perros silenciosos que nos conducían de mala gana e incluso retrocedían y llegaban a meterse entre las patas de los caballos, lo cual creaba dificultades de vez en cuando. Hacía aún mucho frío, mucho más, diré, y aquí y allá vi pequeñas manchas de nieve en el suelo, si bien estábamos, según mis cálculos, en verano.

[38] Algunas autoridades en mitología señalan que los escandinavos no crearon este concepto de la batalla eterna, sino que se trata más bien de una idea celta. Cualquiera sea la verdad, es del todo razonable que los compañeros de ibn-Fadlan lo hayan adoptado, ya que los escandinavos de la época mantenían contacto con los celtas desde hacía más de ciento cincuenta años.

Librodot

Avanzamos un buen trecho a este paso lento y me pregunté si nos extraviaríamos y nunca más encontraríamos el camino de regreso a través de ese páramo Sin embargo, en un lugar determinado los perros se detuvieron. No había diferencias en el terreno, ni tampoco rastros de objetos en el suelo, pero los perros se detuvieron como si hubiesen llegado a una valla u obstáculo palpable. El grupo se detuvo allí, y todos miramos en una y otra dirección. No había viento ni se oía ningún ruido, ni siquiera el de aves o animales vivos, sólo silencio.

-Estamos en la tierra de los wendol -dijo Buliwyf, los guerreros dieron unas palmadas a sus cabalgaduras en el pescuezo para animarlas, ya que los animales se mostraban aprensivos y nerviosos en esta región. También estaban nerviosos sus jinetes. Buliwyf tenía los labios apretados. Las manos de Etchgow temblaban al aferrar las riendas. Herger estaba sumamente pálido y miraba con ojos inquietos en una y otra dirección. También miraban inquietos los demás.

Los nórdicos suelen decir: «El miedo tiene la boca blanca», y pude comprobar en aquel momento que era verdad, pues todos tenían pálido alrededor de los labios y la boca. Nadie habló, no obstante, de su temor.

Dejamos atrás los perros y seguimos cabalgando sobre un terreno más nevado, en el que la nieve era ligera y crujiente, hasta que nos internamos en una niebla más espesa. Nadie hablaba, salvo para dirigirse a los caballos. Con cada paso que dábamos resultaba más difícil hacer moverse a los animales. Los guerreros optaron entonces por instarlos a seguir mediante susurros o bien clavándoles los talones en los lomos. Pronto vimos siluetas borrosas en medio de la niebla y nos aproximamos con cautela. Vi entonces con mis propios ojos lo siguiente: sobre ambos lados del sendero y ensartados muy alto sobre gruesos postes estaban los cráneos de animales enormes con las fauces abiertas como para atacar. Proseguimos y vi que eran cráneos de osos gigantescos, venerados por los wendol. Herger me dijo que los cráneos de osos protegen las fronteras de la tierra de los wendol.

Seguidamente avistamos otro obstáculo, gris, lejano y grande. Se trataba de una roca gigantesca que llegaba a la altura de nuestras monturas y estaba tallada en forma de mujer encinta, con abdomen y pechos hinchados, pero sin cabeza, brazos ni piernas. Esta roca estaba salpicada por la sangre de algún sacrificio reciente. En realidad, estaba cubierta de regueros de sangre y era muy desagradable mirarla.

Nadie del grupo hizo comentario alguno sobre lo visto. Avanzamos al mismo paso. Los guerreros sacaron sus espadas y las esgrimieron, listas para defenderse. Mencionaré en este punto una cualidad de los nórdicos, la de que previamente mostraron temor, pero una vez llegados a la tierra de los wendol, próximos a la fuente de sus temores, su propia aprensión se disipó. Así es como parecen hacerlo todo al revés y de un modo desconcertante, ya que en aquel momento parecían estar del todo serenos. Sólo los caballos resultaban cada vez más difíciles de manejar.

Olí entonces el olor a carroña percibido con anterioridad en el gran salón de Rothgar. Al volver a sentirlo, `me invadió una ola de miedo. Herger se aproximó con su cabalgadura y me preguntó: -¿Cómo te sientes?

Incapaz de dominar mis sentimientos, repuse:

-Tengo miedo.

Herger replicó:

-Es porque piensas en lo que habrá de venir e imaginas cosas terribles, capaces de helarle la sangre a cualquier hombre. No pienses en el futuro y consuélate sabiendo que nadie vive eternamente.

Reconocí la verdad de sus palabras.

-En nuestra sociedad -dije- tenemos el siguiente dicho: «Gracias a Alá, que en su gran sabiduría colocó a la muerte al final de la vida y no el principio. »

Herger soltó una risotada.

-En medio del temor, hasta los árabes dicen a verdad -dijo, y se alejó a repetir mis palabras a Buliwyf, quien rió a su vez. En aquel momento

Librodot

los guerreros de Buliwyf acogieron de buena gana el chiste.

Llegamos poco después a una colina y, una vez en la cima, hicimos un alto y contemplamos el campamento de los wendol. He aquí cómo apareció debajo de nosotros, pues lo vi con mis propios ojos. Había un valle y en el valle un círculo de chozas primitivas de barro y de paja, de construcción tan rudimentaria como las que podría erigir un niño.

En el centro había una gran hoguera que ardía aún. No había caballos, ni animales, no había movimiento ni señales de vida de ninguna clase. Pudimos apreciar este hecho a través de los huecos entre la niebla.

Buliwyf desmontó, seguido por sus guerreros y por mí.

A decir verdad, me palpitaba el corazón con tanta violencia al contemplar desde arriba el salvaje campamento de los demonios, que sentí que me ahogaba. Hablamos todos en susurros.

-¿Por qué no hay actividad? -pregunté. -Los wendol son animales nocturnos como las lechuzas y los murciélagos -repuso Herger-, y duermen durante las horas del día. Están durmiendo, pues, en este momento, lo cual aprovecharemos para caer sobre ellos y matarlos en medio de sus sueños.

-Somos muy pocos -dije. Había visto gran cantidad de chozas abajo.

-Somos bastantes -replicó Herger, y me dio un trago de hidromiel, que bebí con gratitud mientras alababa a Alá por no haberlo prohibido

ni aun hallarlo reprobable.[39] En este punto hallaba que mi lengua acogía de forma hospitalaria aquella sustancia que antes había considerado vil. Es así como las cosas extrañas dejan de serlo a raíz de la repetición. Del mismo modo, no reparaba tampoco en el hedor repugnante de los wendol, por haberlo olido durante mucho tiempo y haber dejado de advertirlo.

La gente del norte es sumamente peculiar en cuanto se refiere a los olores. No son gente limpia, como he dicho ya, y comen toda clase de alimentos y líquidos viles. Sin embargo, es también verdad que valoran la nariz por encima de todas las partes del cuerpo. En la batalla, la pérdida de una oreja no tiene mucha importancia, como no la tiene la de un dedo de la mano o del pie, aunque la tiene algo más la de una mano. Soportan estas cicatrices o pérdidas con gran indiferencia. En cambio, consideran la pérdida de la nariz como la pérdida de la vida misma, y ello se aplica aun a la pérdida de parte de la punta carnosa, que otra gente consideraría como de menor importancia.

La fractura de los huesos de la nariz en la batalla o bien por golpes es grave para ellos, y muchos tienen narices torcidas por esa causa. No conozco, en cambio, el origen de su temor por la pérdida de la nariz.[40]

Recobradas las fuerzas, los guerreros de Buliwyf y yo entre ellos dejamos nuestros caballos en la colina, pero no fue posible dejarlos solos, pues estaban muy asustados. Uno de nuestro grupo debía quedar junto a ellos y yo abrigué la esperanza de que me elegirían a mí. Sin embargo, fue Haltaf quien quedó, por estar herido y ser de poca utilidad. El resto descendimos, pues, con gran sigilo entre los escasos matorrales y los arbustos marchitos, cuesta abajo en dirección al campamento de los wendol. Nos movimos con gran cautela y

[39] La prohibición islámica del alcohol se refiere exclusivamente al fruto fermentado de la vid, es decir, el vino. Las bebidas fermentadas de la miel están permitidas a los musulmanes.

[40] La explicación psiquiátrica habitual de tales temores en cuanto a la pérdida de partes del cuerpo es que expresan el temor a la castración. En un estudio realizado en 1937, «Deformaciones de la imagen del cuerpo en las sociedades primitivas», Engelhardt observa que muchas culturas son explícitas al respecto. Por ejemplo, los nanamoni del Brasil castigan a los criminales sexuales cortándoles la oreja izquierda, lo cual reduce, según ellos creen, la potencia sexual. Otras sociedades atribuyen importancia a la pérdida de dedos de la mano o de los pies o bien, en el caso de los nórdicos, de la nariz. En muchas sociedades es una superstición común que el tamaño de la nariz de un hombre refleja el de su miembro sexual.

Emerson arguye que la importancia acordada a la nariz en las sociedades primitivas refleja una actitud residual de la época en que los hombres eran cazadores y dependían en alto grado del sentido del olfato en la búsqueda de caza y, asimismo, en la tarea de eludir a sus enemigos. Dentro de una forma de vida como ésta, la pérdida del sentido del olfato era en verdad grave.

Librodot

nadie se despertó en el campamento, de manera que pronto nos encontramos en el centro mismo de la aldea de los demonios.

Buliwyf no habló en ningún momento, sino que nos daba instrucciones y órdenes por medio de gestos. Mediante dichos gestos me dio a entender que debíamos avanzar en grupos de dos guerreros cada uno, cada par en distinta dirección. Herger y yo debíamos atacar la más próxima de las chozas de barro, y el resto, las otras. Aguardamos todos hasta que los grupos estuvieran apostados junto a la puerta de las chozas y entonces, dando un alarido, Buliwyf levantó su gran espada Runding y se lanzó encabezando el ataque.

Me abalancé con Herger dentro de una choza, la cabeza palpitante por la sangre agolpada allí y la espada, ligera como una pluma, en mis manos. Ciertamente estaba dispuesto a librar la batalla más cruenta de mi vida, pero en el interior no había nadie. La choza estaba desierta y desnuda, salvo por los jergones de paja de aspecto tan primitivo que parecían más bien el lecho de un animal.

Salimos corriendo al exterior y atacamos la choza siguiente, que volvimos a hallar vacía. Todas las chozas estaban vacías y los guerreros de Buliwyf, desilusionados, se miraron los unos a los otros con expresiones de sorpresa y desconcierto.

Entonces Etchgow nos llamó y nos congregamos todos en una de las chozas, algo mayor que el resto. Y allí pude ver por qué estaba desierta, como todas las demás, aunque el interior de ésta no estaba desnudo. Por el contrario, el suelo estaba cubierto de huesos quebradizos que crujían al pisar sobre ellos como huesecillos de pájaros, delicados y frágiles. Me sorprendí al ver aquello y me incliné a mirar los huesos de cerca. Con una sensación de horror vi la línea curvada de una órbita aquí y unos cuantos dientes más lejos. Estaba en pie sobre una alfombra de huesos humanos de caras, y como pruebas más concluyentes de lo que afirmo, esta verdad horrorosa, en un alto montón contra una pared de la choza se encontraban los cráneos, dispuestos con el hueso hacia arriba como otros tantos recipientes de cerámica, pero de un reluciente color blanco. Me sentí enfermo y salí fuera a vomitar y purgarme de esta manera. Herger me dijo que los wendol comen los cerebros de sus víctimas tal como cualquiera de nosotros podría comer huevos o queso. Así es su costumbre y, por horrendo que resulte contemplar siquiera semejante hábito, es verdad.

Nos llamó otro de los guerreros y entramos en otra choza. En ella vi lo siguiente: la choza estaba vacía, salvo por un sillón amplio, semejante a un trono, tallado en un gigantesco trozo de madera. Tenía el respaldo en forma de abanico y tallado con figuras de serpientes y demonios. Al pie del trono estaban diseminados huesos de cráneos y sobre los brazos del sillón, donde podría haber apoyado las manos su dueño, había sangre y restos de algo blanquecino semejante al queso y que no era otra cosa que sustancia cerebral. El olor que reinaba en aquel recinto era horrible.

Colocadas alrededor de este sitial había pequeñas tallas representando a la mujer encinta, tal como las he descrito ya. Las imágenes formaban, pues, una especie de círculo o perímetro en torno de la silla.

Herger dijo:

-Desde aquí reina ella. -Su voz sonó queda y temerosa.

No pude comprender qué quería decir, pero me sentí enfermo del corazón y del estómago. Volví a vaciar éste en el suelo mismo. Herger y los otros eran todos presa de la misma repugnancia, pero ninguno de ellos vomitó, sino que tomaron brasas de la hoguera e incendiaron las chozas. Todas ardieron con lentitud, por estar húmedas.

Luego volvimos a trepar a la cima de la colina, montamos nuestras cabalgaduras y, abandonando la región de los wendol, atravesamos luego la del páramo del terror. Y todos los guerreros de Buliwyf estaban tristes, ya que los wendol los habían superado en cuanto a astucia e inteligencia al abandonar sus guaridas en previsión del ataque. Tampoco considerarían gran pérdida la de sus viviendas incendiadas.

EL CONSEJO DEL ENANO

Volvimos por el mismo camino de ida, pero cabalgando a mayor velocidad, ya que los caballos estaban ansiosos, y por fin llegamos al pie de las colinas y avistamos la gran llanura, nuestra población y la gran fortaleza de Rothgar.

En aquel punto, Buliwyf se desvió y nos llevó en otra dirección, hacia un terreno elevado y rocoso azotado por los vientos del océano. Yo cabalgaba junto a Herger y le pregunté la razón del cambio de ruta. Herger me contestó que íbamos en busca de los enanos de la región.

Aquello me sorprendió, pues los nórdicos no aceptan a los enanos en medio de sus comunidades. Nunca se ve a ninguno en las calles, ni se sientan al pie de los reyes, ni se les ve, en fin, contando dinero o llevando el registro o haciendo las cosas que por lo general sabemos acostumbran hacer.[41] Ningún nórdico había mencionado nunca a los enanos y yo llegué a suponer que la gente de talla tan gigantesca[42] como la de ellos nunca podría procrear enanos.

Llegamos así a un paraje lleno de cuevas hondas y azotadas por el viento. Buliwyf bajó de su caballo y todos sus guerreros hicieron lo mismo para proseguir el camino a pie. Oímos luego un sonido sibilante y juro que vi nubes de vapor brotar de una y otra de las cuevas. Cuando entramos en una de ellas, encontramos allí enanos.

Tenían el aspecto siguiente: talla habitual de enanos, pero cabezas de gran tamaño, además de rostros que aparentaban ser de ancianos. Había enanos hombres y mujeres y todos daban la impresión de ser muy viejos. Los hombres tenían barbas y eran muy reposados. También las mujeres tenían vello en la cara, lo cual les daba aspecto de hombres. Cada enano vestía una prenda hecha de piel o de marta y también cada uno llevaba un fino cinturón de cuero decorado con trozos de oro martillado.

Los enanos nos recibieron con cortesía y sin señales de temor. Herger me dijo que estos hombres tienen poderes mágicos y, por tanto, no temen a nadie en el mundo. Son, en cambio, muy aprensivos frente a los caballos, y por esta razón habíamos dejado los nuestros. Herger me contó, asimismo, que los poderes de un enano residen en su fino cinturón, de tal manera que si llega a perderlo hará cualquier cosa por recobrarlo.

Herger añadió que su aspecto de gran edad respondía a la realidad, ya que un enano vivía mucho más que cualquier hombre corriente. Me comentó luego que los enanos muestran su virilidad desde una edad temprana, que aun cuando son niños de corta edad tienen vello pubiano y miembro de proporciones inusitadas. En realidad es por esos signos que los padres se enteran de que su hijo es enano y una criatura mágica que debe ser llevada a las colinas para que viva con otras de su género. Hecho esto, los padres dan gracias a los dioses y sacrifican algún animal, por cuanto haber engendrado y dado a luz un enano es considerado como un golpe de fortuna.

Tal es la creencia de los nórdicos, según me la explicó Herger, y si bien no sé la verdad, me limito a reproducir lo que él me dijo.

En aquel momento vi que el ruido sibilante y el vapor surgían de grandes calderos en los cuales se hundían hojas de acero martillado para templar el metal, pues los enanos forjan armas sumamente apreciadas por los nórdicos. Debo añadir que vi a los guerreros de Buliwyf examinar con gran interés el interior de las cuevas, tal como lo harían las mujeres en las tiendas del bazar donde se venden sedas preciosas.

Buliwyf hizo algunas preguntas a estos seres, quienes le indicaron que se dirigiera a la cueva más alta, en la cual había un solo enano, más viejo que todos los otros, con barba y pelo

[41] En el Mediterráneo, desde la época de los egipcios, se consideraba a los enanos como poseedores de especial inteligencia y como dignos de confianza y se les encomendaban tareas de teneduría de libros y manejo de dinero.
[42] En unos noventa esqueletos que pueden ser inequívocamente atribuidos al período de los vikingos en Escandinavia, la talla media parece ser de 1,70 m aproximadamente.

blancos como la nieve y un rostro surcado de arrugas. Llamaban a este enano el tengol, que significa «juez del bien y del mal» y también adivino.

Este tengol tenía seguramente los poderes mágicos que todos le atribuían, porque en seguida saludó a Buliwyf por su nombre y le invitó a sentarse junto a él. Una vez sentado Buliwyf, el resto nos quedamos a cierta distancia y en pie.

Diré que Buliwyf no ofreció presentes al tengol. Los nórdicos nunca rinden pleitesía a la gente de pequeña talla. Creen que los favores de éstos deben ser conferidos en forma espontánea y que no es correcto incitar los favores de un enano ofreciéndole dádivas. Así pues, Buliwyf permanecía sentado mientras el tengol le miraba. A continuación éste cerró los ojos y comenzó a hablar mientras se mecía hacia delante y hacia atrás. Hablaba con la voz aguda de un niño, y Herger me tradujo lo que decía.

-¡Oh, Buliwyf!, eres un gran guerrero, pero has encontrado a tus iguales en los monstruos de la niebla, los caníbales que comen a los muertos. Será ésta una lucha a muerte y necesitarás de toda tu sabiduría y tus fuerzas para vencer el desafío.

El enano siguió hablando en estos términos durante mucho rato, meciéndose siempre. La esencia de lo que dijo fue que Buliwyf estaba frente a un adversario difícil, cosa que yo sabía bien, como también lo sabía Buliwyf. Sin embargo, Buliwyf no mostró impaciencia.

Vi, asimismo, que Buliwyf no se ofendió cuando el enano se reía de él, cosa que hacía a menudo. El enano le dijo, en efecto:

-Has acudido a mí porque atacaste a los hombres en el páramo árido y no te dio resultado alguno. Acudes a mí en busca de consejo y recomendaciones, como acudiría un niño a su padre, diciendo: «¿Qué haré ahora, ya que todos mis planes han fracasado?»

El tengol rió largamente de su propio chiste, mas luego su rostro de viejo adquirió una expresión grave.

-¡Ah, Buliwyf! -dijo-, veo el futuro, pero no puedo decirte más de lo que sabes ya. Tú y tus bravos guerreros reunisteis vuestra destreza y valor para lanzar un ataque contra los monstruos que habitan el páramo del terror. En esto os equivocasteis, pues no era ésta una empresa de verdaderos héroes.

Oí con asombro estas palabras, pues yo consideraba que la empresa era digna de un héroe.

-No, no, noble Buliwyf -declaró el tengol-. Emprendiste una misión falsa y en lo más profundo de tu corazón de héroe sabías que era indigna de ti. También lo fue tu batalla contra el dragón luciérnaga Korgon y te costó unos cuantos guerreros magníficos. ¿Qué objeto tienen tus planes?

Buliwyf seguía sin responder. Sentado junto al enano, aguardaba.

-El gran desafío para un héroe -dijo el enano- se encuentra en el corazón, no en el adversario. ¿Qué habría importado que sorprendieses

a los wendol en su guarida y matases a muchos de ellos mientras dormían? Podrías haber matado a muchos, pero ello no habría dado fin a la lucha, como cortar los dedos a un hombre no da cuenta de él. Para matarlo hay que perforarle la cabeza o el corazón, y lo mismo sucede con los wendol. Todo esto lo sabes y no necesitas de mi consejo para saberlo.

En estos términos, mientras se mecía, reprendió el enano a Buliwyf. Y Buliwyf aceptó la reprimenda, ya que no replicó sino que inclinó la cabeza.

-Has hecho la tarea de un hombre corriente -prosiguió el enano-, no la de un verdadero héroe. El héroe realiza lo que ningún otro hombre osa realizar. Para matar al wendol tienes que perforarle la cabeza y el corazón. Debes vencer a su madre misma en las cuevas de los truenos.

No comprendí el sentido de estas palabras. -Tú lo sabes, pues siempre ha sido así, en toda la historia del hombre. ¿Habrán de morir tus guerreros, uno por uno? ¿O bien atacarás a la madre en las cuevas? No se trata de una profecía, sino de la elección entre ser hombre o héroe. Por fin Buliwyf respondió, pero lo hizo en voz tan baja que no pude distinguir sus palabras, a causa de los murmullos del viento que barría la entrada de la cueva. Fueran cuales fueran sus palabras, el enano habló otra vez:

-Ésta es la respuesta del héroe, Buliwyf, y no habría esperado otra de ti. Por ello te ayudaré en tu empresa.

En aquel momento varios enanos se adelantaron entre los huecos sombríos de la cueva. Todos llevaban muchos objetos.

-Aquí tienes -dijo el tengol- trozos de cuerdas trenzadas con la piel de focas atrapadas cuando se producen los primeros deshielos. Estas cuerdas te ayudarán a llegar por el océano a la entrada de las cuevas de los truenos.

-Gracias -dijo Buliwyf.

-Y aquí tienes siete dagas, forjadas con vapor y magia, para ti y tus guerreros. Las espadas de gran tamaño no tendrán utilidad en las cuevas de los truenos. Llevad estas armas con valor y se cumplirán vuestros deseos.

Buliwyf tomó las dagas y volvió a agradecérselo al enano. Se puso entonces en pie y preguntó: -¿Cuándo haremos esto?

-Ayer es mejor que hoy -repuso el tengol-, y mañana es mejor que pasado mañana. Debéis apresuraros y cumplir vuestras intenciones con el corazón firme y la mano vigorosa.

-¿Y qué vendrá después de nuestro triunfo? -preguntó Buliwyf.

-En tal caso el wendol será mortalmente herido y se agitará por última vez en los estertores de la muerte, y pasada esta última agonía, esta tierra tendrá paz y felicidad para siempre. Y tu nombre será cantado en loas de gloria en todas las fortalezas del norte y por toda la eternidad.

-Así se cantan las proezas de los hombres muertos -señaló Buliwyf.

-Es verdad -dijo el enano, y volvió a reír con la risa del niño o de la muchacha-. Pero también se cantan las de los héroes que sobreviven, mientras que nunca se cantan los hechos realizados por los hombres corrientes. Todo esto ya lo sabes.

Buliwyf salió entonces de la cueva y entregó a cada uno de nosotros una daga de los enanos. Descendimos de los escollos rocosos, batidos por los vientos, volvimos al reino y a la gran fortaleza de Rothgar al caer la noche.

Todos estos hechos se registraron y yo los vi con mis propios ojos.

HECHOS DE LA NOCHE ANTERIOR AL ATAQUE

Aquella noche no llegó la niebla. Descendió algo de bruma de las colinas, pero quedó suspendida entre los árboles y no se aproximó reptando sobre la llanura. En el gran salón de Rothgar tuvo lugar un gran festín y Buliwyf participó con todos sus guerreros en las celebraciones. Se sacrificaron dos grandes carneros,[43] y fueron comidos inmediatamente. Todos bebieron copiosas cantidades de hidromiel. El propio Buliwyf violó a media docena de jóvenes esclavas, o quizá a un número mayor. Sin embargo, a pesar de todo este regocijo aparente, ni él ni sus guerreros estaban de verdad alegres. De vez en cuando yo veía a algunos de ellos mirar las cuerdas de piel de foca y las dagas de los enanos, amontonadas en un rincón.

Me incorporé a la fiesta por sentirme ya uno de ellos tras haber pasado tanto tiempo en su compañía, o por lo menos tenía la sensación de ser uno de ellos. Diré que aquella noche llegué a sentirme como si hubiese nacido nórdico.

Herger, que estaba muy ebrio, me habló sin reservas de la madre de los wendol, diciéndome lo siguiente:

[43] Dahlman escribe en 1924 que «en las ceremonias se comía carnero para aumentar la potencia sexual, ya que el macho, provisto de cuernos, era considerado de calidad superior a la de la hembra». De hecho, en aquella época tanto los machos como las hembras de la raza ovina tenían cuernos.

-La madre de los wendol es muy vieja y vive en las cuevas del trueno. Estas cuevas se encuentran en las rocas de los acantilados, no lejos de aquí. Las cuevas tienen dos aberturas, una sobre tierra firme y otra sobre el mar. La entrada sobre tierra firme, no obstante, está guardada por los wendol, quienes protegen a su anciana madre. Por esta razón no podemos atacarlos por el lado de la tierra, pues nos matarían. Atacaremos, pues, por el mar.

-¿Cómo es la madre de los wendol? -le pregunté.

Herger me dijo que ningún nórdico lo sabía, pero que se decía que era vieja, más vieja que la anciana a quien llamaban «ángel de la muerte», que además tenía un aspecto horripilante, que llevaba una corona de serpientes retorcidas y, por último, que tenía una fuerza extraordinaria. Agregó, en fin, que los wendol recurrían a ella para desenvolverse en todas las actividades de su vida.[44] Dicho esto, Herger se volvió y se quedó dormido.

Más tarde, tuvo lugar el siguiente hecho: en mitad de la noche, cuando terminaban ya las celebraciones y los guerreros iban quedándose dormidos, Buliwyf me llamó a un aparte. Sentado junta mí, bebió hidromiel de un cuerno. Vi que no estaba ebrio y que hablaba la lengua nórdica con lentitud para que yo pudiese entenderlo bien. Primero me preguntó:

-¿Comprendiste las palabras del enano? Repliqué que las había comprendido merced a la ayuda de Herger, quien en ese momento roncada cerca de nosotros. Buliwyf dijo entonces: -Sabes, por tanto, que moriré. -Pronunció estas palabras mirándome y sin pestañear. No supe qué decirle ni cómo responder, mas por fin le dije, según la manera nórdica:

-No creas en profecías hasta que rindan fruto.[45]

Buliwyf dijo a su vez:

-Has observado muchas de nuestras costumbres. Dime la verdad, ¿sabes dibujar los sonidos? Repuse que sí.

-Cuida entonces tu vida y no seas excesivamente valiente. Ahora vistes y hablas como un nórdico y no como un extranjero. Vela por tu vida.

Dichas estas palabras se volvió y dirigió sus atenciones a una esclava a la cual hizo gozar a no más de unos cuantos pasos de donde yo estaba, mientras yo oía los gemidos y la risa de la mujer. Por fin me sumí yo también en el sueño.

[44] Joseph Cantrell observa que «existen versiones en la mitología germana y nórdica que atribuye a las mujeres poderes especiales y cualidades mágicas que los hombres deben temer y desconfiar. Los dioses principales son todos hombres, pero las valkirias, palabra que significa literalmente "electoras de los muertos", son mujeres que transportan a los guerreros muertos al Paraíso. Se creía que había tres walkirias, como había asimismo tres "Nornos", o hadas, que estaban presentes en el nacimiento de todos los hombres y determinaban su vida. Estas hadas eran llamadas, respectivamente, Urth (pasado), Verthandi (presente) y Skuld (futuro). Las hadas "tejían" el destino de un hombre y el tejido era tarea de mujeres. En las imágenes populares eran representadas como jóvenes doncellas. Wyrd, deidad anglosajona que regía el destino, era también una diosa. Según se cree, la asociación de la mujer con el destino del hombre era una permutación de los conceptos más antiguos en cuanto a la mujer como símbolo de la fertilidad. Las diosas de la fertilidad controlaban el crecimiento y fructificación del grano y de los seres vivientes de la tierra».

Cantrell señala luego que «en la práctica sabemos que la adivinación, el urdir sortilegios y otras funciones propias de chamanes estaban reservadas a las ancianas en la sociedad nórdica. Además, los conceptos populares sobre la mujer contenían cierto elemento de suspicacia. Según el Havamal, "nadie debe confiar en las palabras de una muchacha o una mujer casada, ya que sus corazones han sido formados en una rueda y por naturaleza es cambiante"».

Bendixon dice: «Entre los primeros escandinavos había una especie de división de poderes según los sexos. Los hombres regían los asuntos físicos. Las mujeres, los psicológicos. »

[45] Ésta es una paráfrasis de una creencia nórdica: «No elogies el día hasta que llegue la noche; a una mujer hasta que haya sido quemada; a la espada hasta que haya sido probada; a la doncella hasta que esté casada; al hielo hasta que haya sido atravesado; a la cerveza hasta que haya sido bebida.» Este concepto cauteloso, realista y tal vez algo cínico de la naturaleza humana y del mundo era algo que los escandinavos y los árabes compartían. Como los escandinavos, los árabes lo expresan a menudo en términos mundanos o satíricos. Existe una historia sufí sobre un hombre que preguntó una vez al sabio de la tribu: «Supón que esté yo viajando por la comarca y deba hacer mis abluciones en el arroyo, ¿en qué dirección debo mirar mientras cumplo el ritual?» A esto replicó el anciano: «En la dirección de tus ropas, para que no te las roben.»

LAS CUEVAS DEL TRUENO

Antes de que las primeras nubes sonrosadas del amanecer tiñeran el cielo, Buliwyf y sus guerreros, yo entre ellos, salimos a caballo del reino de Rothgar y seguimos el camino de los acantilados al borde del mar. Aquel día no me sentía bien y me dolía la cabeza. Tenía, además, acidez de estómago a causa de las celebraciones de la noche anterior. Sin duda, los guerreros de Buliwyf estaban como yo, pero a pesar de ello nadie mostró señales de malestar. Íbamos a buen paso, siguiendo el borde de los acantilados que en toda esta costa son elevados, impresionantes, además de caer a plomo. Como una sábana de piedra gris, se dejan caer en el mar espumoso y turbulento al pie. En algunos puntos de esta costa hay playas rocosas, pero con frecuencia mar y tierra se unen directamente y las olas rompen con el fragor del trueno contra las rocas. Tal era el caso en casi todo el trayecto.

Vi a Herger, quien llevaba sobre su caballo las cuerdas de piel de foca de los enanos, y me acerqué a él para viajar a su lado. Le pregunté qué planes había para ese día. He de decir que no me importaban mucho, porque tenía un dolor de cabeza muy intenso, aparte de mi habitual ardor de estómago.

Herger dijo:

-Esta mañana atacaremos a la madre de los wendol en las cuevas del trueno. Atacaremos desde el mar, como te dije ayer.

Mientras cabalgaba podía mirar hacia abajo en dirección al mar, que se estrellaba contra las rocas.

-¿Atacaremos utilizando un bote? -pregunté.

-No -repuso Herger a la vez que tocaba las cuerdas de piel de foca.

Interpreté este gesto como que debíamos bajar al pie de las rocas con ayuda de las cuerdas y de algún modo llegar desde allí hasta la entrada de las cuevas. Me alarmó mucho esta perspectiva, pues nunca me ha agradado permanecer en lugares de gran altura. He llegado a evitar aun los edificios altos de la Ciudad de la Paz. Así se lo dije a Herger, quien me contestó:

-Da gracias, porque eres afortunado.

Quise saber el origen de mi fortuna, á lo cual repuso Herger:

-Si temes los lugares elevados, hoy vencerás ese miedo. Además deberás enfrentarte a un gran desafío y, por último, ello hará que seas considerado un héroe.

-No quiero ser un héroe -le dije.

Herger se echó a reír y comentó que yo opinaba así sólo porque era árabe. Añadió luego que yo era un «cabeza hueca», con lo cual los nórdicos se refieren a las consecuencias de haber bebido en exceso. Era verdad, desde luego.

También es verdad que me sentía muy afligido ante la perspectiva de descender por el acantilado. No puedo dejar de mencionar lo que sentía. Habría preferido hacer cualquier otra cosa en este mundo, ya hubiese sido acostarme con una mujer en plena menstruación, o beber de una copa de oro, o comer el excremento de un cerdo, o arrancarme los ojos, incluso morir..., cualquiera de estas cosas habría preferido antes que bajar por aquel maldito acantilado. Por lo demás, estaba de pésimo humor. Me encaré, pues, con Herger y le dije:

-Tú y Buliwyf y todo el resto podéis ser héroes, si os viene bien, pero yo no quiero tener nada que ver con esta empresa. No me contéis entre vosotros.

Herger rió y, llamando a Buliwyf, le habló con rapidez. Buliwyf le respondió por encima del hombro. Entonces Herger me dijo:

-Buliwyf dice que harás lo que hagamos nosotros.

Me sentí desesperado y objeté:

-No puedo hacerlo. Si me obligáis a ello, estoy seguro de que moriré.

-¿Cómo morirás? -preguntó Herger.

-Soltaré las manos de las cuerdas -repuse. Esta respuesta provocó una nueva carcajada de

Herger, quien repitió mis palabras a todos y todos rieron. Le tocó entonces hablar a Buliwyf con palabras que Herger tradujo.

-Dice Buliwyf que perderás pie sólo si sueltas las cuerdas y para hacerlo habría que ser un tonto. Según Buliwyf, eres árabe pero no tonto.

Quiero señalar aquí un aspecto real de la naturaleza humana, que en aquellos términos Buliwyf dijo que era capaz de bajar con ayuda de las cuerdas y que como consecuencia de lo que dijo, lo creí tanto como él y me sentí algo más animado en el fondo de mi corazón. Herger lo advirtió y habló así:

-Todo hombre abriga algún temor en particular. Un hombre teme los espacios cerrados y otro teme ahogarse. Cada uno de los dos se burla del otro y lo llama tonto. Ello quiere decir que el temor no es más que una preferencia que cabe considerar igual a la preferencia por una determinada mujer u otra, por la carne de carnero o de cerdo, por el repollo o las cebollas. Nosotros decimos que el temor es el temor.

No estaba en estado de ánimo de escuchar sus disquisiciones filosóficas y así se lo dije, aunque en realidad me sentía más próximo al enfado que al temor. Esta vez Herger se echó a reír en mis barbas y pronunció estas palabras:

-Loado sea Alá, quien puso la muerte al final de la vida y no al principio.

Le señalé en términos lacónicos que no veía ninguna ventaja en apresurar este final.

-La verdad es que ningún hombre la ve -repuso Herger, y añadió-: Mira a Buliwyf. Mira qué erguido cabalga. Mira cómo marcha hacia delante, porque sabe que pronto habrá de morir. -Yo no sé si va a morir -observé.

-Tienes razón, pero Buliwyf lo sabe.

Herger no volvió a hablarme y todos seguimos cabalgando durante bastante rato, hasta que el sol se levantó bien alto y radiante sobre nuestras cabezas. Por fin, Buliwyf dio la señal de alto y todos los jinetes desmontaron y se prepararon para buscar las cuevas del trueno.

Bien sabía yo, diré aquí, que los nórdicos son valientes en extremo, pero cuando contemplé aquel abismo debajo del acantilado se me retorció el corazón y temí que al instante me purgaría vomitando. La pared del acantilado era absolutamente vertical y carecía del menor saliente al cual aferrarse con pies o manos, cayendo a plomo .a través de una distancia de unos cuatrocientos pasos. Es verdad que las violentas olas estaban tan debajo de nosotros que parecían olas en miniatura, diminutas como las que dibuja el más delicado de los artistas. Sabía yo, no obstante, que eran tan altas como cualquier otra en el mundo cuando se descendía al nivel del mar.

Para mí, el descenso por la pared del acantilado era una locura peor que la locura de un perro rabioso. Los nórdicos, en cambio, actuaban con la mayor serenidad. Buliwyf dirigió la tarea de clavar estacas de madera en la tierra, a las cuales ató las cuerdas de piel de foca, dejando colgar sueltos los extremos hacia abajo.

Las cuerdas no eran, en realidad, suficientemente largas y fue necesario volver a recogerlas y añadirlas hasta tener una sola cuerda de largo suficiente para llegar hasta las olas.

Al poco tuvimos dos cuerdas del largo necesario colgando paralelas a la pared del acantilado. Entonces Buliwyf se dirigió a los hombres:

-Primero bajaré yo, de modo que cuando llegue al fondo vosotros sabréis que las cuerdas son resistentes y que es posible hacer el descenso. Os esperaré abajo, en aquel saliente.

Miré el estrecho saliente. Llamarlo estrecho es como decir que un camello es bondadoso. Era, a decir verdad, un estrechísimo trozo de roca aplanada que las olas barrían y golpeaban sin cesar.

-Cuando todos hayamos llegado al fondo -dijo Buliwyf-, podremos atacar a la madre de los wendol en las cuevas del trueno.

Dijo esto con un tono tan tranquilo como si estuviera ordenando a una esclava la preparación de un guisado o de cualquier otra tarea doméstica. Después no dijo nada más y emprendió el descenso.

Describiré cómo efectuó este descenso, que yo hallé notable, aunque los nórdicos no lo consideren nada extraordinario. Herger me dijo que utilizan este método para recolectar huevos de aves marinas en ciertas épocas del año, cuando estas aves construyen sus nidos en la pared del acantilado. He aquí cómo proceden. Con un cinto suelto se rodea la cintura del hombre que hará el descenso y el resto de los hombres se esfuerza por bajarlo despacio. Entretanto, el hombre aferra, para sostenerse, la segunda cuerda que cuelga contra la pared del acantilado. Además lleva un grueso palo de roble que tiene en un extremo una lengua o estribo de cuero con el cual se lo cuelga de una muñeca. Este palo es utilizado a manera de bastón para desplazarse en un sentido u otro, a medida que baja por la superficie rocosa.[46]

A medida que bajaba, Buliwyf se veía cada vez más pequeño y vi que manipulaba el cinto, la cuerda y el palo con gran destreza. Diré que no me había equivocado al juzgar la empresa extremadamente peligrosa, pues en aquel momento comprobé que requería mucha práctica.

Por fin llegó, sano y salvo, al pie del acantilado y se colocó sobre el estrecho saliente lavado por la espuma. Se le veía tan pequeño que apenas pude distinguir que agitaba una mano para comunicarnos que estaba bien. En seguida se procedió a izar el cinto y también el palo de roble. Herger se volvió hacia mí y dijo:

-Ahora bajarás tú.

Repliqué que no me sentía bien, y añadí que prefería ver cómo descendía otro con el fin de estudiar mejor la manera de hacerlo.

Herger respondió:

-Cada descenso resulta muy difícil, porque aquí queda un número de gente para bajar menor del que desciende. El último de los hombres no puede valerse del cinto y ese hombre será Etchgow por tener brazos de hierro. Es prueba de nuestro favor hacia ti el que te permitamos ser el segundo hombre en bajar. Baja, pues.

Vi en la expresión de sus ojos que no había esperanzas de postergar la empresa. Me colocaron el cinto, tomé el palo entre las manos, que estaban resbaladizas de sudor, como todo mi cuerpo, y, tiritando por el fuerte viento, salvé el borde del acantilado y por última vez vi a los cinco nórdicos que quedaban arriba sosteniendo la cuerda, hasta que los perdí de vista. Empecé a descender.

Había tenido intención de elevar numerosas plegarias a Alá, así como de registrar en el ojo de mi mente, en la memoria de mi alma, las muchas experiencias que vive un hombre mientras cuelga de una cuerda al bajar por un acantilado rocoso y azotado por el viento. Sin embargo, tan pronto como dejé de ver a mis amigos del norte allí arriba, olvidé todas mis intenciones y sólo pude repetir «Loado sea Alá» una y otra vez, como un demente o alguien tan anciano que su cerebro ha dejado de funcionar o, en fin, un niño o un tonto.

Recuerdo poco de lo que ocurrió. Sólo lo siguiente: que el viento empuja a una persona de un lado a otro junto a las rocas con tal velocidad que el ojo no logra enfocar la pared y ésta aparece como una mancha gris y borrosa, que muchas veces me golpeé contra la piedra, dándome en los huesos y rasguñándome la piel, que en una oportunidad me golpeé en la cabeza y vi puntos blancos y brillantes como estrellas frente a los ojos y creí desmayarme, pero no me desmayé. Al cabo de un tiempo, que en verdad se me antojó toda una vida, llegué por fin al pie del acantilado. Y Buliwyf me aferró de un hombro y dijo que lo había hecho muy bien.

Volvieron a izar el cinto y las olas rompían sobre mí y sobre Buliwyf, a mi lado. Debía ahora luchar por mantener el equilibrio sobre aquella roca resbaladiza y concentré tanto mi atención en ello que no observé el descenso de los otros. Mi único deseo era evitar que las olas me arrastrasen mar adentro. Vi con mis propios ojos olas tan altas como tres hombres en pie el uno sobre los hombros del otro, y cada vez que rompía una me quedaba un instante semidesmayado en medio de un torbellino de agua helada que giraba en torno a mí. Muchas

[46] En las islas Feroe de Dinamarca se practica aún hoy un método semejante para recoger huevos de aves marinas, importante alimento para los habitantes de dichas islas.

Librodot

veces me derribaron y estaba empapado y tiritando de tal manera que me castañeteaban los dientes como el ruido de cascos de caballo a galope. El castañeteo era tan intenso que no podía hablar.

Por fin todos los guerreros de Buliwyf hicieron el descenso sanos y salvos, siendo Etchgow el último en bajar, utilizando la fuerza bruta de sus brazos. Cuando por fin estuvo en pie junto a nosotros, le temblaban las piernas como las de un hombre en los estertores de la muerte. Debimos esperar unos minutos hasta que se recobró. Entonces habló Buliwyf:

-Entraremos en el agua y nadaremos hasta la cueva. Yo iré el primero. Llevar las dagas entre los dientes, dejando así los brazos libres para luchar contra la corriente.

Estas palabras, llenas de renovada locura, me llegaron en momentos en que no podía soportar nada más. A mis ojos el plan de Buliwyf era una insensatez infinita. Vi las olas que se batían y rompían contra las rocas agudas. Las vi retirarse con el impulso que da la fuerza de un gigante, sólo para recobrar luego su poder y volver a romper con un fragor de trueno. Observaba y no podía creer que alguien pudiese nadar en esas aguas, sino que, por el contrario, se convertiría en mil astillas de huesos al instante.

Sin embargo, no opuse resistencia, ya que estaba más allá de toda posibilidad de comprender nada. Según creía, estaba tan próximo a la muerte que no importaba que me aproximase más aún. Tomé, pues, la daga y me la metí en el cinturón, ya que los dientes me castañeteaban de tal manera que no podía llevarla entre ellos. En cuanto a los nórdicos, no dieron muestras de sufrir de frío o de fatiga, sino que acogían cada nuevo golpe de olas como un baño vigorizante. Además, sonreían llenos de entusiasmo al pensar en la batalla próxima, lo que me hizo odiarlos en aquel momento.

Buliwyf estudiaba el movimiento de las olas, esperando el momento oportuno, y cuando éste llegó, dio un salto dentro de la espuma. Titubeé y alguien (Herger, según he creído siempre desde entonces) me empujó. Caí muy hondo en un mar enfurecido y de una frialdad paralizante. Sentí que giraba en varios sentidos y no vi nada más que agua verde. Entonces distinguí a Buliwyf agitando los pies bajo el agua. Le seguí y juntos atravesamos una especie de pasaje entre las rocas. Todo lo que él hacía lo imitaba yo. He aquí lo que hicimos:

Durante unos momentos el oleaje tiraba de él tratando de arrastrarle mar adentro y también a mí. En esos momentos Buliwyf se aferraba con ambas manos a una roca para resistir la corriente. También yo hice esto. Me aferraba con todas mis fuerzas a las rocas y sentía que los pulmones me reventaban. En el instante siguiente cambiaba la dirección del oleaje y tiraba en el sentido contrario, como antes, y me sentía empujado con inaudita violencia, rebotando sobre rocas y obstáculos. Otra vez cambiaba la dirección de las olas y me veía obligado a seguir el ejemplo de Buliwyf y aferrarme a las rocas. Puedo asegurar que me ardían los pulmones como si estuvieran incendiándose, aparte de que en el fondo sabía que no soportaría mucho más tiempo aquel mar glacial. Mas otra vez las olas me impulsaron hacia delante y me sentí arrojado de cabeza, con golpes aquí y allá durante el trayecto, hasta que de pronto me encontré sentado y respirando aire puro.

En realidad esto sucedió con tanta rapidez que al verme tan sorprendido no se me ocurrió sentir alivio, sentimiento que habría sido apropiado. Tampoco se me ocurrió alabar a Alá por mi buena fortuna de haber sobrevivido. Aspiraba grandes bocanadas de aire y alrededor los guerreros de Buliwyf asomaron la cabeza fuera del agua y también aspiraron profundamente.

Relataré a continuación lo que vi. Estábamos en una especie de laguna o embalse dentro de una cueva con una cúpula lisa y una salida al mar, por la cual nos habíamos introducido en ella. Frente a nosotros había un espacio rocoso aplanado. Alcancé a distinguir tres o cuatro figuras borrosas acurrucadas alrededor de una hoguera. Estos individuos cantaban con voces chillonas. Comprendí entonces por qué llamaban a esta cueva la cueva del trueno, porque cada vez que rompía el oleaje, el ruido dentro de la cueva reverberaba con tal poder que hacía doler los oídos, y el aire mismo daba la impresión de temblar y de abrumarnos.

En esa cueva, Buliwyf y sus guerreros lanzaron su ataque y yo me uní a ellos, y con nuestras cuatro dagas matamos a los cuatro demonios que había sentados allí. Los vi por

Librodot

primera vez con claridad bajo la tenue luz de la lumbre, cuyas llamas se levantaban enloquecidas cada vez que rompían las olas atronadoras. El aspecto de estos demonios era como sigue: parecían ser hombres en todo su aspecto, pero no se asemejaban a otros hombres sobre la faz de la tierra. Eran seres bajos, anchos y cuadrados, cubiertos de vello en todas partes, salvo la palma de la mano, las plantas de los pies y el rostro. Tenían caras muy grandes y boca y mandíbula prominentes y eran muy feos. Tenían asimismo cabezas de mayor tamaño que la de los hombres comunes. La base de su frente era saliente, pero no en virtud del vello de las cejas, sino del espesor del hueso. También tenían dientes grandes y afilados, aunque es verdad que muchos tenían los dientes limados y aplanados.

En los demás aspectos de sus características físicas y en cuanto a órganos sexuales y orificios diversos, eran asimismo como cualquier hombre.[47] Uno de estos seres tardó en morir y pronunció algunos sonidos con la lengua que en mis oídos resonaron como una forma de articulación sonora, pero no puedo decir a ciencia cierta si lo era, de modo que lo relato ahora sin convicción alguna.

Buliwyf examinó a estos cuatro cadáveres con su vello espeso y enmarañado. Oímos entonces un canto lúgubre y semejante a un eco, un sonido que aumentaba y disminuía conforme con el ritmo de los golpes atronadores de las olas, un sonido que provenía de las profundidades de la cueva. Buliwyf nos condujo a todos en esa dirección.

Allí nos vimos junto a tres de los seres postrados en el suelo, con el rostro apretado contra la tierra y las manos levantadas en un gesto de súplica hacia otro personaje de edad muy avanzada que acechaba en las sombras. Los suplicantes estaban cantando y no advirtieron nuestra presencia, pero la vieja nos vio y lanzó unos alaridos horribles al aproximarnos nosotros. Deduje que esa mujer monstruosa era la madre de los wendol, pero si era mujer, no resultaba comprobable, ya que era tan vieja que había perdido todos los caracteres de su sexo.

Buliwyf se lanzó solo sobre los suplicantes y los mató a todos, mientras el ser-madre retrocedía hacia las sombras sin dejar de gritar. No la veía bien, mas puedo asegurar esto: que estaba rodeada de serpientes enroscadas en sus pies, en sus manos, alrededor del cuello, silbando y mostrando sus lenguas. La rodeaban en tal cantidad, sobre el cuerpo y también en el suelo en torno a ella, que ninguno de los guerreros de Buliwyf se atrevía a avanzar.

Entonces Buliwyf la atacó, y cuando le clavó profundamente la daga en el pecho, ella lanzó otro alarido horripilante, pues él no había hecho caso de las serpientes. Muchas veces hundió la daga en la madre de los wendol. Pero la mujer no caía, sino que seguía en pie, a pesar de brotar de ella la sangre como de una fuente, de todas las heridas infligidas por la daga de Buliwyf. Todo el tiempo, en fin, gritaba con un estrépito que provocaba horror.

Por fin cayó muerta. Buliwyf se volvió hacia sus guerreros. Vimos entonces que la madre de los wendol le había herido. Tenía enterrado en el estómago un alfiler de plata, semejante a los usados para sujetarse el cabello. El alfiler temblaba con cada latido del corazón de Buliwyf. Cuando él se lo arrancó, brotó un chorro de sangre. Sin embargo, no cayó de rodillas mortalmente herido, sino que permaneció en pie y dio orden de que abandonáramos la cueva.

Así lo hicimos, por la entrada sobre tierra firme. No obstante haber estado guardada por los wendol, éstos habían huido al oír los gritos de su madre agonizante. Partimos sin hallar obstáculos. Buliwyf nos condujo lejos de las cuevas hasta donde estaban nuestros caballos. Una vez allí, Buliwyf cayó al suelo.

Etchgow, con una expresión de dolor poco habitual en los nórdicos, nos dirigió en la construcción de una litera[48] y en ella trasladamos a Buliwyf de regreso a través de los campos hacia el reino de Rothgar. Y durante todo el trayecto Buliwyf se mostró de buen humor y alegre. Muchas de las cosas que dijo no pude comprenderlas, pero en una ocasión le oí decir:

[47] Esta descripción de los aspectos físicos de los wendol ha desencadenado un debate que cabía prever. Véase Apéndice.
[48] Lectulus.

-Rothgar no estará contento de vernos, pues deberá ofrecer otro banquete y a estas alturas es un anfitrión algo arruinado. -Pude ver que los guerreros al oír esto, así como otras bromas de Buliwyf, reían de verdad.

Llegamos, pues, al reino de Rothgar, donde nos acogieron con ovaciones y júbilo, sin tristeza, no obstante estar Buliwyf tan gravemente herido, de un color grisáceo y con el cuerpo tembloroso y los ojos encendidos por el resplandor de un alma enferma y febril. Yo conocía muy bien esos síntomas, como también les eran familiares a los nórdicos.

Llevaron a Buliwyf una escudilla llena de sopa de cebollas, pero él la rechazó diciendo: -Tengo la enfermedad de la sopa. No os molestéis por mí.

Seguidamente propuso que se celebrara el regreso e insistió en presidir la fiesta, sentado y sostenido sobre un lecho de piedra junto al rey Rothgar, bebiendo hidromiel y mostrándose lleno de alegría. Estaba yo junto a él cuando oí que decía al rey Rothgar, en mitad de las celebraciones:

-No tengo esclavos.

-Todos mis esclavos son tus esclavos -le dijo Rothgar.

-No tengo caballos -dijo Buliwyf.

-Todos mis caballos son tuyos -repuso Rothgar-. No pienses más en ello.

Y Buliwyf, con sus heridas cubiertas ya, se mostró contento y sonrió y el color volvió a sus mejillas. Daba la impresión de ganar fuerza a cada minuto que transcurría de esa noche. Y aunque yo nunca lo habría creído posible, tomó por la fuerza a una joven esclava y después me dijo con tono de chanza:

-El hombre muerto no es útil a nadie.

Al poco, Buliwyf se quedó dormido y sus colores se volvieron más pálidos y su respiración menos profunda. Temí que nunca despertase de aquel sueño. Tal vez él también lo temía, porque mientras dormía aferró su espada con una mano.

ESTERTORES DE MUERTE DE LOS WENDOL

Así pues, también yo me quedé dormido. Herger me despertó con estas palabras:

-Debes venir ahora mismo.

Oí entonces el rumor de un trueno lejano. Miré por la ventana cubierta de vejiga.[49] No había amanecido todavía, pero a pesar de ello tomé mi espada. En realidad me había dormido con la armadura puesta, por no haber tenido ganas de quitármela. Me apresuré a salir. Era la hora que precede el alba y el aire estaba brumoso y espeso, cargado de rumor de cascos lejanos.

Herger me dijo:

-Vienen los wendol. Se han enterado de las heridas mortales de Buliwyf y buscan una última venganza por la muerte de su madre.

Los guerreros de Buliwyf, entre quienes me contaba yo, ocupamos nuestro puesto en el perímetro de las fortificaciones que habíamos levantado contra los wendol. Eran defensas muy precarias, pero no teníamos otras. Escudriñamos la niebla para ver los jinetes que se aproximaban. Había supuesto que sentiría miedo, pero no lo sentí, pues había visto ya a los wendol y sabía que eran seres, si no hombres, bastante semejantes a los hombres, como lo son los monos. Sabía que eran mortales y que morían.

Por ello no sentí miedo, aparte de la expectativa de esta batalla final. En ese sentido estaba solo, porque los guerreros de Buliwyf mostraban mucho temor, a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo. Es verdad que habíamos matado a la madre de los wendol, su conductora, y que

[49] *Fenestra porcus*: literalmente, «ventana de puerco». .os nórdicos utilizaban membranas estiradas en lugar de vidrio para cubrir sus estrechas ventanas. Estas membranas eran translúcidas. No era posible ver mucho a través de ellas, pero permitían el paso de la luz dentro de las viviendas.

habíamos perdido también a Buliwyf, nuestro propio conductor. No había por tanto mucha alegría mientras esperábamos.

De pronto oí un fuerte tumulto a mis espaldas, y al volverme vi lo siguiente: Buliwyf, pálido como la niebla, estaba en pie sobre la tierra del reino de Rothgar. Y sobre sus hombros había dos cuervos, uno de cada lado. Y al ver esto los nórdicos lanzaron gritos, blandieron sus armas y gritaron pidiendo guerra.[50]

Buliwyf, diré, no habló en ningún momento, ni tampoco miró hacia un lado u otro. Tampoco mostró signos de haber reconocido a nadie, sino que avanzó con paso majestuoso, atravesó la línea de fortificaciones y, una vez fuera, esperó el ataque de los wendol. Los cuervos huyeron volando y Buliwyf, aferrando su espada Runding, hizo frente al ataque.

No existen palabras capaces de describir el ataque final de los wendol en aquel amanecer de niebla. No hay palabras para describir la sangre derramada, los alaridos que rasgaban el aire espeso, los caballos y jinetes que morían en horrible agonía. Con mis propios ojos vi a Etchgow, el hombre de los brazos de hierro, ser decapitado por la espada de un wendol y su cabeza rodar y por la boca. Vi asimismo a Weath atravesado por una flecha en el pecho y aprisionado por ella en el suelo, donde corcoveaba como un pescado. Vi a una niña pisoteada por los cascos de un caballo, su cuerpo totalmente aplastado y la sangre brotándole por un oído. También vi a una mujer, esclava del rey Rothgar, cuyo cuerpo fue cortado en dos partes cuando corría huyendo de un jinete. Vi a muchos niños muertos del mismo modo. Vi caballos encabritarse y levantarse, ya desmontados sus jinetes, para caer luego sobre ancianos y ancianas que mataban a los animales desde su posición caída en el suelo y a pesar de estar atontados. Vi, en fin, a Wiglif, el hijo de Rothgar, correr lejos de la batalla y ocultarse como un cobarde. No vi al heraldo.

Yo mismo maté a tres wendol y recibí un flechazo en un hombro que me provocó un dolor semejante a una quemadura. Me hervía la sangre en toda la longitud del brazo y también en el pecho. Temí desmayarme, pero continué peleando.

El sol había perforado ya la niebla y el amanecer estaba sobre nosotros. Al poco la niebla se disipó y los jinetes se alejaron. Bajo la luz cruda del día vi cadáveres por todas partes y también muchos cadáveres de wendol, pues en esta oportunidad no habían recogido a sus muertos. Este hecho era plena prueba de su derrota, pues su huida se había efectuado en desorden y no podían volver a atacar a Rothgar. Y todos los habitantes del reino de Rothgar lo comprendieron así y se regocijaron.

Herger me lavó la herida y se mostró jubiloso, pero sólo hasta que trasladaron el cuerpo de Buliwyf al gran salón de Rothgar. Buliwyf había muerto mil muertes. Tenía el cuerpo destrozado por las espadas de una docena de adversarios y su rostro y su cuerpo estaban cubiertos de sangre todavía tibia. Herger se echó a llorar y ocultó el rostro de mí, pero no era necesario, porque yo mismo sentí que las lágrimas me empañaban los ojos.

Buliwyf fue depositado ante el rey Rothgar, quien tenía el deber de pronunciar un discurso. El viejo rey, no obstante, no pudo hacerlo. Dijo sólo esto:

-He aquí un guerrero y un héroe digno de los dioses. Enterradlo como a un gran rey. -Y abandonó el recinto.

[50] Esta parte del manuscrito ha sido compilada con fragmentos del manuscrito de Razi, cuyo principal interés era el de las técnicas bélicas. Se ignora si ibn-Fadlan conocía o no, o si registró, el significado de la reaparición de Buliwyf. Sin duda Razi no la incluyó, no obstante la importancia de dicha reaparición. En la mitología nórdica, Odín es representado popularmente como portador de un cuervo en cada hombro. Estas aves le traen las noticias del mundo. Odín era la principal deidad del panteón nórdico y considerado como el padre universal. Regía principalmente en materia de guerra. Se creía que periódicamente aparecía entre los hombres, aunque rara vez en su forma de dios, pues prefería asumir el aspecto de un simple viajero. Se afirmaba que su sola presencia era capaz de ahuyentar al enemigo.

Es un hecho interesante que exista una historia sobre Odín según la cual muere, pero resucita a los nueve días. La mayoría de los estudiosos cree que esta leyenda es anterior a toda influencia cristiana. De todos modos, el Odín resucitado seguía siendo mortal y se creía que algún día moriría definitivamente.

Creo que se sentía avergonzado de no haber participado él mismo en la batalla. También su hijo Wiglif había huido como un cobarde y muchos habían sido testigos de ello y lo llamaban una acción de mujer. Esta circunstancia contribuyó, quizás, a avergonzar aún más al padre. O bien puede haber existido algún otro motivo que yo desconocía. La verdad es que era sumamente anciano.

Sucedió entonces que en voz muy baja Wiglif habló al heraldo:

-Buliwyf nos ha rendido grandes servicios, tanto mayores por haber muerto después de haberlos prestado.

En estos términos habló Wiglif cuando su padre se retiró del gran salón.

Herger oyó estas palabras y también yo. Fui el primero en desenvainar la espada. Herger me dijo entonces:

-No te batas con ese hombre; es un zorro y tú tienes heridas.

-¿Qué importa? -repliqué, y desafié al hijo de Rothgar sin vacilar.

Wiglif sacó su espada, pero en el mismo instante Herger me asestó un puntapié u otro golpe violento desde atrás y, como no lo esperaba, caí tropezando. Entonces Herger se trabó en combate con el hijo Wiglif. También el heraldo se dispuso a batirse y avanzó con sigilo, con la intención de colocarse detrás de Herger y matarle por la espalda. Yo mismo maté al heraldo hundiéndole la espada en el abdomen, y el heraldo lanzó un grito en el instante en que le atravesé. El hijo Wiglif le oyó, y a pesar de haber luchado con aparente valor hasta entonces, mostró gran temor mientras se batía con Herger.

Ocurrió entonces que el rey Rothgar oyó el entrechocar de las espadas. Volvió al gran salón y suplicó que cesara el duelo. Sus esfuerzos fueron inútiles. Herger tenía un propósito firme. Llegué a verlo a horcajadas sobre el cuerpo de Buliwyf y esgrimir la espada contra Wiglif hasta que lo mató. Cayó sobre la mesa de Rothgar y, tomando la copa del rey, intentó llevársela a los labios. La verdad es que murió sin haber bebido. Así quedó dirimido este asunto.

Del grupo de Buliwyf, que había sido de trece hombres, quedábamos solamente cuatro. Junto con ellos ayudé a trasladar a Buliwyf debajo de un techado de madera y allí depositamos su cuerpo con una copa de hidromiel en la mano. Herger dijo entonces a la multitud congregada allí:

-¿Quién morirá junto a este noble guerrero? Y una mujer, una esclava del rey Rothgar, dijo que ella moriría junto a Buliwyf. Se iniciaron los preparativos habituales entre los nórdicos.[51]

Se preparó seguidamente un barco junto a la orilla, debajo de la fortaleza de Rothgar, y en él se dejaron tesoros de oro y de plata, además de dos caballos muertos. Se levantó una tienda y Buliwyf, con la rigidez de la muerte ya, fue colocado dentro de ella. Su cadáver tenía el color negro de la muerte en este clima tan frío. Llevaron entonces a la esclava a cada uno de los guerreros de Buliwyf y también yo, cuando me la trajeron, tuve conocimiento carnal de ella. Me dijo luego: -Mi amo te lo agradece.

Tenía una expresión radiante en el rostro y sus modales eran mucho más cordiales de los habituales en esta gente. Mientras volvía a ponerse sus ropas, entre las que contaba además con espléndidos adornos de oro y de plata, le dije que la hallaba llena de felicidad.

Estaba pensando yo que era una muchacha bonita y joven y que pronto habría de morir, cosa que ella, como yo, sabía. Me dijo entonces:

-Estoy contenta porque pronto veré a mi amo.

No había bebido hidromiel todavía y hablaba con una sinceridad que le brotaba del corazón. Tenía el rostro radiante como el de una niña feliz o como el de ciertas mujeres cuando están encinta. Es así como puedo describirlo mejor.

En vista de ello, le dije:

-Dile a tu amo, cuando le veas, que yo he sobrevivido para escribir. -No sé si ella comprendió bien estas palabras. Añadí-: Era el deseo de tu amo.

[51] A pesar de que ibn-Fadlan no especifica que haya transcurrido ningún período de tiempo, probablemente pasaron varios días antes de celebrarse la ceremonia funeraria.

-Se lo diré -dijo ella, y con la mayor alegría fue a ofrecerse al guerrero siguiente. No sé si había comprendido lo que quise decir, ya que el único sentido de la escritura que tienen los nórdicos, es el del tallado sobre la madera o la piedra, al cual no se dedican con mucha frecuencia. Además, mi discurso en lengua nórdica no era claro. A pesar de ello, la muchacha se mostró satisfecha y se alejó de mí.

Al atardecer, cuando el sol comenzó su descenso hacia el mar, se dispuso el barco de Buliwyf en la playa y se llevó a la muchacha a la tienda sobre el barco y la vieja llamada ángel de la muerte le colocó una daga entre las costillas y Herger y yo tiramos de la cuerda que la estranguló. Después de sentarla al lado de Buliwyf, nos alejamos.

En todo aquel día no había tomado yo alimento ni bebida, por saber que debía participar en estas actividades y no desear sufrir la vergüenza de vomitar en presencia de todos. Sin embargo, no sentí repulsión frente a los hechos registrados más tarde, ni tampoco estuve a punto de desmayarme ni sentí que me daba vueltas la cabeza. En secreto, me sentí orgulloso de mí mismo. También es verdad que en el momento de morir la joven esclava estaba sonriendo y que quedó muerta con esa sonrisa, de tal manera que más tarde pude verla sentada junto a su amo con la misma sonrisa sobre su rostro pálido. El de Buliwyf estaba negruzco y tenía los ojos cerrados, pero su expresión era serena. Así fue como vi por última vez a estos dos miembros de la raza de los nórdicos.

Se prendió fuego, por último, al barco de Buliwyf y se le impulsó hacia el mar, mientras los nórdicos, en pie en la costa rocosa, hacían muchas invocaciones a sus dioses. Con mis propios ojos vi cómo las corrientes se llevaban el barco, como una pira ardiente, y por fin lo perdí de vista y las tinieblas de la noche descendieron sobre las tierras del norte.

REGRESO DE LAS TIERRAS DEL NORTE

Pasé unas semanas más en la compañía de los guerreros y nobles del reino de Rothgar. Fueron días gratos, porque las gentes se mostraron amables y hospitalarias, cuidado con solicitud de mis heridas, que cicatrizaron bien, loado sea Alá. No tardó en llegar el día, no obstante, en que sentí deseos de volver a mi tierra natal. Revelé entonces al rey Rothgar que era el emisario del califa de Bagdad y que debía terminar la misión que él me había encomendado, pues de lo contrario sería objeto de su ira.

Nada de esto hizo mucha impresión a Rothgar, quien dijo que yo era un noble guerrero y que deseaba que permaneciera en su dominio para vivir la vida que merece semejante guerrero. Rothgar manifestó entonces que me ofrecía su amistad eterna y que me daría todo lo que yo deseara y que estuviera dentro de sus posibilidades darme. No estaba dispuesto, en cambio, a permitir que marchara y se ingenió para crear toda clase de excusas y retrasos. Dijo que debía cuidarme las heridas, no obstante estar éstas evidentemente cicatrizadas. Señaló después que debía recobrar las fuerzas, aunque ellas estaban también visiblemente restablecidas. Por fin dijo que debía esperar hasta que se equipase un barco, empresa que no era fácil. Cuando le pregunté cuánto tiempo podría llevar esto, el rey me dio una respuesta vaga, como si no le interesara mucho. Todas las veces que le preguntaba cuándo podría partir se irritaba y me preguntaba a su vez si estaba yo insatisfecho con la hospitalidad que recibía. A ello me veía obligado a responder con toda suerte de expresiones de alabanza por su cortesía y de gratitud por mi parte. No tardé en caer en la cuenta de que el rey era menos tonto de lo que yo había supuesto hasta entonces.

Acudí, pues, a Herger, le hablé de mi situación y le dije:

-El rey no es el tonto que yo imaginaba.

-Estás equivocado -replicó Herger-. Es tonto de remate y no actúa con sensatez.

Me prometió entonces ocuparse de mi partida y hablar con el rey.

He aquí cómo tuvo que proceder. Solicitó una audiencia privada al rey y le dijo que era un gobernante grande y sabio cuyo pueblo le amaba y le respetaba en virtud de la manera en que cuidaba de los intereses del reino y velaba por el bienestar de sus súbditos.

Estas lisonjas ablandaron al anciano. Herger le recordó que de los cinco hijos que había tenido, sólo le quedaba uno, Wulfgar, quien había ido en busca de Buliwyf como emisario y a la sazón seguía alejado. Era necesario llamar inmediatamente a Wulfgar y organizar una partida para que le trajera de regreso, ya que no había otro heredero que Wulfgar.

Dijo todo esto al rey. Creo, además, que mantuvo una conversación privada con la reina Weilew, quien tenía mucha influencia sobre su marido.

Sucedió poco después que una noche, durante un banquete, Rothgar anunció que se equiparía un barco con su tripulación para llevar a cabo un viaje que traería a Wulfgar de regreso al reino. Le solicité que me permitiera formar parte de esa expedición y esta vez el viejo rey no pudo negarse a dejarme marchar. La preparación del barco se prolongó por espacio de varios días. Durante ese intervalo pasé buena parte del tiempo con Herger. Herger había decidido quedarse.

Un día estábamos en pie en el acantilado, contemplando el barco en la playa, mientras lo preparaban para el viaje y cargaban en él las provisiones.

Herger me dijo entonces:

-Vas a emprender un largo viaje. Elevaremos plegarias por tu seguridad.

Le pregunté a quién pensaban elevarlas, y Herger repuso:

-A Odín, a Freya, a Thor, a Wyrd y a todos los demás dioses que pueden influenciar la suerte de tu viaje.

Eran éstos los nombres de los dioses de los nórdicos.

Repliqué en estos términos:

-Creo en un único dios, que es Alá, todo misericordioso y magnánimo.

-Lo sé -dijo Herger-. Es posible que en tu país sea suficiente tener un único dios, pero no ocurre lo mismo aquí. Aquí tenemos muchos dioses y cada uno de ellos tiene su importancia, de modo que rogaremos a todos ellos por tu buena fortuna.

Se lo agradecí en seguida, ya que las plegarias de un pagano son igualmente eficaces cuando son sinceras, y no dudaba en absoluto de la sinceridad de Herger.

Ahora bien, Herger sabía desde hacía largo tiempo que mis creencias eran distintas a las suyas, pero a medida que se aproximaba la fecha de mi partida, me preguntó muchas veces acerca de estas creencias. Lo hacía, además, en momentos inesperados, con la intención de sorprenderme y enterarse de la verdad. Yo tomaba muchas de sus preguntas como una especie de prueba, tal como Buliwyf puso a prueba en una oportunidad mis conocimientos de escritura. Invariablemente le respondía en los mismos términos, hecho que aumentaba su perplejidad.

Un día me dijo sin recordar, al parecer, que ya había hecho la pregunta:

-¿Cuál es la naturaleza de tu dios Alá?

-Alá -dije- es el único dios, lo gobierna todo, lo ve todo, lo sabe todo y lo dispone todo. -Con anterioridad ya le había dicho estas palabras.

Al cabo de unos pocos instantes, Herger me preguntó:

-¿Nunca provocas la ira de este Alá?

-Sí que la provoco -repuse-, pero Él es misericordioso y magnánimo.

-¿Cuando ello conviene a sus fines? -preguntó Herger.

Asentí, y Herger reflexionó sobre mi respuesta. Por fin hizo el siguiente comentario, meneando la cabeza:

-Es demasiado arriesgado. Un hombre no puede poner tanta fe en una sola cosa, sea mujer, caballo, arma u otro objeto por sí solo.

-Yo la pongo -señalé.

-Como quieras -repuso Herger-, pero hay demasiadas cosas que el hombre ignora. Y todo lo que el hombre ignora pertenece al dominio de los dioses.

Librodot

Comprendí entonces que nunca podría persuadir a Herger de mis creencias ni yo tampoco llegar a aceptar las suyas, de modo que nos separamos.

Fue una despedida realmente triste, pues me causaba gran pesar separarme de Herger y de los guerreros que quedaban. Herger también lo sentía así. Le cogí por un hombro y él a su vez me cogió el mío, y en seguida me embarqué en la nave negra, que me llevó a la tierra de los daneses. Al alejarse el barco, con su vigorosa tripulación, de las costas de Venden, pude ver los tejados relucientes de la gran fortaleza de Hurot, y al volverme, el océano gris e infinito delante de nuestros ojos. Ocurrió entonces que...[52]

Apéndice

LOS MONSTRUOS DE LA NIEBLA

Como lo ha destacado William Howells, los hechos capaces de provocar la muerte de un animal de tal manera que se conserve como fósil durante siglos son sumamente raros. Esto es aplicable en especial a un animal tan pequeño, frágil y terrestre como el hombre, siendo por ello inusitadamente escaso el volumen de fósiles de hombres primitivos con que contamos actualmente.

Los diagramas de los textos en los que figura el «árbol de la raza humana» implican una certidumbre en cuanto a conocimientos que resulta poco clara. Cada tantos años se poda y se corrige este árbol. Una de las ramas más difícil y mayormente sujeta a controversias de este árbol es la que se suele denominar «el hombre de Neandertal».

Alemania donde se hallaron por primera vez yesos de este espécimen en 1856, tres años antes de a publicación de El origen de las especies. Al mundo victoriano no le agradaron estos restos de esqueletos y subrayó los aspectos crudos y brutas del hombre de Neandertal, hasta el punto de que hoy en día es para la imaginación popular sinónimo de todo lo primitivo y bestial en la naturaleza humana.

Así pues, con una especie de alivio, los expertos de la primera época llegaron a la conclusión e que el hombre de Neandertal había «desaparecido» hace unos treinta y cinco mil años, para ser remplazado por el de Cro-Magnon, cuyos esqueletos indican, según se supone, tanta delicadeza, sensibilidad e inteligente como mostraba el cráneo de Neandertal aquella

[52] El manuscrito se interrumpe bruscamente en este punto, el final de una página transcrita, con las palabras finales y lacónicas de *nunc fit*, y si bien el manuscrito debía obtener mucho más material, no se han hallado otros pasajes. Ello se debe sin duda a una casualidad exclusivamente histórica, pero todos los traductores han comentado el carácter adecuado de este final abrupto, que sugiere el comienzo de una nueva aventura, una nueva visión insólita, que por las razones más arbitrarias del último milenio nos eran negadas.

brutalidad monstruosa. La creencia general era que el hombre de Cro-Magnon, superior y más reciente, exterminó 1 hombre de Neandertal.

Ahora bien, la verdad es que tenemos pocos ejemplares satisfactorios del hombre de Neandertal entre nuestros esqueletos. De unos ochenta o más fragmentos conocidos, sólo aproximadamente una docena son suficientemente completos o están fechados con suficiente exactitud como para justificar un estudio serio. No podemos afirmar nada con certeza acerca de la posible extensión de esta variedad ni de lo que le sucedió en definitiva. La revisión reciente del material óseo ha tendido a poner en tela de juicio, en cambio, la creencia victoriana de que estos hombres tenían un aspecto monstruoso e infrahumano.

En su estudio publicado en 1957, Straus y Cave dicen: «Si le fuera posible reencarnarse y encontrarse en un Metro de Nueva York, bañado, afeitado y vestido con prendas modernas, cabe dudar que atrajese mayor atención que muchos de sus congéneres de hoy.»

Otro antropólogo lo expresa en términos más claros aún: «Podríamos haberlo hallado de aspecto tosco, pero no habríamos objetado que nuestra hermana se casara con él.»

De aquí no hay más que un paso hasta la creencia abrigada ya por muchos antropólogos. El hombre de Neandertal, como variante anatómica del hombre moderno, no ha desaparecido ni mucho menos, sino que se encuentra aún entre nosotros.

La nueva interpretación de los restos culturales asociados con el hombre de Neandertal tiende a favorecer una visión benévola de éste. Los antropólogos del pasado se mostraron altamente impresionados por la belleza y profusión de las pinturas de las cavernas que aparecieron por primera vez con la aparición del hombre de Cro-Magnon. Estas pinturas contribuyeron casi tanto como los materiales óseos a reforzar el concepto de que una sensibilidad nueva y maravillosa había remplazado con ellos «la quintaesencia de la ignorancia bruta».

Sin embargo, el hombre de Neandertal fue notable por derecho propio. Su cultura, llamada Musteriense (y una vez más debemos el nombre a un lugar llamado Le Moustier, en Francia), se caracteriza por el trabajo en piedra de excelente calidad, muy superior a cualquier otro nivel cultural anterior. En la actualidad se acepta asimismo que el hombre de Neandertal tenía instrumentos de hueso además de los de piedra.

El hecho más impresionante es que el hombre de Neandertal fue el primero de nuestros antepasados que enterró a sus muertos según un ritual. En Le Moustier se había colocado a un adolescente en una zanja, en posición de dormir y provisto de varios instrumentos de sílex, un hacha de piedra y carne asada. El hecho de que estos materiales estaban destinados a un uso por parte del muerto en una vida ulterior es aceptado por la mayoría de los antropólogos.

Hay otra prueba de su sentimiento religioso. En Suiza existe un altar al oso de las cavernas, animal venerado, respetado y también consumido. En una cueva llamada Shanidar, en Iraq, se halló enterrado a un hombre de Neandertal con flores dentro de la tumba.

Todo esto señala cierta actitud frente a la vida y a la muerte, una visión del mundo centrada en el hombre, elemento que se encuentra en el fondo de lo que según creemos distingue al hombre del resto del mundo animal. Sobre la base de la evidencia con que contamos, debemos llegar a la conclusión de que el primer hombre que adoptó esta actitud fue el de Neandertal.

La revelación general del hombre de Neandertal coincide con el descubrimiento renovado del contacto de ibn-Fadlan con «los monstruos de la niebla». Su descripción de estos seres sugiere la anatomía de los hombres de Neandertal y plantea el interrogante acerca de si la variedad Neandertal desapareció en realidad de la tierra hace varios milenios, o bien estos hombres primitivos perduraron hasta épocas históricas.

Los argumentos basados en analogías pueden sustentar conceptos opuestos. Existen ejemplos históricos de grupos reducidos de gente poseedora de una cultura tecnológicamente superior que ha destruido a otra más primitiva en pocos años. Tal es en gran parte la historia del contacto europeo con el Nuevo Mundo. Existen, además, ejemplos de sociedades primitivas que habitaban zonas aisladas y eran desconocidas para los pueblos más avanzados

Librodot

y civilizados que vivían cerca de ellas. En fecha reciente se descubrió una tribu con estas características en Filipinas.

La controversia académica alrededor de los hombres descritos por ibn-Fadlan puede resumirse en los conceptos expresados por Geoffrey Wrightwood, de la Universidad de Oxford, y por E. D. Goodrich, de la Universidad de Filadelfia. Wrightwood afirmó en 1971: «La crónica de ibn-Fadlan nos proporciona una descripción perfectamente válida de los hombres de Neandertal, coincidente con la evidencia de material fósil y con nuestras suposiciones en cuanto al nivel cultural de estos hombres primitivos. Cabría aceptarla en seguida si no hubiésemos decidido ya, de antemano, que estos hombres desaparecieron sin dejar rastros unos treinta o cuarenta mil años antes. Conviene recordar que creemos que tal desaparición tuvo lugar sólo porque no hemos hallado material fósil de fechas posteriores y que la falta de dicho material no significa que no exista de hecho.

»Desde el punto de vista objetivo, no existe razón a priori para negar que un grupo de hombres de Neandertal haya podido sobrevivir mucho tiempo en una región aislada de la península escandinava. De cualquier manera, ésta sería la hipótesis mejor adaptada a la descripción hecha en el texto árabe.»

Goodrich, paleontólogo bien conocido por su escepticismo, adopta la posición opuesta (1972): «La exactitud general de la crónica de ibn-Fadlan puede tentarnos a pasar por alto ciertas exageraciones en su manuscrito. Hay varias de ellas y surgen ya sea de un precondicionamiento social o bien de la tendencia del narrador a impresionar a sus lectores. Así, llama a los vikingos gigantes cuando distaban mucho de serlo. Destaca los aspectos de suciedad y ebriedad de sus anfitriones, que otros observadores menos exigentes no hallaron inusuales. En su informe sobre la sociedad de los llamados wendol, atribuye gran importancia a su apariencia hirsuta y brutal, cuando en realidad puede que no hayan sido tan velludos ni tan brutales. Bien pueden haber constituido una tribu de Homo sapiens que vivía aislada y sin el nivel de logros culturales manifestados por los escandinavos.

»Hay evidencia interna, dentro del volumen principal del manuscrito de ibn-Fadlan, en apoyo de la hipótesis de que los wendol son en realidad Homo sapiens. Las figurinas de mujeres embarazadas que describe el árabe sugieren en forma marcada las tallas y figurinas prehistóricas halladas en las excavaciones de la región industrial de Aurignac, Francia, así como los hallazgos de Gravett en Willensdorfg, Austria, en el nivel 9. Tanto los niveles culturales de Aurignac como los de Gravett están asociados con un hombre esencialmente moderno y no con el de Neandertal.

»No debemos olvidar que para el observador inexperto las diferencias culturales se interpretan a menudo como diferencias físicas y no es necesario pecar de excesiva ingenuidad para incurrir en este error. Por ello, en época tan reciente como los años 1880 y 1890, era posible hallar europeos educados que preguntaban abiertamente si los negros de las sociedades africanas primitivas debían ser considerados como seres humanos o bien representaban una expresión de la insólita combinación sexual de hombres y primates. Tampoco conviene olvidar el grado en el cual ciertas sociedades con niveles de adelanto cultural diametralmente distintos pueden coexistir muy cerca la una de la otra. Estos contrastes aparecen hoy en día, por ejemplo, en Australia, donde es posible observar la edad de piedra y la edad del avión supersónico, en estrecha proximidad. En vista de estos hechos no es necesario, al interpretar las descripciones de ibn-Fadlan, argüir en favor del hombre de Neandertal, a menos que deseemos hacerlo por simple capricho.»

En definitiva, los argumentos tropiezan con una limitación bien conocida en el método científico mismo. El físico Gerhard Robbins observa: «En términos precisos, no es posible probar ninguna hipótesis o teoría. Sólo es posible probar que no es verdad. Cuando afirmamos creer en una teoría, lo que queremos significar, en realidad, es que no podemos demostrar que la teoría es equivocada, en lugar de poder demostrar sin duda que la teoría es correcta.

»Una teoría científica puede tener vigencia durante años y aun siglos, y acumular centenares de elementos de prueba para apoyarla. No obstante, una teoría es siempre

Librodot

vulnerable, y un solo hallazgo que la pone en tela de juicio es suficiente para alterar la hipótesis y dar lugar a una nueva teoría. Nadie puede saber nunca cuándo aparecerán estos elementos de prueba conflictivos. Tal vez surjan mañana, tal vez nunca. La historia de la ciencia está sembrada de ruinas de edificios magníficos derribados por un accidente o una trivialidad. »

Es esto lo que quiso significar Geoffrey Wrightwood cuando dijo en el Séptimo Simposio Internacional de Paleontología Humana celebrado en Ginebra en 1972: «Sólo necesito un cráneo, o un fragmento de cráneo, o un trozo de mandíbula. En realidad, sólo necesito un diente en buen estado para con ello dar fin al debate. »

Hasta hallar esta prueba de material óseo continuarán las conjeturas y cada uno podrá adoptar la posición que satisfaga su sentido individual de la armonía de las cosas.

Epílogo

UNA NOTA FÁCTICA ACERCA DE DEVORADORES DE CADA VERES

Devoradores de cadáveres fue concebida como

un desafío. En 1974, mi amigo Kurt Villadsen tenía la intención de dictar en la universidad un curso que llamó «Los grandes rollos». El curso incluiría todos los textos que se suponían cruciales para la civilización occidental, pero que en realidad ya nadie leía con gusto, porque eran demasiado aburridos. Kurt dijo que el primero de los grandes rollos que trataría era el poema épico *Beouwulf.*

Yo no estaba de acuerdo. Argumenté que Beowulf era una historia dramática y apasionante... y que podía demostrarlo. Me fui a casa e inmediatamente empecé a tomar notas para esta novela.

Comencé desde la tradición erudita que estudiaba la poesía épica como si éstas pudieran tener alguna base subyacente. Heinrich Schliemann daba por sentado que la Riada era verdad, y descubrió que lo que reivindicaba eran Troya y Micenas; Arthur Evans creía que algo quedaba del mito del Minotauro, y descubrió el palacio de Cnosos en Creta;[53] M. I. Finley y otros habían trazado la ruta de Ulises en la Odisea;[54] Lionel Casson había escrito acerca de los verdaderos viajes que podían servir de base al mito de Jasón y los argonautas.[55] Por lo tanto parece razonable, dentro de esta tradición, imaginar que Beowulf originalmente había estado basado en un hecho real.

Ese hecho ha sido adornado a lo largo de siglos de ser recontado oralmente, lo que produjo la narración fantástica que leemos hoy en día. Pero pensé que sería posible invertir el proceso, ir mondando la invención poética y volviendo a un núcleo de auténtica experiencia humana: algo que de hecho ha sucedido.

Esta idea de dejar al descubierto la esencia fáctica de la narración era atrayente, pero poco práctica. La erudición moderna no ofrece un procedimiento objetivo para separar la invención

[53] El clásico relato popular de Evans y Schliemann es C. W. Ceram (Kurt W. Marek), Gods Graves and Scholars, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1967.
[54] M. 1. Finley, The World of Odysseus, Viking Press, Nueva York, 1965.
[55] Lionel Casson, The Ancient Mariners, Sea Farers and Sea Fighters of the Mediterranean in Ancient Times, Macmillan, Nueva York, 1959.

poética del hecho subyacente. Incluso intentarlo significaría tomar innumerables decisiones subjetivas, grandes y pequeñas, en cada página; al final, tantas decisiones que el resultado inevitablemente sería otra invención más: una moderna fantasía seudohistórica acerca de lo que debieron de haber sido los hechos originales.

El insoluble problema me impidió seguir adelanté. Por supuesto, al escribir la novela intenté crear una fantasía propia. Pero las fantasías exigen una lógica rigurosa, y yo estaba inquieto por la lógica que había detrás de lo que quería escribir. Puesto que un verdadero erudito no podía hacer lo que yo intentaba, descubrí que al escribir no podía fingir que lo había hecho así. No fue un fracaso de imaginación ni de valor. Fue un problema puramente práctico. Al igual que el erudito, yo no tenía una base para decidir cuáles elementos de la narración de *Beowulf* conservar y cuáles descartar.

A pesar de que la idea de trabajar hacia atrás me parecía insostenible, seguía interesado. Me planteé una pregunta distinta: supuse, por un momento, que los problemas prácticos que me inquietaban no existían, y el proceso podía, en efecto, llevarse a cabo. ¿A qué se parecería la narración resultante? Imaginé que probablemente sería un recuento bastante mundano de algunas batallas que tuvieron lugar hace más de mil años. De hecho, sospeché que probablemente se parecería a los relatos de testigos oculares de hechos famosos, escritos por personas que no son conscientes de la importancia de los hechos que están viviendo.

Esta línea de pensamiento finalmente dio la solución a mi problema. Desde luego, quería un relato de testigo ocular. No podía sacarlo de la actual narración de Boewulf, y no quería inventarlo. Ése fue mi callejón sin salida. Pero en un determinado momento me di cuenta de que no tenía que inventarlo; en cambio, podía descubrirlo.

¿Y si -pensé- un observador contemporáneo había estado presente en esas batallas y había escrito un relato de los hechos que luego fueron transformados en un poema? ¿Y si, también, ese relato ya existía, pero nunca había sido reconocido por lo que era? De ser así, entonces no era necesaria invención alguna por mi parte. Podía, simplemente, reproducir la narración del testigo ocular y anotarla para el lector.

El concepto de un manuscrito preexistente evitaba los problemas lógicos que antes me estorbaban, porque un manuscrito encontrado no sería creación mía... aunque lo crearía yo. Por supuesto, tal pensamiento es absurdo, pero siempre surge. A menudo los actores no pueden actuar sin un accesorio, o un bigote postizo, o algún otro artificio que los separe del personaje que están representando. Yo estaba involucrado en un proceso similar.

¿Qué clase de narración sería la más deseable? Decidí que el relato más útil sería el escrito por una persona ajena al asunto; alguien que no formara parte de la cultura, que pudiera informar objetivamente de los hechos a medida que ocurrían. Pero ¿quién habría sido este observador independiente? ¿De dónde habría venido?

Después de volver a pensarlo, me di cuenta de que ya tenía conocimiento de esa persona. En el siglo X, un árabe llamado Ibn-Fadlan había viajado hacia el norte desde Bagdad y llegado a lo que hoy es Rusia, donde entró en contacto con los vikingos. Su manuscrito, muy conocido por los eruditos, proporciona uno de los primeros relatos de testigo ocular sobre la vida y la cultura vikingas.[56] En mi época de estudiante universitario había leído trozos del manuscrito. Ibn-Fadlan tenía una voz y un estilo inconfundibles. Era imitable. Era creíble. Era inesperado. Y después de mil años, estaba convencido de que Ibn-Fadlan no tendría inconveniente en ser revivido en un nuevo papel, como testigo de los hechos que dieron lugar al poema épico de Beowulf.

A pesar de que el manuscrito completo de Ibn-Fadlan había sido traducido al ruso, al alemán, al francés y a muchas otras lenguas, al inglés sólo se habían traducido partes. Obtuve los fragmentos del manuscrito existentes y los combiné, con sólo insignificantes

[56] Entre los muchos estudios de la sociedad vikinga para el lector general, véanse: D. M. Wilson, The Vikings, Londres, 1970;J. Brondsted, The Vikings, Londres, 1965; P. Sawyer, The Age of the Vikings, Londres, 1962; P. G. Foote y D. M. Wilson, The Viking Achievement, Londres, 1970. Algunas de estas referencias citan pasajes del manuscrito de Ibn-Fadlan.

Librodot

modificaciones, para formar los tres primeros capítulos de Devoradores de cadáveres.[57] Y luego escribí el resto de la novela en el estilo del manuscrito para que lbn-Fadlan continuara su viaje ya novelesco. También añadí comentarios y algunas notas a pie de página extremadamente pedantes.

Yo era consciente de que el verdadero viaje de lbn Fadlan en el año 921 probablemente había tenido lugar demasiado tarde en la historia para servir de base a Beowulf, que según muchas autoridades fue compuesto ciento cincuenta años antes. Pero la fecha del poema es dudosa, y hasta cierto punto un novelista insistirá en tomarse libertades con los hechos. Devoradores de cadáveres contiene muchos anacronismos evidentes, en particular cuando lbn-Fadlan se reúne con un grupo remanente de neandertales. (Una de las singularidades de este libro es que las décadas intermedias han conocido una revaluación erudita del hombre de Neanderthal, y la noción de que todavía pudieran haber existido algunos alrededor de hace mil años en localización remota no parece tan completamente absurda ahora como lo pareció entonces.)

Pero, en realidad, el juego que este libro pone en práctica con sus bases fácticas se vuelve cada vez más complejo a medida que avanza, hasta que el texto final parece completamente difícil de evaluar. Siento un viejo interés por la verosimilitud, y por los indicios que nos hacen tomar algo como real o entenderlo como ficción. Pero finalmente llegué a la conclusión de que en Devoradores de cadáveres había llevado el juego demasiado lejos. Mientras escribía, sentí que estaba trazando claramente la línea entre realidad y ficción; por ejemplo, un traductor que cito, Per Fraus-Dolus, significa en latín literal «por fraude-dolo». Pero dentro de unos años, ya no estaré seguro de cuáles párrafos eran reales y cuáles inventados; en un momento me encontré en una biblioteca de investigación tratando de localizar ciertas referencias de mi bibliografía, y finalmente llegué a la conclusión, después de un esfuerzo frustrante, de que por muy convincentes que parecieran, tenían que ser ficticias. Estaba furioso por haber perdido mi tiempo, pero yo era el único culpable.

Menciono esto porque la tendencia a desdibujar los límites de la realidad y la ficción se ha generalizado en la sociedad moderna. La ficción está ahora insertada inconsútilmente en todas las cosas, desde las historias eruditas a las noticias de la televisión. Por supuesto, se comprende que la televisión sea venal, sus transgresiones son minimizadas por la mayor parte de nosotros. Pero la actitud de los eruditos «posmodernos» representa un desafío más fundamental. Ahora algunas personas de la vida académica argumentan seriamente que no hay diferencia entre realidad y ficción, que todas las maneras de leer un texto son arbitrarias y personales, y que, por consiguiente, la invención pura es tan válida como la ardua investigación. En el mejor de los casos, esta actitud evade la tradicional disciplina erudita; en el peor de los casos, es desagradable y peligrosa.[58] Pero tales puntos de vista académicos no eran predominantes hace veinte años, cuando me senté a escribir esta novela a la manera de una monografía erudita, y las modas académicas pueden cambiar de nuevo... particularmente si los eruditos se descubren a sí mismos tratando de perseguir notas a pie de página imaginarias, como he hecho yo.

Dadas las circunstancias, quizá debería decir explícitamente que las referencias de este epílogo son genuinas. El resto de la novela, incluyendo su introducción, texto, notas a pie de página y bibliografía, debería realmente ser considerado ficción.

[57] Que yo sepa, aún hay sólo dos fuentes principales en inglés. La primera son los fragmentos del texto que leí en mi época de estudiante universitario: Robert P. Blake y Richard N. Frye, «The Vikings Abroad and at Home», en Carleton S. Coon, A Reader in General Anthropology, Henry Holt and Co., Nueva York, 1952, pp. 410-416. La segunda es Robert P. Blake y Richard N. Frye, «Notes on the Risala of lbn-Fadlan», Byzantina Metabyzantina, Nueva York, 1949, vol. 1, segunda parte, pp. 7-37. Agradezco al profesor Frye su ayuda durante la primera edición de este libro y esta reciente revisión.

[58] Para las tendencias del pensamiento académico posmoderno, véanse, por ejemplo, Pauline Marie Rosenau, Post-Modernism and the Social Science: Insights, Inroads, and Intrusions, Princeton, Nueva Jersey, 1992; y H. Aram Veser, ed., The New Historicism, Routledge, Nueva York, 1989.

Librodot

Cuando Devoradores de cadáveres se publicó por primera vez, esta festiva versión de Beowulf tuvo un recibimiento bastante irritado por parte de los comentaristas, como si yo hubiera desacreditado un monumento. Pero a todos los especialistas en Beowulf parece gustarles, y muchos lo han dicho por escrito.

M. C.
Diciembre de 1992

FUENTES

I. FUENTES PRIMARIAS

Yakut ibn-Abdallah (manuscrito), léxico geográfico, 1400 de la Era Cristiana. Números 1.403-1.589 A, Archivos de la Biblioteca, Universidad de Oslo, Noruega.

Trad.: Blake, Robert, y Frye, Richard; en Byzantina-Metabyzantina: Journal of Ryzantine and Modern Greek Studies, Nueva York, 1947.
Cook, Albert S.; Nueva York, 1947. Fraus-Dolus, Per; Oslo, 1959-1960. Jorgensen, Olaf; 1971, inédito. Nasir, Seyed Hossein; 1971, inédito.

St. Petersburg (manuscrito), Historia local, publicada por la Academia de San Petersburgo, 1823. Números 233 M-278 M, Archivos de la Biblioteca, Universidad , de Oslo, Noruega.

Trad.: Fraus-Dolus, Per; Oslo, 1959-1960.
Stenuit, Roger; 1971, inédito.
Sletsky, V. K.; 1971, inédito.

Ahmad Tusi (manuscrito), una geografía, 1047 de la Era Cristiana, documentos de J. H. Emerson. Números LV 01-114, Archivos de la Biblioteca, Universidad de Oslo, Noruega.

Trad.: Fraus-Dolus, Per; Oslo, 1959-1960.
Nasir, Seyed Hossein; 1971, inédito.
Hitti, A. M.; 1971, inédito.

Amin Razi (manuscrito), Historia de la guerra, 1585-1595 de la Era Cristiana, documentos de J. H. Emerson, números LV 207-244, Archivos de la Biblioteca, Universidad de Oslo, Noruega.

Trad.: Fraus-Dolus, Per; Oslo, 1959-1960.
Bendixon, Robert; 1971, inédito.
Porteus, Eleanor; 1971, inédito.

Xymos (manuscrito), geografía fragmentaria, fecha, donación del patrimonio de A. G. Gavras. Números 2.308 T-2.348 T, Archivos de la Biblioteca, Universidad de Oslo, Noruega.

Trad.: Fraus-Dolus, Per; Oslo, 1959-1960.
Bendixon, Robert; 1971, inédito.
Porteus, Eleanor; 1971, inédito.

II. FUENTES SECUNDARIAS

Bendt, E., y Berndt, R. H. «An Annotated Bibliography of References to the Manuscript of ibn-Fadlan from 1974 to 1970». Acta Archeologica, VI: 334-389, 1971.

Esta notable recopilación, dirigida al lector interesado a todas las fuentes secundarias referentes al manuscrito, aparecidas en inglés, noruego, sueco, danés, ruso, francés, español y árabe entre las fechas mencionadas. El número total de fuentes citadas alcanza mil cuarenta y dos.

III. OBRAS DE REFERENCIA GENERAL

Las siguientes obras son recomendadas al lector que no posee una formación especializada en arqueología o historia. Se citan sólo obras en inglés.

Wilson, D. M.: The Vikings, Londres, 1970.
Brondsted, J.: The Vikings, Londres, 1960, 1965.
Arbman, H.: The Vikings, Londres, 1961.
Jones, G.: A History of the Vikings, Oxford, 1968.
Sawyer, P.: The Age of the Vikings, Londres, 1962.
Foote, P. G., y Wilson, D. M.: The Viking Achievement, Londres, 1970.
Kendrick, T. D.: A History of the Vikings, Londres, 1930.
Azhared, Abdul: Necronomicon (Ed. H. P. Lovecraft), Providence, Rhode Island, 1934.